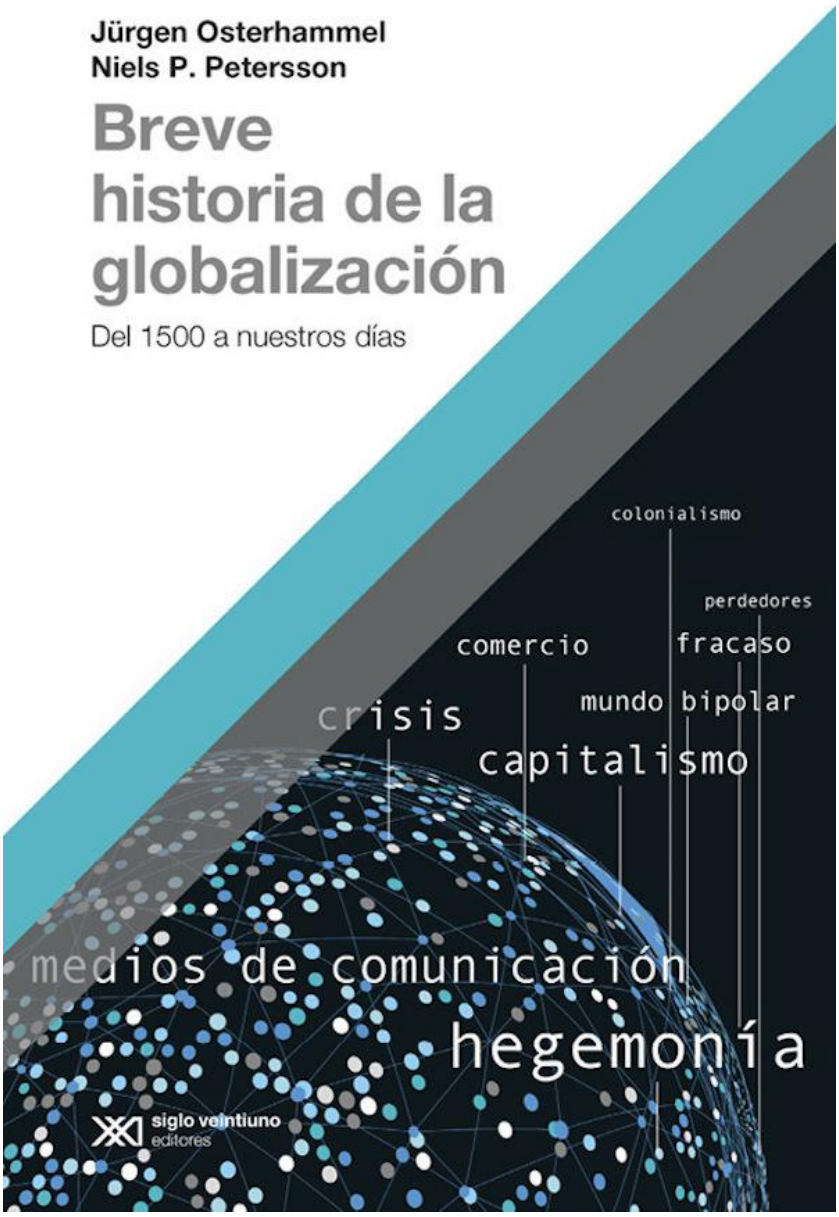
Jürgen Osterhammel
Niels P. Petersson

Breve historia de la globalización

Del 1500 a nuestros días

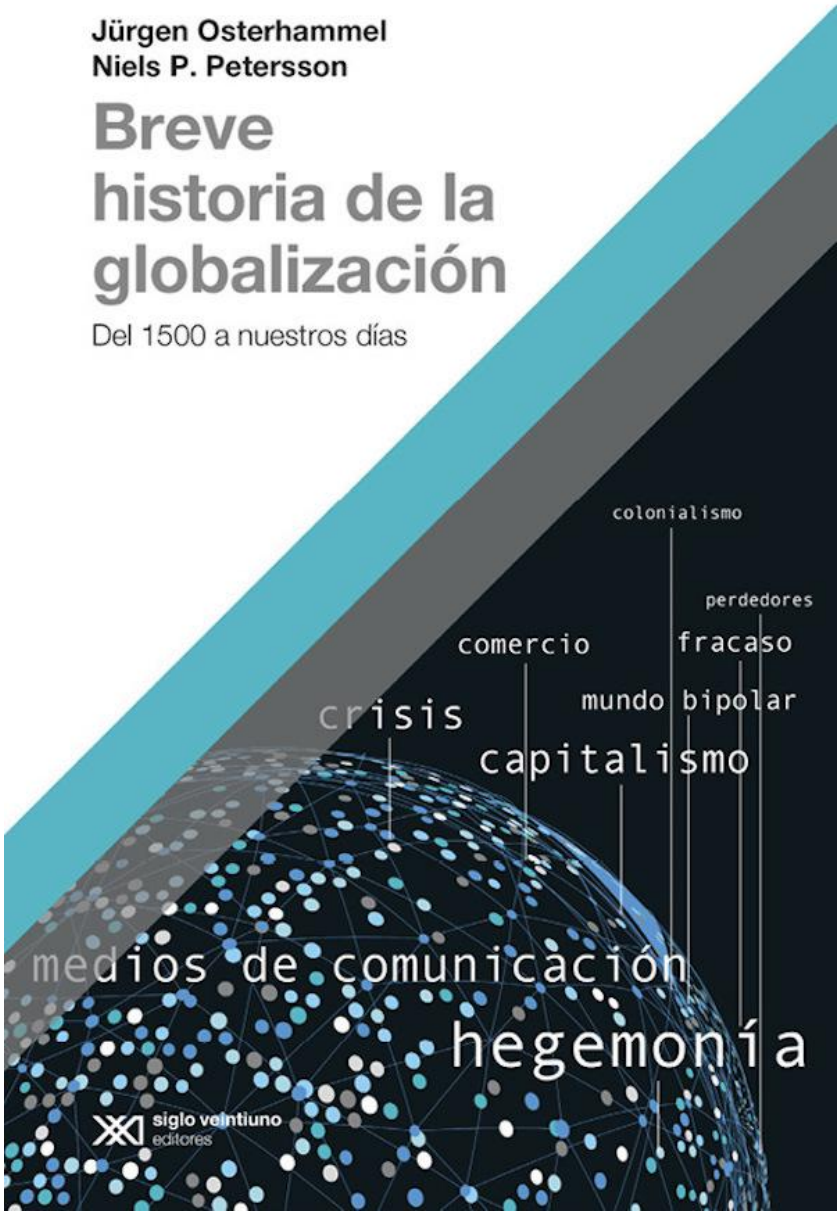


siglo veintiuno editores

Jürgen Osterhammel
Niels P. Petersson

Breve historia de la globalización

Del 1500 a nuestros días



siglo veintiuno editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

1. “Globalización”: los contornos de un concepto

Diagnóstico de la actualidad y concepto histórico procesual

Núcleo semántico y controversias

2. Las dimensiones de la globalización

Sistema mundial - imperialismo - global history

Redes y espacios de interacción

Períodos

3. Hasta 1750: construcción y consolidación de conexiones a escala mundial

Comercio a distancia, imperios, ecúmenes

Imperios de la pólvora y espacios marítimos

Agujeros en las redes

4. 1750-1880: imperialismo, industrialización y libre comercio

Política mundial temprana y revoluciones atlánticas

La Revolución industrial y el enorme alcance de su impacto

Imperios y Estados nacionales

El surgimiento de la economía mundial

5. El capitalismo y las crisis, a escala mundial: 1880-1945

Experiencias de la globalidad, economía y política mundiales en el cambio de siglo

Imperialismo y guerra mundial

1918-1945: crisis y conflictos globales

El “siglo de los Estados Unidos”

6. Desde 1945 hasta mediados de la década de 1970: un cambio de rumbo en la globalización

Espacios de lo político: bloques de potencias, Estados nacionales y movimientos transnacionales

Instituciones de la economía mundial

¿Globalización sociocultural?

Conclusión

Cerca del cambio de siglo

¿En camino hacia una era global?

Globalización: por la normalización del concepto

Posfacio a la presente edición

Lecturas sugeridas

Jürgen Osterhammel

Niels Petersson

BREVE HISTORIA DE LA GLOBALIZACIÓN

Del 1500 a nuestros días

Traducción de

Martina Fernández Polcuch

siglo veintiuno editores

Osterhammel, Jürgen

Breve historia de la globalización / Jürgen Osterhammel; Niels Petersson.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2019.

Libro digital, EPUB.- (Hacer Historia)

Archivo Digital: descarga

Traducción: Martina Fernández Polcuch // ISBN 978-987-629-909-1

1. Globalización. I. Petersson, Niels. II. Fernández Polcuch, Martina, trad.

CDD 909

Título original: Geschichte der Globalisierung. Dimensionen, Prozesse, Epochen

La traducción de esta obra fue subsidiada por el Goethe-Institut.

© 2012, C. H. Beck Verlag oHG, Múnich

© 2017, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

< www.sigloxxieditores.com.ar >

Maqueta de colección: Tholön Kunst

Diseño de portada: Eugenia Lardiés

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: abril de 2019

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-909-1

1. “Globalización”: los contornos de un concepto

Diagnóstico de la actualidad y concepto histórico procesual

El concepto de “globalización” surge de un diagnóstico de la actualidad. Si en sus inicios no se le prestaba mayor atención y su uso se restringía a publicaciones especializadas de economistas, en los años noventa este concepto tuvo un ascenso meteórico. Se generalizó en numerosos idiomas. Diversas disciplinas académicas le atribuyeron el rango de categoría rectora. Día a día aumenta la bibliografía en torno a la globalización o la globalidad, historia global o capitalismo global. Ya son necesarios manuales o guías para abrirse paso por la selva semántica.[1] Cuando los medios de comunicación masiva se dan aires filosóficos, no hay que esperar mucho para que aparezca el término. Y además este término se expone al riesgo de ser utilizado sólo para impresionar, ya que su significado exacto es irrelevante: la apariencia de profundidad basta para ahuyentar los cuestionamientos escépticos.

Ahora bien, la popularidad generalizada del término “globalización” es algo más que el síntoma de una pereza mental colectiva. A falta de competencia, el concepto llena un espacio legítimo: le da un nombre a la época. En las últimas décadas no fue fácil encontrar una fórmula concisa que reflejara el signo de la época actual. En los años cincuenta del siglo pasado, algunos fantaseaban con la “era atómica”. En los años sesenta y setenta, unos hablaban de la “sociedad industrializada” madura, otros del “capitalismo tardío”; en los años ochenta, la “sociedad del riesgo” encontró gran adhesión y la “posmodernidad” se puso de moda, aunque estos conceptos no lograron instalarse en la conciencia social general, dado que ninguno de ellos permitía hacerse una idea concreta al respecto. En cambio, “globalización” funcionaba como un concepto de otro calibre. Se vinculaba con experiencias de muchas personas: por un lado, el consumo y la comunicación traían (casi) todo el globo terráqueo al hogar de los habitantes de los países ricos; por otro, al disolverse el mundo (apartado y aislado) del bloque soviético, el planeta parecía surcado por principios uniformes del

estilo de vida de la modernidad occidental. Si se adopta un enfoque económico, se percibe que la liberación de las fuerzas del mercado respecto de la regulación estatal y las innovaciones tecnológicas en el ámbito del procesamiento de datos y la comunicación dieron origen a mercados en los cuales la oferta y la demanda llegarían a operar a escala mundial. Por profunda que sea la brecha entre las circunstancias poco transparentes del vínculo económico a escala mundial y las experiencias cotidianas (y muy accesibles) de virtual desaparición de fronteras, el concepto de globalización tiene la gran ventaja de hacer justicia a ambas partes, de ser un denominador común para el intelecto y el alma. En efecto, una y otra vez se confirma la esencia trivial que se oculta en el interior del concepto: el mundo, a simple vista, se va volviendo "más pequeño", y elementos distantes se vinculan cada vez más entre sí. En paralelo, se vuelve "más grande", porque nunca antes pudimos tener ante nuestros ojos horizontes tan amplios.[2] Por ende, si queremos sintetizar conceptualmente el espíritu de época del último cambio de siglo, la única alternativa que parece quedarnos es reiterar que hemos ingresado a la época de la globalización.

Alcanzado este punto, los historiadores se sienten urgidos a intervenir en la discusión. Por un lado, parte de lo que en la sociología se presenta con el rótulo de nuevo conocimiento les resulta familiar. Para dar un ejemplo, ya mucho antes de que existiera la palabra "globalización", historiadores de la economía describieron el proceso de constitución y posterior integración de una economía mundial con bastante precisión, tanto en la presentación misma de los estados de cosas como en la atribución de causas y efectos.

Mientras los historiadores hacen justicia a su reputación de mirar las cosas con detenimiento y, en caso de dudas, priorizar la prueba fundada frente al resplandor del ingenio, en otras problemáticas también ellos siguen la tendencia a la generalización. Hace tiempo que la historiografía explica los cambios que experimenta el mundo desde dos siglos y medio atrás con ayuda de conceptos procesuales de amplio alcance, que –en forma análoga a los conocidos "ismos" (liberalismo, socialismo, etc.)– podrían denominarse "izaciones": racionalización, industrialización, urbanización, burocratización, democratización, individualización, secularización, alfabetización y

muchas más. Todos estos procesos, cada uno con sus propios patrones temporales y vinculados entre sí de manera compleja, tienen en común el hecho de que se desarrollan en el largo plazo, transcurren en formas e intensidades diferentes en cada continente y liberan una fuerza transformadora que rara vez se encuentra en la historia más antigua, premoderna. El metaconcepto de "modernización" intenta anudar todos estos procesos en un desarrollo abarcador.

Ya en virtud de su forma lingüística, "globalización" parece en condiciones de obtener un lugar entre los macroprocesos del mundo moderno. No es necesario situarlo en el nivel superior –es decir, junto a (o incluso por encima de) "modernización"–, ni detectar que la característica central del desarrollo mundial es la creciente concentración de hechos relacionados entre sí pero que ocurren en lugares muy distantes. Basta con preguntar si la "globalización" podría llegar a ser tan elocuente y tan importante como la "industrialización". Eso ya implicaría mucho y enriquecería de manera alentadora el repertorio interpretativo de la historiografía. Y sería especialmente celebrado ya que ninguna de las "izaciones" mencionadas se refiere a las relaciones entre pueblos, países y civilizaciones. Cabe recordar que todas ellas se destacan en el marco nacional y regional y así son estudiadas por la academia. Si "globalización" llegara a merecer un lugar entre las jerarquías de los grandes conceptos del desarrollo, se colmaría por fin una amplia laguna. Habría entonces un sitio donde alojar todo lo intercontinental, internacional, intercultural, etc., que en la actualidad anda de aquí para allá, en calidad de apátrida y errante entre los "discursos" consagrados de los historiadores.

La existencia misma de esta laguna nos proporciona el punto de partida para las reflexiones que siguen. No proponemos desechar la historiografía en su conjunto tal como existe hasta la actualidad, y rechazamos la pretensión ridícula de reescribir la historia de la Edad Moderna como una historia de la globalización. Antes bien, intentamos echar una nueva mirada al pasado desde la perspectiva de la globalización. También puede decirse de otro modo: el hecho de que hoy en día muchos aspectos de nuestra existencia ya sólo puedan comprenderse en el contexto de enlazamientos a escala mundial es un lugar común. Ahora bien, ¿no es posible que tales enlazamientos hayan

desempeñado también en el pasado un papel más importante de lo que la imagen histórica corriente suele dar a conocer? ¿De qué índole eran estos enlazamientos y cómo funcionaban? ¿Se fueron acumulando hasta formar un proceso dotado de su propia dinámica que justifique utilizar el concepto de "globalización", creado en la actualidad? Y además: si esta última pregunta se responde por la afirmativa, ¿puede identificarse hacia finales del siglo XX un cambio de época en que las tendencias globalizadoras se volvieron tan marcadas y dominantes que es lícito hablar de una profunda cesura, vale decir, del comienzo de una nueva época, una "era global" (Martin Albrow), una "segunda modernidad" (Ulrich Beck, Anthony Giddens) o cualquier otra etiqueta que se prefiera utilizar?[3]

Núcleo semántico y controversias

En la mayoría de las propuestas de definición desempeñan un papel central la ampliación, concentración y aceleración de relaciones a escala mundial, y en muchos casos las definiciones ya se combinan con afirmaciones surgidas de diagnósticos de la actualidad. Se trata, por ejemplo, de averiguar si la globalización implica el ocaso del Estado nacional, si trae aparejada una uniformización cultural del mundo o si otorga a los conceptos de espacio y tiempo un sentido renovado. Detrás de este tipo de discusiones acerca del significado de la globalización, no pocas veces se ocultan tajantes juicios de valor. Los polos de un amplio espectro son ocupados por los entusiastas apóstoles de la globalización y por los adversarios de esta perspectiva. Si unos celebran el inicio de una nueva era de crecimiento y bienestar, los otros vislumbran una dominación global en alza por parte del gran capital de los países occidentales en detrimento de la democracia, de los derechos de los trabajadores, de los países pobres en general y del ecosistema global.

Si existe algún acuerdo general entre los autores de las corrientes más diversas, este radica en la hipótesis de que la globalización cuestiona la relevancia del Estado nacional y desplaza la relación de poder entre países y mercados en beneficio de estos últimos.[4] Sostiene que los beneficiarios de este desarrollo, favorecidos cuando los gobiernos nacionales facilitan el libre comercio, serían las empresas multinacionales, que, sin lealtad hacia sus respectivos países de origen, pueden elegir para sus actividades los enclaves más favorables en términos de costos en cualquier lugar del mundo. Esto restringiría las posibilidades que tienen los gobiernos de los Estados nacionales de influir en cuestiones de política económica, así como su acceso a diversos recursos, principalmente a los impuestos. A la vez, la globalización implicaría una reducción de la previsión social estatal y por ende una mengua de la legitimidad del Estado; a los ojos de los entusiastas neoliberales de la globalización

se trataría de una ganancia en términos de libertad personal; para los adversarios, sería la irrupción de la anarquía, de la cual sólo sacan provecho los fuertes. El socavamiento de la soberanía exterior del Estado, en particular del Estado nacional, y de su monopolio interno de la violencia y su patrimonio impositivo es uno de los temas centrales de las ciencias sociales actuales.[5]

Existe consenso sobre una segunda característica de la globalización: su influencia en todo lo que se aúna bajo el término "cultura". En un primer momento la globalización cultural, impulsada por la tecnología de la comunicación y la industria cultural occidental que opera a escala mundial, se concibió como homogeneización, como la supremacía planetaria de la cultura de masas de los Estados Unidos a expensas de la diversidad heredada del pasado. Pero pronto se observó una tendencia opuesta: la irrupción de movimientos que gracias a la protesta contra la globalización obtienen nuevo impulso para defender su singularidad e identidad locales, pero que a la vez se valen de las nuevas tecnologías para perseguir de manera más eficiente sus objetivos y apelar al apoyo de la opinión pública mundial. Roland Robertson definió a esta sincronía de homogeneización y heterogeneización como una simultánea "universalización de lo particular y particularización de lo universal". A la vez introdujo el concepto de "glocalización" para destacar que las tendencias globales siempre producen efectos a escala local y requieren una "apropiación" específica en cada caso.[6] Los resultados del cambio cultural impulsado por la globalización suelen interpretarse también como "hibridación", es decir, como mezcla de elementos culturales nuevos, apropiados de manera creativa, con los preexistentes.[7] Los medios masivos, los viajes a países lejanos y los bienes de consumo de demanda global son considerados los mecanismos más importantes de la "glocalización".

En vistas de la facilidad y la frecuencia con que personas, mercancías y, ante todo, informaciones superan grandes distancias, numerosos autores describieron la globalización como una transformación fundamental de las categorías de espacio y tiempo, como space-time compression, según la expresión del geógrafo David Harvey; esto es, compresión espacio-temporal.[8] Esta puede considerarse la tercera característica básica de la concepción que las

ciencias sociales tienen de la globalización. La compresión espacio-temporal, que comenzó con un abaratamiento radical de las llamadas telefónicas y con la propagación del correo electrónico, crea un presente común y una existencia compartida "virtual" y de este modo instaura el requisito para relaciones, redes y sistemas sociales a escala mundial, en cuyo interior la distancia efectiva es considerablemente menor que la geográfica. Su causa principal radica en el aumento de la velocidad de la comunicación.

Una manera algo diferente de expresarlo es hablar de "desterritorialización" o "supraterritorialidad".[9] Para una gran cantidad de relaciones sociales, el lugar, la distancia y las fronteras ya no tienen relevancia. La globalización –y también a este respecto parece reinar el acuerdo– no es concebida como la interacción concentrada entre sociedades que siguen constituidas en términos nacionales, sino como una tendencia a la disolución de la territorialidad y la existencia del Estado vinculado a un espacio; en otras palabras, sería la contraparte geográfica de la tesis de la pérdida de función del Estado en beneficio de fuerzas del mercado que se autorregulan.

De las interpretaciones y los pronósticos de mayor alcance que los portavoces individuales de la discusión sobre la globalización vinculan con esta concepción básica común, dos merecen especial mención: el concepto de "globalidad" de Martin Albrow y la idea de "sociedad red" de Manuel Castells. Para Albrow, "globalidad" designa un marco de orientación novedoso que diferencia el presente de cualquier historia anterior. Se ocupa de las siguientes dimensiones de la globalidad: ciertas cuestiones ambientales se plantean en el marco de un ecosistema global; las armas de exterminio masivo traen aparejado el peligro de la destrucción de la Tierra entera; los sistemas de comunicación y mercados se extienden por todo el mundo; y por último, la globalización se ha vuelto reflexiva, es decir, constantemente crece el número de personas para quienes el conocimiento acerca de estos vínculos planetarios constituye la escala de referencia de su obrar y su pensar. Manuel Castells, por su parte, describe la globalización como el surgimiento de la "sociedad red", una forma social sin parangón en la historia. La tecnología informática –sostiene– torna posible organizar relaciones sociales flexibles con independencia de

los territorios. Ya no la megaorganización burocratizada, jerarquizada, sino la red horizontal y laxa sería la forma de organizarse de la economía y la política en la "era de la información". Así, cambian los fundamentos del ejercicio del poder y de la distribución de recursos: el poder ya no se exhibe con orden y obediencia, sino que estaría anclado en la existencia de una organización en red orientada a un fin específico. En lugar de opresión y explotación, de "arriba" y "abajo" en términos sociales y de "centros" y "periferias" geográficos, en la sociedad red se instala el principio de pertenencia al conjunto (y de exclusión de este). La gran brecha en el mundo nuevo de Castells transcurre entre quienes están en red y quienes no lo están.

Junto a estos ambiciosos esbozos interpretativos –por momentos, de tenor profético–, existen enfoques más modestos, que no mistifican la "globalización" al extremo de volverla una fuerza que obra en la historia por cuenta propia,[10] sino que, antes bien, la conciben como noción colectiva descriptiva para una serie de procesos concretos de transformación. En David Held (y sus coautores), por ejemplo, la globalización se presenta como resultado de procesos de larga data, aunque no siempre continuos en el tiempo. Entramados de vínculos económicos, políticos, culturales y militares siguen como antes su respectiva dinámica propia y sus impulsos diversos; su alcance tampoco tiene por qué coincidir. Las repercusiones de estos procesos difieren según lugar, tiempo y clase social. La globalización, en este sentido, es un proceso no determinado (es decir, no planificado de antemano) que no elimina las instituciones conocidas –como Estados, empresas, iglesias, familia, etc.–, pero las transforma de un modo radical. Inexorablemente produce fuerzas antagónicas con efecto fragmentador. James N. Rosenau y Ian Clark, dos representantes de la teoría de las relaciones internacionales con interés historiográfico, desarrollan ideas similares. Estos autores, conocidos como "transformacionalistas", ven la globalización como un fenómeno del pasado más reciente basado sobre procesos de interacción política, económica, cultural y militar que se extienden en espacios vastos y cuentan con una larga historia.

Por último, tampoco faltan los escépticos de la globalización. No hay que confundirlos con los adversarios de la globalización, muy

militantes en ocasiones. Estos últimos comparten con sus antagonistas, los apóstoles de la globalización, la creencia de ser testigos de una revolución fundamental del mundo sociopolítico. Los escépticos, en cambio, consideran que esto es una exageración y por momentos incluso que el acto mismo de hablar de globalización es un encubrimiento ideológico de estrategias estadounidenses de control económico o un engaño propagandístico de las élites comerciales y los tecnócratas de mentalidad neoliberal. Así, Paul Hirst y Grahame Thompson ven en la bibliografía sobre la globalización poco más que una compilación de anécdotas, impresiones y hechos aislados sacados de contexto. Según ellos, allí se insinúa que la suma de estos daría como resultado el "fenómeno" armonioso de la globalización. Así, Hirst y Thompson, que se concentran en los aspectos económicos, no logran advertir cohesión alguna detrás de los numerosos ejemplos singulares.

Esto remite una vez más a la importancia de la formación del concepto. Quien dé por válidos un mercado planetario activo, libre comercio mundial y libre circulación del capital, movimientos migratorios, empresas multinacionales, división internacional del trabajo y un sistema monetario mundial como indicios de globalización, ya los encontrará en la segunda mitad del siglo XIX. En cambio, quien busque una "redificación en tiempo real" a escala mundial y personalizada celebrará el presente como el comienzo de una nueva era que se avecina o rechazará con indignación la ocurrencia de aceptar a partir de un diagnóstico tan superficial el último "gran relato" de la sociología. Por ende, como historiador sería ingenuo preguntar "cuándo comenzó la globalización" o "si en el siglo XVIII ya existía la globalización". En primer lugar necesitamos llegar a un acuerdo acerca de un concepto de "globalización" que se mantenga equidistante de la inconsistencia y la pedantería. Ese concepto echaría luz sobre el pasado como si fuera un "faro de búsqueda", sin anticipar resultados.

▪

[1] Véanse, por ejemplo, J. Dürrschmidt, Globalisierung, Bielefeld, 2002; J. A. Scholte, Globalization. A Critical Introduction, Basingstoke - Nueva York, 2000.

[2] Véase H. van der Loo y W. van Reijen, Modernisierung. Projekt und Paradox, Múnich, 1992, p. 242.

[3] Para contar con datos de las principales obras de los autores mencionados a continuación, véanse las lecturas sugeridas.

[4] S. Strange, The Retreat of the State. The Diffusion of Power in the World Economy, Cambridge, 1996 [ed. cast.: La retirada del Estado, Barcelona, Icaria, Intermón, 2001].

[5] Al respecto, en perspectiva histórica: W. Reinhard, Geschichte der Staatsgewalt. Eine vergleichende Verfassungsgeschichte Europas von den Anfängen bis zur Gegenwart, Múnich, 1999, p. 509 y ss.

[6] R. Robertson, “Glokalisierung - Homogenität und Heterogenität in Raum und Zeit”, en U. Beck (comp.), Perspektiven der Weltgesellschaft, Frankfurt, 1998, pp. 192-220 [ed. cast.: “Glocalización. tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad”, en J. C. Monedero Fernández-Gala (comp.), Cansancio del Leviatán. Problemas políticos de la mundialización, Madrid, Trotta, 2003].

[7] Véase R. J. C. Young, Colonial Desire. Hybridity in Theory, Culture and Race, Londres, 1995, pp. 18-28 [ed. cast.: “El deseo colonial: hibridismo en la teoría, la cultura y la raza”, Nerter 2, 2000-2001].

[8] D. Harvey, The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change, Óxford, 1989, en especial, p. 240 [ed. cast.: La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural, Buenos Aires, Amorrortu, 1998].

[9] Scholte, Globalization, ob. cit., pp. 46-50.

[10] Acerca de la crítica al respecto, J. Rosenberg, The Follies of Globalisation Theory, Londres, 2000.

2. Las dimensiones de la globalización

Si se sostiene que la globalización es un fenómeno que se inició en las últimas décadas, tal vez incluso el comienzo de una nueva época histórica, es necesario confrontar lo nuevo con lo que le precede. Si en cambio la globalización es vista como resultado de la acción combinada y el fortalecimiento recíproco de procesos a más largo plazo, nos hallamos en el núcleo mismo de problemas importantes propios del análisis histórico. A primera vista parecería que los historiadores hasta ahora se hubieran ocupado muy poco de la globalización; sólo una pequeña cantidad de libros históricos lleva este concepto –o el adjetivo "global"– en el título. Ahora bien, esto sería una conclusión poco creíble. ¿Es posible que uno de los grandes procesos de desarrollo de la modernidad haya transcurrido a escondidas e inadvertido? Por supuesto que no. De modo que hay que buscar la bibliografía bajo otras palabras clave y rúbricas. Tan sólo por eso es necesario desglosar el impetuoso concepto de "globalización" en diversas facetas (cuestión que será objeto del segundo apartado del presente capítulo). Pero antes se situará brevemente el concepto de globalización en la historia de las ideas y de la ciencia.

Sistema mundial - imperialismo - global history

A pesar del universalismo de sus precursores y padres fundadores (desde Montesquieu hasta Max Weber), durante mucho tiempo la sociología se dedicó a analizar sociedades nacionales cerradas –la alemana, la francesa, la japonesa, etc.– como si pudieran desprenderse con pulcritud de contextos mayores. Durante mucho tiempo, las críticas a este enfoque se extinguieron sin ser escuchadas.[11] En la actualidad, bajo el lema de la globalización, fenómenos como la migración, la comunicación a escala mundial y la integración de la economía mundial dejaron de ser observados sólo por especialistas. La idea de la sociedad como una unidad cerrada en sí misma, coherente y delimitada con claridad –la "teoría del contenedor" de la sociedad (Ulrich Beck)–[12] se ha puesto en tela de juicio.

Entre los historiadores, este cambio de orientación transcurrió con más lentitud: en su gran mayoría eran y siguen siendo historiadores nacionales, por lo general expertos en la historia de su propio país. Sin embargo, se desarrollaron áreas de trabajo cuyos resultados pueden ser útiles para la historia de la globalización:

Durante mucho tiempo la historia de la "economía mundial", vale decir, principalmente del comercio internacional, fue un eje central de la investigación alemana en economía, historia de la economía y geografía económica. En las últimas dos o tres décadas pasó a un segundo plano provisorio y sólo actualmente vuelve a concitar atención. El nuevo impulso de la expansión colonial europea después de 1880 y los procesos simultáneos de concentración en el tráfico internacional de mercancías y capital ya habían sido descriptos con solvencia por sus contemporáneos. El Instituto de Economía Mundial fundado en 1911 en Kiel, y que aún hoy existe, fue un centro donde se realizaron investigaciones de esa índole. Los

análisis producidos allí y en otros lugares son fuentes valiosas para la reconstrucción de las interconexiones de la economía mundial. Uno de los ejes de investigación sostenido sobre todo en el Reino Unido, que en épocas pasadas fue el centro de las finanzas internacionales, concierne a los movimientos de capital a escala mundial y la historia de las empresas multinacionales.

Los estudios migratorios, que también existen desde el tardío siglo XIX, combinan las problemáticas y los métodos de la demografía y la historia social. Intentan dar cuenta de los movimientos migratorios mediante datos estadísticos y geográficos, se ocupan de causas y motivos de la emigración (sin olvidar deportaciones y expulsiones violentas) y analizan las experiencias de los migrantes en sus nuevos entornos. Uno de sus ejes temáticos son las migraciones transoceánicas. Dentro de este marco, uno de los casos particularmente bien estudiados es el comercio transatlántico de esclavos.[13]

Hasta ahora la historia de las relaciones internacionales (incluida la historia bélica y militar) se ha ocupado en gran medida de las relaciones bilaterales entre países o de desarrollos dentro del sistema de las grandes potencias europeas. Incluso llevó mucho tiempo que las guerras mundiales del siglo XX fueran explicadas de un modo que contemplase la profusión de interconexiones a escala global. Entre tanto, sin embargo, la cantidad de libros cuyos autores analizan relaciones sistemáticas más allá de las fronteras continentales va en aumento.[14]

La historia del imperialismo y el colonialismo es un pilar de especial importancia para la historia de la globalización. No por casualidad, hoy en día algunos de los más destacados defensores de esta corriente a escala internacional abogan por una ampliación que lleve de la imperial history a la global history.[15] Este campo de trabajo, que en Alemania se concentró durante mucho tiempo en la historia de sus colonias, en las últimas dos décadas se abrió a una

gran cantidad de nuevas problemáticas y se acerca más a las ideas de una histoire totale que otras subáreas de la historiografía. Incorpora estímulos provenientes de la etnología (o antropología cultural) y saca provecho de los resultados obtenidos por los vecinos "estudios poscoloniales" en cuestiones de formación de identidad cultural (en múltiples ocasiones, casos de "glocalización") así como de la crítica de estos al eurocentrismo.[16]

Ninguna de estas cuatro áreas puede identificarse con una "gran" teoría única de la transformación global. ¿Existen enfoques amplios que se propongan ese objetivo? Desde comienzos de la década de 1990, es decir, en paralelo al surgimiento del tema "globalización" en las ciencias sociales, se observa, sobre todo en el ámbito de habla inglesa, un gran interés por la world history o global history.[17] Si se quiere marcar una diferencia, "historia mundial" sería la historia de las diversas civilizaciones del mundo, con especial hincapié en la comparación entre ellas; "historia global", en cambio, sería en primer lugar la historia de los contactos e interacciones entre estas civilizaciones. La historia global no es un área de investigación autónoma con métodos propios ni un dogma en cuanto a contenidos. Desconfía, por ejemplo, de hipótesis triviales como las que aseguran que el mundo se va convirtiendo en una "aldea global", y se opone a la idea de que para describir la historia de la Edad Moderna basta con hablar del "ascenso de Occidente".[18] Es concebible como una suerte de interpelación "diagonal" entre las historias nacionales y como un intento de contemplar las relaciones entre pueblos, países y civilizaciones de modo que no haga foco sólo sobre el imperialismo y la economía.[19] La historia de la globalización, vale decir, de un proceso que puede definirse con bastante precisión, es un problema secundario de la historia global, que también puede analizar relaciones que no aportan de manera inmediata a la globalización.

Si se insiste en la búsqueda de un marco conceptual general, se dará por fin con el concepto del "sistema-mundo". Desde 1974, el sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein desarrolló en una larga serie de escritos una teoría del "sistema-mundo moderno", que es apreciada incluso por sus críticos, quienes la consideran una

contribución relevante. Siguiendo de cerca la investigación historiográfica, Wallerstein desarrolló su enfoque para la época que va de 1500 a 1850.[20] El análisis del sistema-mundo no ha llegado aún a la descripción de vínculos realmente globales. Por ahora no pasa de ser una explicación de la expansión de la "economía capitalista mundial" de origen europeo. Wallerstein de momento no alcanzó en la línea de tiempo el punto en que la intervención de los Estados Unidos fue tal que dio forma a las relaciones económicas internacionales.

Hay que señalar que algunos elementos del método analítico de Wallerstein demostraron su productividad por fuera del rígido marco teórico adoptado por este autor:

la idea de una escala de niveles de análisis, que baja desde el sistema-mundo hasta la esfera privada del hogar y entre los cuales el Estado nacional no ocupa un lugar destacado;

la noción de una "incorporación" –descriptible geográfica e institucionalmente de manera concreta en cada caso y diferenciable según grados– de áreas externas en los límites exteriores de una economía mundial capitalista en constante expansión;[21]

el concepto de "semiperiferia", que designa una tercera posición, variable entre "núcleos" económicos y periferias.[22]

Redes y espacios de interacción

¿Existe una manera de acercarse a la (pre)historia de la globalización que vaya más allá de historias paralelas e inconexas de civilizaciones y países puntuales, sin que de inmediato haya que evocar el sistema-mundo (o una creación similar de la sociología, la sociedad mundial)?[23] ¿Es inevitable considerar el mundo "desde arriba"? ¿No se lo puede construir también "desde abajo"? Una serie de sociólogos y etnólogos ya lo hizo, rastreando redes conformadas por múltiples interacciones, y llegó a la conclusión de que incluso comunidades rurales en apariencia aisladas están integradas en contextos de interacción de gran alcance por obra de comunicación cultural y religiosa, flujos de dinero o relaciones matrimoniales. A la vez, en grupos pequeños como los mencionados, los individuos ya participan en diversos contextos sociales que se solapan pero no coinciden del todo; por ende, no pueden ser vistos como "partes" de un "todo" social acotado en el espacio. Paradójicamente, entonces, parece más prometedor comenzar por un análisis a escala de la acción individual, pero inscripta en contextos de alcance mundial, en vez del mundo como totalidad.

Dado que queremos explorar procesos de globalización a partir de interacciones observables entre individuos y grupos, el concepto de red será uno de nuestros conceptos centrales.[24] La cosa en sí no es ningún descubrimiento. Ya en el pensamiento económico del temprano siglo XX se describió la economía mundial como una "red" que abarca el mundo, de malla particularmente fina en el "viejo mundo civilizado", donde innumerables "hilos" entrelazados "vinculan el emprendimiento económico individual, incluso el más pequeño y modesto, […] con millones de otros emprendimientos económicos", de modo que el desarrollo de los "modernos Estados industrializados y comerciales […] sólo puede comprenderse y evaluarse desde el punto de vista de la economía mundial".[25] Ahora bien, el análisis elemental de redes no tiene presente

formaciones de esta complejidad. Para empezar, es necesario resaltar que no todo contacto social entre más de dos personas constituye una red, del mismo modo que no cualquier moneda encontrada lejos de su lugar de origen en un yacimiento arqueológico debe ser considerada prueba de globalización. Una red presupone determinado grado de constancia y de cimientos institucionales, y también en esos casos, como destaca Manuel Castells, sigue siendo una forma flexible aunque no muy estable de organización social. Sólo en el presente –sostiene Castells– y gracias a las nuevas tecnologías de la información existen recursos para construir redes con la estabilidad de organizaciones jerárquicas y convertirlas así en estructuras portadoras de la vida económica y política.[26] Desde un punto de vista por completo diferente, el de la teoría de las relaciones internacionales, ya a comienzos de la década de 1970 John W. Burton arribó a su "modelo de telaraña" de las relaciones sociales mundiales. Burton propuso, por ejemplo, registrar en un mapamundi sin fronteras políticas todas las conversaciones telefónicas, todos los viajes o todos los movimientos de mercancías, de modo que no se representen allí territorios y fronteras, sino interacciones sociales. La imagen que surge se parece a las imágenes del "globo terráqueo nocturno" compuestas por fotos satelitales, donde tampoco se ven fronteras, sino sólo espacios concentrados de poblaciones humanas con elevado uso energético. Sólo en este "mundo de transacciones" –como lo llama Burton–, las interacciones se concentran hasta formar redes, estructuras o sistemas.[27]

Entonces, las interacciones pueden consolidarse en redes y estas, a su vez, obtener estabilidad por medio de instituciones que a menudo –como sucede con una alianza diplomática o un orden comercial internacional– son producto de una voluntad política. Una desventaja del concepto de red –como, en líneas generales, de cualquier espacialización de lo social– consiste en que induce a aplanar procesos sociales, minimizar jerarquías y diferencias de poder y pasar por alto la diversidad de las relaciones en cuanto a su profundidad e intensidad.[28] El hecho de que las redes crucen o disuelvan fronteras existentes no les impide crear otras nuevas. En esto, la insistencia de Wallerstein en contradicciones, conflictos y desequilibrios entre centro y periferia puede servir para corregir distorsiones.

Es muy inusual que las interacciones se distribuyan de manera pareja por el globo. Su concentración forma espacios de interacción, en parte prestablecidos por el entorno natural. Incluso si se relativiza la importancia del Estado nacional como unidad de referencia, en los períodos más extensos del pasado no se verá una interacción y comunicación a escala planetaria, sino, en el mejor de los casos, en espacios descriptibles pero pocas veces delimitados con claridad. Ahora bien, estos espacios suelen ser bastante amplios y pueden abarcar continentes y océanos enteros. La historia de la globalización es, en gran medida, la historia de la construcción de esos espacios a partir de interacciones y conformaciones de redes y la historia de la conexión entre estas.[29]

Con la imagen de la red no queremos causar la impresión banal de que todo tiene que ver con todo. Las interacciones están orientadas. En efecto, algunas se dan de manera recíproca e interactiva, por ejemplo los actos de trueque, pero otras no. El mercado transatlántico de esclavos de la temprana Edad Moderna sólo conocía una dirección: casi ninguno de los africanos deportados consiguió regresar a su patria. Sin embargo, el mercado de esclavos era parte de una red tricontinental denominada "comercio triangular". También las cadenas de mercancías (commodity chains; es decir, la secuencia de todas las materias primas, los insumos y las prestaciones de servicios que intervienen en determinado producto) a primera vista tienen forma lineal. Pero de la conjunción de numerosas cadenas surgen espacios de interacción económicos que abarcan el mundo entero.[30] Bastará tomar como referencia "niveles de entramados de relaciones" de base empírica –acerca de la época previa a las estadísticas hay que conformarse con estimaciones–, para identificar esos espacios de interacción.

Hay algunas preguntas que siempre vuelven a plantearse, en primer lugar la del alcance de las interacciones y la de su importancia. Por ejemplo, no es lo mismo que un país –como Francia– apenas haya participado en la gran emigración europea de fines del siglo XIX y principios del XX al continente americano, o que haya perdido una parte considerable de su población por la emigración: dos tercios de todos los nacidos en Irlanda vivían en el exterior en el año 1914.[31] Como contraparte, en los Estados Unidos surgieron grandes "comunidades de inmigrantes" irlandesas, pero no francesas (que sí

existían en Canadá, surgidas en épocas anteriores). Los criterios de alcance e importancia también deben considerarse en relación directa entre sí: siempre existieron las redes locales. En el transcurso de la globalización, sin embargo, aumenta la importancia relativa de las redes de gran alcance (en casos extremos, de alcance mundial). En otras palabras: lo lejano se vuelve cada vez más importante en la vida de determinados grupos humanos. No caben dudas de que en torno a 1800 un producto made in China –por ejemplo, porcelana o seda– era un objeto de lujo para los europeos; en cambio, actualmente forma parte de la vida cotidiana.

Los modos de establecer redes se diferencian, además, según la intensidad y la velocidad de los contactos. Acá se trata de los recursos técnicos disponibles y de los requisitos organizativo-institucionales necesarios para implementar la tecnología con eficiencia. También hay que preguntar por los medios de la puesta en red: aun con capacidades de transporte bastante reducidas, la transferencia de ideas o el traslado de metales que son relevantes como recurso de poder económico o militar puede alcanzar un efecto considerable atravesando grandes distancias. Agentes patógenos, así como plantas o animales introducidos o importados, pueden generar relaciones causales entre sociedades incluso sin que exista un contacto directo entre personas.[32] La “americanización” de Alemania, en cierto sentido, no comenzó en 1945, sino en el siglo XVIII con la introducción de la papa.

Estos ejemplos se diferencian en otras dos dimensiones importantes: la duración de la interacción y su frecuencia. La repetición regular puede convertir interacciones aisladas en una red sólida, al formarse entre los involucrados una división del trabajo estable y una orientación hacia las necesidades económicas y los sistemas simbólicos culturales de los participantes. Las redes pueden adoptar una extensión y dinámica propias en diversas dimensiones de la acción social. Pero también es posible que, debido a la existencia de un centro político fuerte, se concentren en un espacio geográfico o las “unifique” algún conflicto de nivel superior.[33] El dinamismo puede congelarse, algunos procesos pueden revertirse. Una y otra vez se registra el desgarramiento, la reducción y la dilución de redes de relaciones y el debilitamiento de las instituciones que les dan estabilidad. La desglobalización no es una visión de futuro, sino

un fenómeno observable en la historia.

A modo de resumen, cabe señalar: si se concibe la globalización como construcción, concentración y creciente relevancia de la constitución de redes a escala mundial, el concepto se libera de un sesgo estático y totalizador. La cuestión no es ya si con el concepto de “globalización” puede ofrecerse una descripción adecuada del estado del mundo actual, sino que la atención debe dirigirse a la historia de los entramados de conexiones a escala mundial, de su construcción, su erosión, su intensidad y sus repercusiones.

Períodos

Por último, una palabra acerca de la periodización, es decir, de la segmentación de los procesos en etapas específicas. Es algo inevitable cuando se trata de relatar historias. Los procesos históricos rara vez transcurren con uniformidad mecánica. Están estructurados en el tiempo por aceleramiento y desaceleración, por cesuras e impulsos, cimas y valles, por proximidad temporal concentrada de innovaciones. Sólo ante las fechas más importantes de la historia de los acontecimientos políticos y militares –1789, 1914, 1945 o 1989– los límites entre "épocas" parecen darse por sí mismos. Pero incluso cortes de tal espectacularidad no necesariamente significan cesuras simultáneas en áreas de la vida más estables que el acontecer político. Como la globalización abarca varias de estas áreas de la vida –economía, tecnología, organización estatal, cultura, para nombrar sólo las más importantes–, diversas periodizaciones se superponen; por eso se vuelve particularmente difícil dar a la historia la impronta de un orden unívoco del tiempo. De todos modos, cualquier propuesta de periodización medianamente bien fundamentada merece ser tenida en cuenta; y las discusiones al respecto no pocas veces sirven a nuestra comprensión de la historia. A continuación, exponemos nuestra propuesta.

Consideramos problemático dar por sentado que la globalización abarcó miles de años.[34] Además, la idea de que las sociedades premodernas sólo se organizaban a pequeña escala y sólo se basaban en economías cerradas –dentro del marco de la unidad doméstica, del pueblo y de la aldea o, en el mejor de los casos, de una relación simbiótica de la ciudad con su entorno rural– ya no se sostiene. En la historia más antigua siempre hubo embestidas globalizadoras que se interrumpían en algún momento posterior. De ahí que pueda considerárselas la prehistoria de la globalización. Seguimos a Immanuel Wallerstein al entender que la nueva embestida globalizadora que comenzó en torno a 1500 con la

construcción de los imperios coloniales portugueses y españoles constituye el inicio de una puesta en red mundial que por principio es irreversible. Los viajes de exploración y las relaciones comerciales regulares pusieron por primera vez en contacto directo a Europa, África, Asia y América, contacto que, hacia mediados del siglo XVIII, se transformó en una interdependencia multilateral estable.

Hacia mediados del siglo XVIII, al menos se habían conformado redes transcontinentales económicas estables y de gran poderío. En el centro del siguiente período, que fechamos aproximadamente entre 1750 y 1880, la construcción de vínculos y conexiones a escala de la economía mundial, de una densidad hasta entonces desconocida, se advierte en las capacidades de producción, transporte y comunicación creadas por la Revolución Industrial. A la vez, en lo político, Europa se repliega sobre sí misma: las estructuras de los imperios coloniales en América se disuelven hasta volverse insignificantes; el "surgimiento de la economía mundial" se da a la par de la expansión del libre comercio, que impone sus condiciones. Además, se propagan por el mundo las mentalidades y las instituciones de Europa occidental (entre ellas, el Estado nacional). En las décadas de 1860 y 1870, por primera vez actúan en el ámbito económico interdependencias realmente globales, algunas corroborables de manera bastante exacta con medios estadísticos.

Después de 1880 comienza una politización de la globalización: las sociedades, ahora concebidas como países, se proponen limitar por medio de la política las repercusiones de las conformaciones de redes de la economía mundial. Hacia fuera, la economía mundial se concibe como política mundial, como función del poder nacional. Pronto surgen conflictos entre las "potencias mundiales", que anuncian una era de desglobalización y a la vez de crisis y guerras mundiales. A este período le sigue en 1945 un esfuerzo consciente por la construcción de un mejor orden mundial según dos patrones, identificados con dos bloques de potencias en contienda. Así surgen por un lado las estructuras en cuyo interior también se desarrolló la globalización del presente, empujada en especial por la descolonización, las empresas multinacionales, la política de desarrollo, la sociedad de consumo, etc. Por otro lado, cobra mayor

relieve una nueva modalidad de la globalización: el mundo como comunidad de destino frente a la posibilidad de su exterminio nuclear y a los problemas ambientales cada vez más visibles, que cruzan las fronteras. El fin de esa época de la economía mundial (época que algunos juzgan una “edad dorada”) es tan discutido que preferimos no tomar partido al respecto. Haremos que la exposición acabe en los años setenta. Pero hay algo que está claro: la caída del bloque soviético en el trienio 1989-1991 no hizo surgir de pronto un mundo por completo nuevo. Ella fue en gran medida resultado de fuerzas globalizadoras, cuyos primeros efectos se pueden detectar en los años setenta.

▪

[11] Sigue siendo de lectura valiosa F. H. Tenbruck, “Gesellschaftsgeschichte oder Weltgeschichte?”, Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie 41 (1989), pp. 417-439.

[12] U. Beck, Was ist Globalisierung? Irrtümer des Globalismus - Antworten auf Globalisierung, Frankfurt, 1998, p. 49 [ed. cast.: ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización, Barcelona - Buenos Aires - México, Paidós, 2008].

[13] R. Cohen (comp.), The Cambridge Survey of World Migration, Cambridge, 1995; D. Hoerder, Cultures in Contact. World Migrations in the Second Millenium, Durham, 2002; A. Wirz, Sklaverei und kapitalistisches Weltsystem, Frankfurt, 1984.

[14] H. Kleinschmidt, Geschichte der internationalen Beziehungen. Ein systemgeschichtlicher Abriß, Stuttgart, 1998; B. Buzan y R. Little, International Systems in World History. Remaking the Study of International relations, Óxford, 2000. A modo programático, T. Bender (comp.), Rethinking American History in a Global Age, Berkeley, 2002.

[15] A. G. Hopkins, “Back to the future: From national history to imperial history”, Past & Present 164 (1999), pp. 198-243; L. Colley, “What is imperial history now?”, en D. Cannadine (comp.), What is History Now?, Basingstoke, 2002, pp. 132-147.

[16] S. Conrad y S. Randeria (comps.), Jenseits des Eurozentrismus. Postkoloniale Perspektiven in den Geschichts- und Kulturwissenschaften, Frankfurt, 2002; W. Reinhard, Geschichte der europäischen Expansion, 4 tomos, Stuttgart, 1983-1990. Véase también J. Osterhammel, Kolonialismus. Geschichte, Formen, Folgen, Múnich, 2003.

[17] Véase M. Geyer y C. Bright, "World history in a global age", American Historical Review 100 (1995), pp. 1034-1060.

[18] Así D. S. Landes, Wohlstand und Armut der Nationen. Warum die einen reich und die anderen arm sind, Berlín, 1999 [ed. cast.: La riqueza y la pobreza de las naciones. Por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres, Barcelona, Crítica, 2018].

[19] Véanse J. Osterhammel, Geschichtswissenschaft jenseits des Nationalstaats. Studien zu Beziehungsgeschichte und Zivilisationsvergleich, Gotinga, 2001, cap. 7; P. Pomper y otros (comps.), World History. Ideologies, Structures, and Identities, Óxford, 1998.

[20] Véase la revista Review, que aparece desde 1978. Sobre los fundamentos de Wallerstein, H.-H. Nolte, Die eine Welt. Abriß der Geschichte des internationalen Systems, 2ª ed., Hannover, 1993. De la obra principal de Wallerstein existen por el momento tres volúmenes en lengua alemana: Das moderne Weltsystem. Kapitalistische Landwirtschaft und die Entstehung der europäischen Weltwirtschaft im 16. Jahrhundert, Frankfurt, 1986 [ed. cast.: El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI, México, Siglo XXI, 2011]; Das moderne Weltsystem II: Der Merkantilismus, Viena, 1998 [ed. cast.: El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750, México, Siglo XXI, 2011]; de momento, sin versión alemana: The Modern World-System III. The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840, San Diego, 1989 [ed. cast.: El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850, México, Siglo XXI, 2011; por lo demás, en castellano también está disponible El moderno sistema mundial IV. El liberalismo centrista triunfante, 1789-1914, México, Siglo XXI, 2011].

[21] Acerca de los diversos aspectos analíticos de “incorporación” véase T. D. Hall, “The World-System in Perspective: A Small Sample from a Large Universe”, en R. Robertson y K. E. White (comps.), Globalization Critical Concepts in Sociology, 6 vols., Londres, 2003, vol. I, pp. 361-364.

[22] A modo de introducción, I. Wallerstein, “Wegbeschreibung der Analyse von Weltsystemen, oder: Wie vermeidet man, eine Theorie zu werden?”, Zeitschrift für Weltgeschichte 2 (2001), pp. 9-31; The Essential Wallerstein, Nueva York, 2000.

[23] N. Luhmann, Die Gesellschaft der Gesellschaft, 2 vols., Frankfurt, 1997, vol. I, pp. 145-171 [ed. cast.: La sociedad de la sociedad, México, Herder, 2007]; R. Stichweh, Die Weltgesellschaft. Soziologische Analysen, Frankfurt, 2000; T. Wobbe, Weltgesellschaft, Bielefeld, 2000.

[24] Véanse F. Barth, “Towards greater naturalism in conceptualizing societies”, en A. Kuper (comp.), Conceptualizing Society, Londres, 1992, pp. 17-33; U. Hannerz, Transnational Connections. Culture, People, Places, Londres, 1996, pp. 34-56 [ed. cast.: Conexiones transnacionales. Cultura, personas, lugares, Madrid, Cátedra, 1998]. Ejemplos de aplicación en R. Loimeier (comp.), Die islamische Welt als Netzwerk. Möglichkeiten und Grenzen des Netzwerkansatzes im islamischen Kontext, Wurzburgo, 2000.

[25] P. Arndt, Deutschlands Stellung in der Weltwirtschaft, Léipzig, 1913, pp. 1-4.

[26] M. Castells, “Materials for an exploratory theory of the network society”, British Journal of Sociology 51 (2000), pp. 5-24.

[27] J. W. Burton, World Society, Cambridge, 1972, pp. 35-51.

[28] Así G. Therborn, “Globalizations: Dimensions, historical waves, regional effects, normative governance”, International Sociology 15 (2000), pp. 151-179.

[29] Véase también H. Lübbe, “Netzverdichtung. Zur Philosophie industriegesellschaftlicher Entwicklungen”, Zeitschrift für

philosophische Forschung 50 (1996), pp. 133-150.

[30] G. Gereffi y M. Korzeniewicz (comps.), Commodity Chains and Global Capitalism, Westport (Connecticut), 1994.

[31] K. J. Bade, Europa in Bewegung. Migration vom späten 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart, Múnich, 2000, p. 67 [ed. cast.: Europa en movimiento. Las migraciones desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días, Barcelona, Crítica, 2003].

[32] A. W. Crosby, Die Früchte des weißen Mannes. Ökologischer Imperialismus 900-1900, Frankfurt, 1991 [ed. cast.: Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900, Barcelona, Crítica, 1988].

[33] M. Panić, Globalization and National Economic Welfare, Basingstoke, 2003, diferencia la globalización "espontánea" e incoordinada de la "institucionalizada".

[34] R. Robertson y K. E. White, "Globalization: An overview", en R. Robertson y K. E. White (comps.), Globalization, vol. I, pp. 1-44; en especial, p. 8.

3. Hasta 1750: construcción y consolidación de conexiones a escala mundial

Comercio a distancia, imperios, ecúmenes

Después de que en 1974 Immanuel Wallerstein presentó su esbozo histórico-teórico del surgimiento de un "sistema-mundo moderno" en el siglo XVI, no se hizo esperar la objeción de que ya mucho antes habían existido sistemas mundiales similares; algunos autores, incluso, pretendían fecharlo unos cinco mil años atrás.[35] Esta crítica contaba con un trasfondo político: el anhelo de superar el supuesto "eurocentrismo" de Wallerstein. A fin de cuentas, y esto ni siquiera él lo discutiría, también este autor relata una historia del "ascenso de Occidente" que no deja dudas acerca de la singularidad de la Europa moderna. Con todo, si en el pasado siempre surgieron y cayeron sistemas-mundo, resulta difícil asignar a la Edad Moderna europeo-atlántica un papel especial.

No hace falta tomar partido en este debate, que no carece de cierta perspicacia, para reconocer que renovó el interés por la integración de grandes espacios en épocas premodernas de la historia. Una integración tal podía darse de diversas formas, tres de las cuales se destacan por su importancia. La primera fue la unión –al comienzo forzosa, por lo general– de unidades políticas menores en un imperio. Al crearse imperios de esta índole, las unidades políticas menores –reinos, confederaciones tribales o ciudades-Estado– se disolvieron para integrarse en una totalidad mayor, que estaba caracterizada por a) una jerarquía de poder a escala del imperio general, a menudo con un monarca (emperador) a la cabeza, b) un aparato militar en condiciones de funcionar en territorios vastos, así como c) la pretensión simbólicamente reforzada de la central imperial de ser, a la vez, el centro de toda la civilización conocida. Si bien estaba cohesionado, además, mediante un "kit" cultural, en el fondo un imperio era una federación forzosa centralizada (y por ende, nunca una "red"). Si el brazo militar del centro imperial decaía, siempre existía el riesgo de la autonomización secesionista de partes del imperio y la conquista de territorios periféricos por pueblos vecinos con actitud agresiva.

Una segunda forma de la integración era la ecúmene religiosa. Un imperio y una ecúmene podían ser idénticos hasta cierto punto, pero de ninguna manera ese era el caso estándar. Por regla general, el área de propagación de religiones era más amplia que cualquier federación político-militar que se formaba en vínculo con la religión en cuestión. El cristianismo, el islam o el budismo no podían contenerse en fronteras políticas. Donde más coincidían la geografía política y la de las imágenes del mundo era en China. Allí, en los diversos puntos culminantes del desarrollo del poder mundano, el imperio en lo esencial era idéntico al territorio donde la clase superior se regía por la doctrina moral (que es una expresión más apropiada que "religión") del confucianismo. Pero este también irradió su luz a un país vecino como Japón (aunque nunca se volvió dominante), que en ningún caso estuvo subordinado al emperador chino.

Una ecúmene, por ende, solía constar de numerosas unidades políticas. No era indispensable que tuvieran trato pacífico entre ellas; lo demuestran la historia europea de la Edad Moderna así como la tensión de siglos entre las dos naciones islámicas: el Imperio Otomano e Irán. Además, un imperio no necesariamente debía tener de base una religión que fuera más que un culto local restringido, es decir, una religión universal que por principio pretendiera validez ilimitada. El Imperio Mongol mundial del siglo XIII, por ejemplo, se las arregló sin una religión "civilizada" de ese calibre. Pero también a esto –aunque no sólo a esto– se debió que durara relativamente poco: contaba con escaso poder "ideológico" que cohesionase sus distintas partes. Las ecúmenes religiosas habrían sido entramados muy frágiles si sólo se hubieran fundamentado en ideas religiosas compartidas. Eran más que meras "comunidades imaginarias". Fue necesario añadir dos cosas para garantizar una cohesión estable: por un lado, una movilidad hacia los centros sagrados, es decir, la peregrinación (para la cual en muchos casos había que recorrer grandes distancias); por otro, el carácter vinculante de ciertas reglas rituales y de práctica cotidiana en grandes espacios; en otras palabras: un catálogo de obligaciones cuyo seguimiento era natural más allá de fronteras geográficas e incluso lingüísticas. Por ejemplo, en cualquier rincón del mundo islámico los creyentes rezan en horas prestablecidas. Las ecúmenes religiosas, en muchos casos, pero no siempre, se mantenían unidas

también por el estudio de los escritos “sagrados”, por ejemplo, de la Biblia o del Corán. Una organización eclesiástica centralizada con una jerarquía de sacerdotes que tuviera cierta independencia de los poderes mundanos era cualquier cosa menos el caso estándar. Esta es una particularidad del cristianismo católico apostólico romano.

Una tercera forma de la integración, por último, consistía en las relaciones del comercio a distancia. No está claro si es lícito hablar de “redes”, aunque sin duda también las hubo. Pero líneas comerciales puntuales como la ruta de la seda entre China y la región mediterránea, la navegación entre la península arábiga y la India, o las rutas más frecuentadas por las caravanas del Cercano Oriente y África del Norte, no pocas veces crearon conexiones duraderas entre centros civilizatorios muy alejados entre sí. Por esas rutas se movían personas (en muchos casos, también esclavos), mercancías y monedas, objetos artísticos e ideas. En fecha reciente los historiadores empezaron a descubrir la diversidad de esta movilidad en muchas partes del mundo. Si durante largo tiempo las sociedades campesinas sedentarias se consideraban la norma del mundo premoderno, actualmente encontramos en todas partes formas de contacto, transferencia e intercambio en una medida que rara vez puede considerarse marginal. En Europa, incluso la transición de la Antigüedad al Medioevo (desde 300 hasta 900) –que solía describirse como una época de letargo y barbarie (en inglés se la denomina Dark Ages, edad oscura)–, en los últimos tiempos fue presentada como generadora de una nueva configuración de relaciones comerciales y de comunicación dinámicas.[36]

Por último, incluso podríamos pensar en una cuarta forma de integración en grandes espacios: las migraciones de grupos humanos de mayor envergadura o, como suele decirse: las grandes migraciones. La arqueología, la etnología y en la época más reciente un área vecina en especial útil para los historiadores, la genética histórica,[37] van encontrando siempre nuevas huellas de estas migraciones, que franquearon a veces miles de kilómetros por tierra y mar. La colonización prehistórica de América desde Asia del Norte (que quizá comenzó en torno a 70.000 a.C.), la colonización que partió de las Islas Marquesas hacia el archipiélago del Pacífico oriental en el período entre aproximadamente 1500 y 800 a.C. por

una población de navegantes de alta movilidad, o la extensión de pueblos de habla bantú de la región Níger-Congo hacia el Este, el Oeste y el Sur entre aproximadamente 500 a.C. y 1000 d.C. son ejemplos conocidos. Sin embargo, son contadas las ocasiones en que este tipo de migraciones trajo aparejada la construcción de estructuras duraderas en territorios vastos. Las personas abandonaban sus lugares de origen y no regresaban ni sostenían relaciones con quienes habían quedado allí (o sólo las recuperaban de modo muy endeble). Las migraciones tampoco se realizaban con una regularidad organizada, tal como sucedió con la deportación de esclavos africanos a través del Atlántico durante la temprana Edad Moderna. Todo esto marca una diferencia entre los movimientos poblacionales de ese entonces y los de la época que se inicia con el siglo XVI. Sólo con estos últimos comienza la historia migratoria bajo el signo de la globalización.

Si se intenta obtener un panorama de la historia mundial del milenio previo a 1500 (es decir, de un "Medioevo" muy extenso), llaman la atención dos impulsos de integración en grandes espacios. Si por cuestiones de simplicidad se utiliza un cálculo esquemático de siglos, estos impulsos pueden datarse en los siglos VIII y XIII. El desarrollo más importante en la primera fase fue el surgimiento y la expansión militar de una nueva religión monoteísta en los márgenes del desierto árabe. En torno a 800, es decir, apenas doscientos años después de la fundación del Islam por el profeta Mahoma, un enorme territorio desde Andalucía en Occidente hasta Samarcanda en el actual Uzbekistán se encontraba bajo el poder de las aristocracias militares islámicas. Pese a la fragmentación política, que en el mejor de los casos fue encubierta durante pocos decenios en torno a 800 con una suerte de imperio unificado (el Califato de los abasíes con centro en Bagdad), la cohesión de la nueva ecúmene religiosa era en extremo estable. Con la excepción de España, hasta nuestros días todas las áreas islamizadas en ese entonces no dejaron de ser parte de la umma, la comunidad de creyentes islámicos. Más o menos en aquella misma época, en Asia oriental se renovaba un imperio de contornos todavía reconocibles en la actualidad. La dinastía china Tang reconstituyó el imperio de la dinastía Han, desaparecida en 220 d.C., con casi la misma extensión que había tenido en épocas pasadas. Abarcaba desde el Mar Amarillo hasta poco antes de Taskent en Occidente. Casi todos los territorios sobre

los cuales los emperadores Tang reclamaban derecho de dominio forman parte aún hoy de la República Popular de China.

¿Qué relaciones existían entre esas dos civilizaciones de culturas tan distintas, que a la vez eran los bloques de poder más fuertes de su época? La pregunta es interesante también porque una y otra asistieron a un desarrollo análogo e incluso sincrónico. A las conquistas militares les siguió en los dos casos un florecimiento de la cultura urbana y del comercio.[38] Sin embargo, el contacto entre ellas se restringió a una breve confrontación militar en Asia central en la década de 750. Con la excepción de una antigua invención china –el papel, que se difundió por Europa pasando por Samarcanda y Bagdad–, notamos que de las pocas relaciones que existían no surgieron efectos transformadores.[39] Los centros del mundo más vigorosos en lo militar y en lo económico permanecieron replegados sobre sí mismos.

El segundo impulso medieval de integración en grandes espacios no fue una mera repetición del primero. El incentivo llegó nuevamente de la periferia, al igual que el Islam, que había surgido en los márgenes del Imperio Bizantino. Apenas seiscientos años después, en la estepa al norte del Imperio Chino, se formó en un breve lapso el poder de caballería nómade de los mongoles. Unidas por primera vez en 1206 por Gengis Kan, las tribus mongolas avanzaron en Oriente hasta Corea, en Occidente hasta las puertas de Viena y Damasco y en el Sur hasta la península indochina. De estas expediciones militares devastadoras surgió después de 1259 una suerte de laxa federación imperial, cuyo lento ocaso comenzó con la expulsión de los mongoles de China en 1368.

En las crónicas de sus víctimas y rivales cristianos, chinos y árabe-persas, los mongoles encontraron poca simpatía por buenos motivos. Los historiadores actuales diferencian el juicio histórico y destacan la extremada libertad de viaje y de comercio que la pax mongolica posibilitó en Eurasia. Por primera vez, misioneros europeos avanzaron incluso hasta Asia oriental, aunque sin lograr éxitos en cuanto a conversiones que valga la pena mencionar. Si en el panorama general se incluyen también el florecimiento del comercio a distancia de Europa occidental y del que se produjo entre la India y el Sudeste Asiático así como el expansionismo

mediterráneo de los cruzados y las Repúblicas Marítimas, se puede reconocer que en el siglo XIII surgieron espacios de migración y circulación de una extensión nunca antes vista.[40] La propagación de la peste bubónica, que, partiendo de su foco inicial en Asia central, alcanzó en torno a 1330 las primeras grandes ciudades en China y en el transcurso de las siguientes dos décadas avanzó hasta Portugal, Marruecos y Yemen, fue en gran medida una consecuencia de la mayor facilidad de traslado. Así, por obra de microbios y guerreros a caballo se produjo la primera calamidad interconectada a escala euroasiática.[41] Ahora bien, desde estas cadenas de efectos de gran alcance no hay un camino recto hacia la construcción de estructuras que abarcan el mundo. Los mongoles abrieron espacios, pero tuvieron un comportamiento parasitario (en la mejor de las hipótesis). Del dominio mongol, en casi ningún lugar partieron impulsos constructivos, como tampoco de las hegemonías globalizadoras de la Edad Moderna tardía.

La apertura de la "Alta Edad Media" euroasiática –de la que forman parte el ataque devastador de los mongoles así como las construcciones intelectuales universales de teólogos y filósofos en el mundo árabe, cristiano-latino y chino– cedió desde el siglo XIV hasta el XVI ante un fortalecimiento de la integración al interior de unidades ya existentes y una demarcación más clara de las fronteras entre estas. Durante cuatrocientos años, China había sido la gran potencia marítima de Asia. Perdió este lugar en torno a 1430, en una época en que el imperio de la dinastía Ming sostuvo una perdurable actitud defensiva frente a los mongoles, para entonces refortalecidos. La expansión china se detuvo durante casi trescientos años. China interactuaba con el mundo exterior mediante un "sistema tributario" cada vez más ritualizado que confirmaba simbólicamente al emperador una y otra vez en su posición de monarca universal de Oriente y por lo demás mantenía el statu quo. Recién entonces China se convirtió en el "Imperio del Centro" (aislado aunque por completo transformable hacia dentro) que conocieron los observadores occidentales en el siglo XVII. Japón, siempre independiente de China en términos políticos, avanzó un paso más. Después de su unificación del poder en torno a 1600, disminuyó su participación en el comercio de ultramar en el Este asiático y hasta mediados del siglo XIX renunció a cualquier tipo de política exterior. Para otros extranjeros que no fueran chinos,

coreanos y un pequeño número de comerciantes holandeses controlados con rigor, el archipiélago era casi inaccesible.[42]

En el oeste y en el sur de Eurasia se da un desarrollo contradictorio.[43] Por un lado, el cisma y las guerras de religión llevaron a una crisis interna de la ecúmene cristiana; por el otro, las fronteras entre los contiguos espacios civilizatorios de la cristiandad y del mundo islámico se marcaban con más fuerza que antes. Los musulmanes eran expulsados y desalojados de España. La nueva gran potencia del Cercano Oriente de los otomanos islámicos hizo caer el Imperio Bizantino, de impronta cristiano-oriental, y, desde una perspectiva geopolítica, asumió su herencia. La lucha militar fue llevada desde Levante, su escenario privilegiado durante las Cruzadas, hasta los Balcanes. Belgrado se convirtió en la vanguardia del norte del Imperio Otomano (y lo siguió siendo hasta 1867). En una época de continuas tensiones bélicas, el interés recíproco entre cristiandad e islam, comparado con el siglo XIII, retrocedió de ambas partes. Las grandes ecúmenes religiosas se cerraron una respecto de otra con mayor hermetismo que en la Alta Edad Media. La orientalística europea, que iba surgiendo y no tenía su contraparte en el mundo islámico en forma de "europeística", no pudo distender la atmósfera de creciente enemistad religiosa e imperialista. Sin embargo, en términos económicos, los países de Europa y de Cercano y Medio Oriente estaban mucho más orientados hacia el exterior que, para la misma época, China y Japón. Como ya sucedía desde la Antigüedad, el Mediterráneo y sus regiones adyacentes estaban surcados por rutas comerciales que se prolongaban más allá de los Alpes a la zona del Mar Negro y al África subsahariana. La integración por el comercio a distancia, cada vez más dependiente de las coyunturas de toda el área mediterránea, continuó progresando.

A la vez, la modalidad de integración imperial cobró nuevo impulso. Tanto en la esfera cultural islámica como en la cristiana, ya no se podía pensar en una "monarquía universal" que todo lo abarcara. Sin embargo, también se evitaba su contraparte, una atomización política a pequeña escala. Europa central, Italia, India del sur y Malasia seguían fragmentadas políticamente (no siempre en perjuicio de sus habitantes). Por lo demás, se formaban unidades de dominio en territorios vastos. En el Este se trataba de imperios multiétnicos creados por aristocracias de guerreros al frente de las

cuales, durante la época de la conquista y la fundación del imperio, había monarcas poderosos que debían demostrar su eficacia como jefes del ejército y como organizadores civiles a la vez. Al más temprano de este tipo, el Imperio Otomano, que se hizo visible en su forma desarrollada en torno a 1500, le siguieron en décadas posteriores el Imperio de los shahok safávidas en Irán y el Imperio Mogol en el norte de la India. El Imperio Moscovita, el germen del gigantesco futuro imperio continental de los zares Romanov (y en muchos sentidos también el Imperio de la dinastía de los Habsburgo, gobernado desde Viena), es otro ejemplo de esta forma política que fue posible no sólo sobre fundamento islámico. Todos esos imperios crearon espacios económicos relativamente unificados y participaron en el comercio a distancia más allá de sus fronteras. Esas fronteras sólo pocas veces tenían una demarcación clara; en sus márgenes, los imperios llevaban adelante una diplomacia de alianzas. El comercio a distancia, por lo general, estaba en manos de minorías especializadas (por ejemplo griegos, armenios o parsis), que gozaban de protección soberana en caso de que no adhirieran a la religión oficial.

En Europa occidental, durante esa misma época se consolidaron países que no habían surgido de conquistas exteriores, sino de monarquías medievales y cuya homogeneidad religiosa y étnica los diferenciaba de los imperios multiétnicos. Inglaterra, Francia y España encarnaban este tipo del “Estado territorial” de la manera más clara; a comienzos del siglo XVIII, el Reino de Prusia adoptó este tipo de Estado. Era una particularidad de Europa el hecho de que allí, de la gran crisis del siglo XVII que se denomina la Guerra de los Treinta Años, surgiera una forma novedosa de integración: un “sistema” de Estados que conservaron su independencia fijó sus propias reglas. No hubo un príncipe guerrero que forzase la paz: fue establecida por consenso. Sin embargo, no debe pasarse por alto lo poco que este “orden de Westfalia” elaborado con astucia en 1648 pacificó de hecho el continente europeo. En los lugares donde funcionaba la monarquía universal imperial –como en China–, esta era mejor garante de la paz interna.

Imperios de la pólvora y espacios marítimos

El orden de la Paz de Westfalia nunca fue concebido como otra cosa que una estabilización del centro de Europa. No pretendía ser un orden de la paz mundial y ni siquiera se refería a las posesiones de ultramar de los países europeos. En torno a 1650, estas posesiones ya habían reconfigurado considerablemente el entramado planetario, y era previsible que a la larga los conflictos que los europeos dirimían entre ellos en la "periferia" repercutiesen en Europa. La periodización usual, que ve en los años entre 1450 y 1500 una profunda cesura, incluso el comienzo de la "Edad Moderna", está cuestionada en la actualidad para Europa y no es aplicable a grandes partes del planeta (entre ellas, Asia oriental). Desde la perspectiva de la historia global, sin embargo, es confirmada en cinco aristas:

Hoy en día se atribuye menor importancia al primer viaje marítimo de Portugal a la India realizado por Vasco da Gama en 1498 pasando por Sudáfrica; en efecto, se sabe más de los contactos económicos más antiguos en el Océano Índico y por tierra a lo largo y a lo ancho de Eurasia. La India no fue "descubierta" de manera tan repentina como América, y los europeos no fueron los primeros en abrir rutas comerciales transoceánicas. De todos modos, sigue siendo cierto y significativo que, en el transcurso de pocos años, barcos portugueses armados establecieron una presencia militar europea sin precedentes en el paisaje marítimo de Mozambique hasta Malaca. Los portugueses no construyeron un imperio territorial colonial y nunca ejercieron dominio sobre grandes poblaciones asiáticas, pero con su particular manera de "capitalismo monárquico" militarizado se insertaron en redes comerciales vernáculas y tendieron en las costas de Asia una red de factorías que a partir de 1557 abarcó incluso a Macao, en la costa del sur de

China, como puesto externo oriental. Con eso, a los europeos se les abrían las puertas de Asia de una vez y para siempre.

Un segundo desarrollo importante del siglo XVI es la ya mencionada formación imperial en el interior de la ecúmene islámica, un proceso que debe verse en relación directa con la temprana expansión europea. Los primeros imperios europeos de ultramar en la temprana Edad Moderna y los imperios de Asia centrados en el continente surgieron casi de manera simultánea en el siglo XVI o ingresaron (como el Imperio Otomano o el de la dinastía Ming) en ese momento en la etapa madura de su desarrollo. La expansión otomana estaba avanzando su ofensiva contra la cristiandad cuando tropas españolas del emperador Habsburgo Carlos V sometieron en México al reino azteca. En cierto sentido, el predominio otomano en torno al Mediterráneo instaba a Europa a dirigirse a ultramar. En vez de hablar de "expansión europea", resulta más lógico identificar una acumulación de procesos de expansión en toda Eurasia que condujeron en su mayoría al surgimiento de unidades políticas más vastas. Tenían en común la rápida propagación de la nueva técnica de artillería. Armas de fuego, sus fabricantes y equipos operativos fueron exportados en el transcurso de pocos decenios desde Europa, atravesando fronteras políticas y culturales, a casi todos los rincones de Asia.[44] Artilleros alemanes y húngaros ayudaron a los otomanos en la conquista de Constantinopla en 1453, y la artillería ya definía la batalla cuando en 1526 el conquistador mogol Babur venció al ejército del sultán de Delhi. El hecho de que los españoles estuvieran armados con mosquetes y cañones fue un factor de peso en la conquista de México entre 1519 y 152 La revolución de la tecnología militar no debe ser vista como la única causa de estos procesos de expansión simultáneos pero, por su difusión desde Europa, fue una causa generalizada. Todos los imperios del siglo XVI fueron "imperios de la pólvora".[45]

Mientras los europeos en Asia ingresaban en redes comerciales preexistentes y por eso participaban en los juegos de poder que ya se habían jugado antes de su llegada, su expansión hacia el Hemisferio Occidental siguió un patrón por completo diferente. El

concepto colectivo de “expansión europea” apenas encubre estas diferencias. La destrucción de estructuras políticas vernáculas, que comenzó inmediatamente después del “descubrimiento” de América en 1492, o su desplazamiento espacial al “desierto” hizo que en América casi no fuera necesario entablar pactos con la población local.[46] La política allí era política “blanca”. Los colonos europeos llevaron consigo sus costumbres e instituciones, sus lenguas y convicciones religiosas y fundaron sociedades que eran filiales neoeuropeas. Las condiciones necesarias se crearon en el siglo XVI, y en el XVII estas sociedades alcanzaron en casi todos los lugares el umbral de una estabilización irreversible.

Con los primeros europeos también llegaron otras formas de vida al Nuevo Mundo. Se introdujeron, sin saberlo, agentes patógenos contra los cuales los habitantes de América no tenían anticuerpos. Entre los muchos motivos que facilitaron a los europeos el sometimiento del continente, tal vez ninguno haya sido más importante que las devastadoras epidemias de viruela que diezmaron a la población autóctona. También plantas y animales cruzaron el Atlántico en ambas direcciones. Tanto en Europa como en América se transformó la flora y la fauna. El Nuevo Mundo, al igual que Australia a fines del siglo XVIII, fue incorporado a un milenario espacio euroasiático-africano de propagación de biota; el Viejo Mundo, por su lado, sacó provecho de la riqueza de las especies de América y de la obra de domesticación ya realizada por sus habitantes. No es posible hacer un balance prolijo. Nuevas plantas útiles –maíz y papa en Europa– mejoraron las condiciones básicas de vida de muchas sociedades, mientras nuevas plagas las menoscababan. Las plantas americanas también llegaron con rapidez a Asia y África: variedades de arroz más productivas, el maní o el cacao adquirieron una importancia económica extraordinaria. Algunas sociedades se adaptaron a las nuevas oportunidades en grado tal que transformaron diametralmente su carácter. Ese fue el caso de los pueblos originarios de las grandes llanuras al oeste del río Misisipi. Allí los españoles difundieron los caballos y los franceses las armas de fuego. Sólo mediante el uso de caballos los seres humanos podían competir con la velocidad de los búfalos al galope. Así surgió la peculiar cultura de los caballos y

bisontes de las poblaciones indígenas de las praderas.[47]

Otra innovación de la época en torno a 1500 que produjo consecuencias a escala mundial fue la imprenta. En China, la reproducción mecánica de textos mediante estereotipia de madera se conocía hacía siglos. Otorgaba a la cultura literaria de la clase alta, a su vez encargada de la administración del Estado, un alto grado de coherencia. La invención de la imprenta con tipos móviles en la civilización europea posibilitó que se dieran a conocer rápida y ampliamente en Europa informes sobre los territorios de ultramar recién descubiertos o colonizados y, a la inversa, que el cúmulo de información en rápido crecimiento de la "sociedad del conocimiento" europea pudiera difundirse allí donde viajaran los barcos europeos. Para los europeos significaba una importante ventaja que la tecnología de Gutenberg les facilitara, más que a las culturas manuscritas, la construcción de espacios comunicacionales de extensión potencialmente ilimitada.

La famosa pregunta "¿Qué tan nueva es la Edad Moderna?" es bastante fácil de responder desde la perspectiva de la historia de la globalización si se contemplan los inicios de esa modernidad. El descubrimiento y la colonización de América, el avance de comerciantes y soldados europeos por los océanos Índico y Pacífico, el "imperialismo ecológico" así como las "revoluciones" en tecnología militar y las comunicaciones crearon las condiciones para la ampliación de espacios de interacción existentes y la creación de nuevos.

Un espacio de interacción completamente nuevo fue el Atlántico.[48] Era la única cuenca marítima donde los europeos no se topaban con competidores o adversarios navegantes, como sucedía en los mares orientales, donde árabes, chinos, malayos (y otros) eran comerciantes marítimos experimentados y piratas. De ahí que el Atlántico, ya en un comienzo fácil de dominar en términos náuticos, fuera desde Colón un mar europeo donde sólo combatían los europeos entre sí. No había ciudades portuarias cuyo acceso hubiera que negociar. También en los países continentales la

resistencia era escasa. Incluso las organizaciones estatales más complejas existentes, los imperios azteca e inca, se desmoronaron en poco tiempo frente al ataque español. En ningún lugar los europeos se toparon con adversarios de igual condición que pusieran límites a sus ambiciones. América, desde el punto de vista europeo, fue desde un comienzo el continente de las "posibilidades ilimitadas", un espacio de configuración colonial a disposición. Sólo allí, por ende, podía realizarse uno de los experimentos de tecnología social más ambiciosos de la temprana Edad Moderna: las plantaciones esclavas, que surgieron en la década de 1580 y llegaron a su culminación aproximadamente ciento cincuenta años después de 1680.[49] En sus enclaves más importantes –las islas del Caribe, Brasil, el sudeste de América del Norte– la plantación se convirtió en la institución social dominante. Producía azúcar y tabaco para los mercados de una Europa que aumentaba su poder de compra de manera gradual y, por su parte, dependía del constante abastecimiento de africanos esclavizados.[50] El comercio de esclavos se arraigó con vigor en el oeste del continente africano y se tornó un importante factor económico para algunas regiones. La provisión de esclavos que luego eran vendidos a capitanes de navíos británicos, holandeses, portugueses o franceses era un fin secundario de numerosas guerras que determinaron la historia de la temprana Edad Moderna del África atlántica. También en este caso, desde 1600 se hizo notar la "revolución de la pólvora".[51] A la inversa, algunas revueltas de esclavos en América evocan métodos de guerra africanos.

La migración transatlántica de esclavos fue un fenómeno de conformación de red de dimensiones e intensidad nuevas. Consistía en el transporte constante y regular de una mercancía en masa (cerca de 10.200.000 africanos llegaron vivos al otro lado del Atlántico entre 1450 y 1870).[52] A diferencia del tradicional comercio a distancia por barco o caravana en Eurasia, no vinculaba entre sí centros civilizatorios existentes, sino que se originó en la más estrecha vinculación con nuevas formas de organización social y política. Entre diversas fuerzas propulsoras e intereses, la más importante era el capitalismo comercial de Europa occidental, es decir, una "tercera" magnitud en términos geográficos. El comercio atlántico de esclavos creó cadenas de efectos que vinculaban pueblos de Angola con plantaciones de azúcar en Brasil, y a estas a

su vez con salones de té europeos. Colindaba con sistemas de mercado vecinos, como el comercio de esclavos “oriental” que estaba dirigido al Medio Oriente islámico, y el comercio con esclavos dentro de los Estados Unidos.

Otros vínculos comerciales de gran alcance eran la importación a Europa de especias, telas finas y té del este, sudeste y sur de Asia –una importación llevada adelante por las grandes compañías holandesas e inglesas– y el comercio con pieles que, merced a numerosos mediadores, vinculaba a los tramperos de Canadá y Siberia con los consumidores finales en Europa y China. La primera red comercial que logró abarcar el planeta entero se generó a partir de la plata obtenida en Hispanoamérica.[53] En un primer momento fluyó a las arcas españolas y desde allí a todos aquellos, tanto europeos como orientales, que mantenían relaciones comerciales con España. Una segunda ruta, la de los galeones de Manila que circulaban poco pero con cierta regularidad, conducía desde México y Perú hacia las Filipinas, colonizadas por España. Desde allí se efectuaban las compras de seda en China. Los flujos de plata hacia la economía china, por lo demás poco permeable hacia el exterior, fueron, en especial durante el siglo XVIII, tan amplios que promovieron una monetización, comercialización y revitalización general y de larga duración en el Imperio Chino.[54] Los flujos de metales preciosos fueron los primeros flows que circundaron el globo terráqueo.

Agujeros en las redes

Si acaso para la época que va hasta mediados del siglo XVIII deben destacarse los aspectos que pronosticaban un mayor entramado de conexiones en red o, antes bien, los agujeros en la red, como si señalaran los déficits de la globalización: esa es una cuestión imposible de dirimir de manera unívoca si como punto de partida se toma el conocimiento de los hechos; sólo cabe una atenta ponderación de estos conocimientos. Aquí señalaremos el carácter contradictorio de las tendencias epocales.

Por un lado se fortaleció la integración en grandes espacios pero sostenida a escala subglobal, en las formas tradicionales de imperios, ecúmenes religiosas y redes laxas de comercio a distancia (en la forma moderna de trading empires). El mundo fue uniéndose a paso muy lento. Pese a que en varias civilizaciones florecían ciudades y también se formaban círculos de grandes comerciantes cada vez más creativos y autoconscientes en términos culturales, tal como los describió con elocuencia Fernand Braudel,[55] el peso del comercio a distancia más allá de las fronteras siguió siendo reducido en comparación con la producción fabricada y consumida a escala local y regional. Pocos sitios en el mundo –los Países Bajos en primer lugar– debían su riqueza a este comercio a distancia, y por fuera de las sociedades esclavistas de América eran muy pocas las economías que producían en primer lugar para la exportación. Las crisis económicas aún no se propagaban de país en país ni de continente a continente. No estar en red en términos económicos todavía no era un problema importante, la autarquía era un estado casi natural para grandes espacios medianamente desarrollados como Japón y China. Si había tendencias de desarrollo similares en grandes espacios vecinos, se debían menos a difusiones –la principal excepción es la propagación de las armas de fuego– y reacciones en cadena que a condiciones marco que operaban a escala general, como cambios climáticos (como la “Pequeña Edad de Hielo” conjeturada entre 1450 y 1850) o tendencias demográficas de base.

Estas condiciones marco se imponían frente a mecanismos que operaban en el nivel local y no requerían el contacto inmediato entre comunidades diversas.

El mundo seguía siendo policéntrico. Europa occidental se había convertido en punto de partida para una reconfiguración fundamental del mundo atlántico. Pero es dudoso que las periferias coloniales descubiertas y explotadas en el Atlántico occidental hayan realizado un aporte decisivo a la progresiva prosperidad de Europa.[56] Para decirlo sin rodeos: el Reino Unido no se convirtió en el país de la Revolución Industrial por el hecho de poseer islas azucareras en el Caribe y por cobrar impuestos en Bengala. En términos económicos, Europa aún no era el organizador indiscutido del planeta. En el mejor de los casos, exportaba sus modelos políticos a sus propios territorios coloniales. Esto sólo surtía efecto a largo plazo allí donde los colonos se rebelaban, como desde 1760 en partes de la América del Norte británica, contra gobiernos coloniales europeos en el nombre de principios de la antigua Europa. El único monarca de renombre que antes de 1800 intentó reformar su país con perseverancia y por propia voluntad, según ejemplos europeo-occidentales utilizados de manera selectiva, fue el zar Pedro el Grande de Rusia. Por lo demás, “Occidente” no ejerció un efecto de demostración. Lo mismo vale a la inversa. En el apogeo de la fascinación de los intelectuales europeos por China, es decir, en las décadas cercanas a 1700, algunos creían poder aprender algo sobre política de paz y administración del Estado racional del Imperio del Centro, pero ninguna de estas propuestas llegó a implementarse. En la vida cotidiana de las capas acomodadas de Europa, los objetos exóticos y las mercancías coloniales adquirían una importancia cada vez mayor. Desde luego, eran portadores de significados culturales, y los monarcas y potentados se posicionaban de manera consciente en el mundo si se asumían como tomadores de café o se hacían construir un pabellón chino en el parque del palacio. Pero este consumo a distancia sólo afectó a círculos poblacionales más amplios cuando en la segunda mitad del siglo XVIII el té se convirtió en bebida popular en Inglaterra y aumentó la demanda del azúcar que lo endulzaba.

Las relaciones entre las civilizaciones desarrolladas también estaban mucho menos avanzadas en la temprana Edad Moderna que en el

siglo XIX. La civilización europea era la única que enviaba viajeros al mundo entero y reunía un imponente saber sobre las lenguas, religiones, costumbres y constituciones estatales de los demás. Era una obra cultural significativa y tiempo después le dio a Europa un saber de dominación política que puso al servicio de sus fines coloniales. En sentido inverso, el interés de los no europeos por el mundo exterior fue comparativamente escaso. En torno a 1750, en China o incluso en la corte del sultán en Estambul se sabía mucho menos sobre Europa que a la inversa. Sólo puede hablarse de interacción cultural en un sentido muy acotado. La transferencia cultural de Este a Oeste, tan sólo por la falta de visitantes asiáticos a Europa, fue insignificante. La misión cristiana de credo romano o protestante no había obtenido un éxito digno de mención en ningún lugar fuera de Hispanoamérica y las Filipinas, aunque la orden jesuítica haya encarado su proyecto heroico de difundir la fe de manera en verdad intercontinental. En el mundo islámico la misión desde un principio era inviable; en Japón fracasó de manera rotunda a comienzos del siglo XVII, y en China falló la conversión masiva. El islam tuvo mejor éxito. Se propagó desde el siglo XV en buena parte del Sudeste Asiático, a lo largo de la costa oriental de África y en una franja al sur del Sahara. El recurso de la expansión era menos la formación de un imperio “a fuego y espada” que el comercio a distancia, porque la islamización se propagaba incesantemente desde bases costeras donde los árabes llevaban a cabo sus negocios. En ningún otro lugar se dieron conversaciones entre sacerdotes y eruditos de las diversas religiones, tal como las organizó el emperador mongol Akbar durante la década de 1570 en su corte.[57] Las diversas ecúmenes no se unían en un nivel superior. La intolerancia y la persecución religiosa estaban muy difundidas, especialmente en los países cristianos.

Es probable que el intercambio científico entre las civilizaciones de la Edad Media, época del apogeo de la erudición islámica, haya sido mayor que en los siglos posteriores. En China hubo un interés temporario por la astronomía europea, pero no se la adoptó con todas sus consecuencias. Los europeos, en todo caso, aprendieron de los pueblos originarios en sus colonias una que otra cosa acerca de lenguas, geografía y taxonomías botánicas.

¿Cuándo se reconocen los comienzos de una conciencia global? Para

los teóricos de la globalización actuales, esa conciencia constituye un indicio del comienzo de una nueva era. Ahora bien, es necesario hilar más fino. Si la transmisión televisiva de una boda real europea llega a los rincones más remotos del planeta, sin duda constituye una forma más primitiva de conciencia global que cuando alguien compra una heladera poco contaminante para proteger la capa de ozono. Un sentimiento de responsabilidad global presupone relaciones reales de causa-efecto, que aún no existían en la temprana Edad Moderna o acerca de las cuales nada se sabía.

Con todo, en esta época se tornó posible una imagen del mundo global. Surgió entre intelectuales en Europa y permaneció restringida por un tiempo a la civilización occidental, que fue la primera en amigarse con la idea de la forma esférica de la Tierra. De 1519 a 1522, la primera circunnavegación del mundo por Fernando de Magallanes había demostrado esta forma esférica. Como consecuencia de siglos de viajes, de colonización y de inagotables informes al respecto, en torno a 1770 los eruditos e ilustrados de Europa conocían en detalle casi todas las partes del mundo habitado, con excepción de Australia, Nueva Zelanda, el interior africano y el oeste de América del Norte. La cartografía de tierra y mar hacía grandes progresos. Surgió una historiografía mundial empírica, es decir, ya no meramente especulativa. Por entonces ese tipo de historiografía sólo existía en Europa, donde aún no estaban tan firmemente convencidos de que su civilización fuera superior a las demás, como sucedería en el futuro. El derecho internacional (una invención europea del siglo XVII) al principio sólo regulaba el trato entre los países europeos poderosos, pero un pensador como Immanuel Kant vio ya entonces la necesidad de un orden mundial de la paz genuino (Sobre la paz perpetua. Un esbozo filosófico es de 1795). Algunos economistas en Escocia, Inglaterra y Francia comenzaron a concebir el mundo como un espacio económico en cohesión. Las primeras traducciones de lenguas orientales volvieron accesibles las culturas del Este para el público europeo. Sólo Japón, que por cierto no enviaba viajeros propios al orbe, mostró en el siglo XVIII un interés por el mundo exterior que, aunque menos intenso, era comparable con el europeo.

▪

[35] Véase A. G. Frank y B. K. Gills (comps.), The World System. Five Hundred Years or Five Thousand?, Londres, 1993.

[36] M. McCormick, Origins of the European Economy. Communications and Commerce A. D. 300-900, Cambridge, 2001 [ed. cast.: Orígenes de la economía europea. Viajeros y comerciantes en la Alta Edad Media, Barcelona, Crítica, 2005].

[37] L. L. Cavalli-Sforza y otros, The History and Geography of Human Genes, Princeton, 1994.

[38] J. Gernet, Die chinesische Welt, Frankfurt, 1979, p. 241 [ed. cast.: El mundo chino, Barcelona, Crítica, 1999].

[39] H. W. Haussig, Die Geschichte Zentralasiens und der Seidenstraße in islamischer Zeit, Darmstadt, 1988.

[40] J. Abu-Lughod, Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350, Nueva York, 1989; R. Bartlett, Die Geburt Europas aus dem Geist der Gewalt. Eroberung, Kolonisierung und kultureller Wandel von 950 bis 1350, Múnich, 1996 [ed. cast.: La formación de Europa. Conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350, Granada, Universidad de Granada, 2003]; M. Mitterauer, Warum Europa? Mittelalterliche Grundlagen eines Sonderwegs, Múnich, 2003, pp. 199-234 [ed. cast.: ¿Por qué Europa? Fundamentos medievales de un camino singular, Valencia, Universidad de Valencia, 2008].

[41] W. H. McNeill, Die großen Epidemien. Ihre Auswirkungen auf Völker und Staaten von den Anfängen bis zur Gegenwart, Bergisch Gladbach, 1983, cap. 4 [ed. cast.: Plagas y pueblos, México, Siglo XXI, 1984]; Stefan Winkle, Geißeln der Menschheit. Kulturgeschichte der Seuchen, Düsseldorf, 1997, pp. 442-448.

[42] Véase J. Lee, “Trade and economy in preindustrial East Asia, c. 1500- c. 1800: East Asia in the age of global integration”, Journal of Asian Studies 58 (1999), pp. 2-26.

[43] V. Liebermann (comp.), Beyond Binary Histories. Re-imagining Eurasia to c. 1830, Ann Arbor, 1999.

[44] J. Black, War and the World: Military Power and the Fate of Continents 1450-2000, New Haven, 1998, pp. 30-32.

[45] W. H. McNeill, “The age of gunpowder empires, 1450-1800”, en M. Adas (comp.), Islamic and European Expansion. The Forging of a Global Order, Philadelphia 1993, pp. 103-139.

[46] Véase el intento de describir el avance de los blancos en América del Norte desde la perspectiva de los pueblos originarios: Daniel K. Richter, Facing East from Indian Country. A Native History of Early America, Cambrige (Massachusetts), 2001.

[47] R. White, “It’s Your Misfortune and None of My Own”. A History of the American West, Norman (Oklahoma), 1991, pp. 18-24.

[48] Acerca de la prehistoria véase B. Cunliffe, Facing the Ocean. The Atlantic and Its Peoples, 8000 BC-AD 1500, Óxford, 2001.

[49] R. Blackburn, The Making of New World Slavery. From the Baroque to the Modern, Londres, 1997, p. 166 y ss.

[50] P. D. Curtin, The Rise and Fall of the Plantation Complex, Cambridge, 1990.

[51] J. K. Thornton, Warfare in Atlantic Africa, 1500-1800, Londres, 1999, p. 62.

[52] H. S. Klein, The Atlantic Slave Trade, Cambridge, 1999, p. 211 (cuadro A. 2.) [ed. cast.: El tráfico atlántico de esclavos, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2011].

[53] D. O. Flynn, “Born with a ‘silver spoon’: The origin of world trade in 1571”, Journal of World History 6 (1995), pp. 201-221.

[54] R. H. Myers y Yeh-chien Wang, “Economic developments, 1644-1800”, en W. J. Peterson (comp.), The Cambridge History of China, vol. 9, parte I, Cambridge, 2002, p. 590.

[55] F. Braudel, Sozialgeschichte des 15. bis 18. Jahrhunderts, 3 vols., Múnich, 1985, en especial, vol. 2; R. J. Barendse, The Arabian Seas. The Indian Ocean World of the Seventeenth Century, Armonk,

2002, pp. 152-196.

[56] P. K. O'Brien, "European economic development: The contribution of the periphery", Economic History Review 35 (1982), pp. 1-18.

[57] A. Hottinger, Akbar der Große (1542-1605). Herrscher über Indien durch Versöhnung der Religionen, Múnich, 1998, pp. 123-139.

4. 1750-1880: imperialismo, industrialización y libre comercio

Política mundial temprana y revoluciones atlánticas

Para referirse a la segunda mitad del siglo XVIII los historiadores suelen hablar de una “doble revolución”, que a la vez habría significado el ingreso al “mundo moderno”: la Revolución Industrial, que surgió en torno a 1760 en Inglaterra, y la Revolución Francesa de 1789, con la que comenzó una nueva época de orden político, inicialmente en Europa pero luego con efecto mundial. Ahora bien, llama la atención que la revolución política haya desplegado este efecto mundial al comienzo con lentitud y que la Revolución Industrial haya necesitado más de un siglo para llegar a todos aquellos territorios que hoy en día son sociedades industrializadas desarrolladas (esto, sin mencionar a los rezagados). Desde la perspectiva de la historia de la globalización, es posible otro punto de partida. Ya en los siglos VIII, XIII y XVI habíamos detectado impulsos de integración en grandes espacios. En torno a mediados del siglo XVIII se registra otro de estos impulsos que comenzó antes de la “doble revolución” y se alimentó del dinamismo de formación de Estados y el colonialismo preindustrial.

Durante la temprana Edad Moderna, los europeos obtuvieron el control sobre los océanos. Entretanto, ninguna de las potencias europeas pudo dominar a las otras. Portugueses, españoles, holandeses, ingleses y franceses y la piratería cosmopolita en su totalidad eran muy superiores a cualquier otra potencia naval. El dominio marítimo europeo se extendía a todas las ramas de la navegación de alta mar: viajes de descubrimiento, tránsito comercial y marina de guerra. Desde el comienzo –ya con las Repúblicas Marítimas del Mediterráneo de Venecia y Génova– la vinculación entre navegación militar y comercial fue más estrecha que en todas las otras civilizaciones de la historia. Galeones de Indias españoles cruzaban el Atlántico escoltados por buques de guerra. Los portugueses y holandeses pudieron hacer pie en Asia y conservar su posición sólo gracias a su artillería naval. A una escala por completo nueva, la marina se convirtió en herramienta del

Estado de la temprana Edad Moderna; la guerra naval entre potencias europeas desde la destrucción de la "Armada Invencible" en 1588, en un medio para dirimir conflictos a la altura de la guerra terrestre. Una gran parte del talento inventivo de los europeos se concentró en el perfeccionamiento de la técnica naval y de navegación y en la organización de estructuras tan complejas como la holandesa Verenigde Oostindische Compagnie y, por el lado inglés, la East India Company y la Royal Navy. Sólo la superioridad naval europea pudo crear las condiciones para el sector de la economía más dinámico del siglo XVIII: la economía de las plantaciones de América y el Caribe. La construcción naval y la navegación, a la par, eran un importante factor económico con derecho propio.

Si al inicio la rama militar de la navegación había estado subordinada a la comercial, a mediados del siglo XVIII se emancipó y se volvió instrumento de una política de alcance hasta entonces desconocido, de una primera forma de política mundial.[58] Las tensiones entre los países europeos ya se habían descargado previamente, de distintas maneras, en conflictos coloniales menores. Para entonces, lo novedoso era que los adversarios más fuertes vieran el globo terráqueo en su totalidad como escenario de su rivalidad y que transportaran grandes unidades de infantería a ultramar. Gran Bretaña era en teoría y práctica el pionero de esta nueva concepción estratégica. Durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763), cuyos causa y foco se encontraban en Europa central, los militares británicos expulsaron a los franceses de Canadá, libraron batallas con ellos y sus aliados vernáculos en la India y atacaron Manila y La Habana, dos de las ciudades más ricas del imperio colonial español.[59] Si bien la mayor parte de la flota británica permaneció fondeada tanto antes como después en puertos británicos protegiendo al Reino Unido de una invasión enemiga, en ultramar bastaban ventajas relativamente pequeñas en términos de poder para alcanzar grandes efectos. Idéntico efecto se repetía en conflictos de mayor alcance entre Gran Bretaña y la Francia revolucionaria y napoleónica entre los años 1793 y 1815. Hacia el final de esta auténtica segunda guerra mundial, muchos de los enclaves estratégicos más ventajosos estaban en manos de los británicos, entre ellos Gibraltar, Malta, el Cabo de Buena Esperanza y la futura Singapur. Durante los años de guerra, los británicos

concluyeron la conquista militar de la India y buscaron por primera vez el contacto diplomático con China. Poco antes (en 1788) Australia se había convertido en el destino del primer transporte británico de convictos y, debido a esto, en una colonia más del Reino Unido.

El fortalecimiento de las capacidades de guerra naval fue uno de los resultados de una organización más racional de la política impositiva y de endeudamiento del Estado británico, que en tanto "Estado fiscal-militar" estaba en condiciones de extraer del país una mayor cantidad de recursos fiscales que las monarquías "absolutas" del continente euroasiático. Al menos Francia y (con menor sistematicidad) Rusia pronto intentaron estar a la altura del ejemplo británico, mientras que los imperios asiáticos en esa época –es decir, antes de la Revolución Industrial– habían perdido terreno en términos militares respecto de Europa.

La concentración de poder en el espacio atlántico fue una de las principales causas de la gran crisis del Hemisferio Occidental.[60] Tanto el Estado británico como el español, sometido a una modernización en nombre del Iluminismo, en la década de 1760 intentaron afianzar la intervención en sus colonias americanas mediante el control. Acto seguido, trece colonias británicas declararon su independencia en 1776 y la obtuvieron luchando en una guerra que finalizó en 1783 con la derrota de la metrópoli. En Hispanoamérica, los anhelos secesionistas de la élite criolla al principio estaban menos desarrollados, pero se impusieron cuando en 1808 la monarquía española se derrumbó como consecuencia de la invasión napoleónica. En 1825, el imperio colonial español había desaparecido del continente americano. Una tercera revolución independentista había comenzado ya en 1791, cuando las consignas de libertad de la Revolución Francesa encontraron eco en los colonos mulatos y los esclavos negros de Santo Domingo, el principal productor de azúcar del mundo. Después de la guerra civil e intervenciones franco-británicas, el país alcanzó su independencia en 1804 bajo el nombre de Haití, como primera república negra de la historia.

La crisis atlántica entre 1765 y 1825, con su constante ping-pong a ambos lados del océano, fue resultado de las densas redes que unían

ese gran espacio marítimo. Sus consecuencias a largo plazo fueron paradójicas. Por un lado, las revueltas de colonos y esclavos rompieron algunos de los lazos existentes. Esto trajo aparejados efectos de desintegración y desglobalización. Con el derrumbe de su economía de exportación de azúcar, Haití libre de esclavos abandonó (hasta el día de hoy) la economía mundial. La élite política estadounidense apartó su mirada del Atlántico y la dirigió hacia el Oeste para dar comienzo a la gran aventura de la exploración de su propio continente. Las nuevas repúblicas de América de Sur y Central querían vincularse lo menos posible con España. Por otro lado, entablaron nuevas relaciones económicas con Gran Bretaña, el poder hegemónico pujante de la globalización. También las relaciones económicas, sociales y culturales entre los Estados Unidos y las islas británicas sobrevivieron el corte político y se desarrollaron con el tiempo hasta llegar a sostener la special relationship que subsiste en nuestros días.

Una peculiaridad de los Estados Unidos fue que, pese al rechazo a dejarse involucrar más de lo indispensable en contactos internacionales –rechazo que se sostuvo a lo largo del siglo XIX–, desde el principio presentaron el reclamo universal de ser un modelo para el resto del mundo: una anticipación ideológica de los siglos XX y XXI. Lo hicieron con una fuerza de convicción moral mayor que la Francia revolucionaria, que muy pronto recayó en la dictadura y la monarquía. El imperio marcial de Napoleón tuvo corta vida: habiendo alcanzado su apogeo en torno a 1810, unió a Europa durante un breve momento, pero sólo dejó huellas duraderas allí donde, como en los Estados de la Confederación Renana y en Prusia, dio impulso directo o indirecto a la implementación de reformas legales y políticas. Si Napoleón Bonaparte desencadenó efectos globalizadores, lo hizo por su invasión en 1798 a Egipto, entonces parte del Imperio Otomano. Esto supuso un shock para todo el mundo islámico, así como un estímulo al imperialismo británico para una mayor expansión en Asia.[61]

La Revolución industrial y el enorme alcance de su impacto

¿Cuáles fueron las transformaciones que trajo aparejada la propagación del modo de producción industrial para las relaciones económicas en espacios vastos? Hay una sorprendente abundancia de definiciones de la Revolución Industrial, una cantidad por lo menos equivalente de intentos de explicarla, y un debate arborescente en torno a si el cambio socioeconómico y ecológico al que refiere este concepto fue en verdad tan abrupto y profundo como para justificar que se hable de "revolución".[62] La Revolución Industrial no significó un repentino cambio de estado del tránsito económico intercontinental; comenzó en un espacio económico único y pequeño y desde allí se fue expandiendo a lo largo y a lo ancho del mundo, aunque dejando lagunas. Para la historia de la globalización, son de especial interés los siguientes factores:

La Revolución Industrial tuvo inicio en Gran Bretaña, un país que ya disponía de relaciones de comercio exterior y coloniales muy desarrolladas, algo poco usual. (Esto sólo no era condición necesaria y suficiente, porque de lo contrario el fenómeno tendría que haber irrumpido en los Países Bajos.) En muchos casos, las innovaciones en la historia –véase el surgimiento del islam mencionado en el capítulo anterior– se iniciaron en las periferias. La Revolución Industrial, en cambio, se produjo en un centro del desarrollo económico, de gran funcionalidad.

El hecho de que la Revolución Industrial no haya surgido en un sistema económico cerrado es algo que ya se muestra en su sector primordial, la industria algodonera de Inglaterra central. En la medida en que a esta le interesaba competir con la producción india

de telas para el mercado británico, de alta productividad en términos cuantitativos y cualitativos, entrañó un efecto colateral de los contactos mundiales existentes. Desde el principio estaba orientada al mercado mundial: su materia prima, el algodón, debía importarse en su totalidad del extranjero, y ya en los años treinta del siglo XIX los productos textiles constituían más del 70% de las exportaciones británicas.[63]

Después de la única Revolución Industrial vinieron numerosos procesos de industrialización en marcos nacionales, regionales o trasnacionales. Procesos de este tipo perduran hasta nuestro presente (sobre todo en Asia), es decir, hasta un grado en el que algunas economías ya ingresaron a un estadío postindustrial, otras pudieron alcanzar bienestar sin industria –por ejemplo, debido a la especialización en la exportación agraria, como Dinamarca o Nueva Zelanda, o bien a la explotación del petróleo– y un tercer grupo de países no puede tener la expectativa de construir en un futuro previsible una industria a la altura de las demandas del mercado mundial. Por ende, la industrialización no es un proceso global "omnicomprensivo" análogo a la difusión de la televisión o las preferencias de consumo occidentales. Pero fue y es un motor para establecer redes en otras áreas.

La difusión del modo de producción industrial no adoptó la forma de mera imitación del modelo británico. Es preferible imaginarla como un "proceso complejo de adaptación creativa".[64] Ya la segunda generación de los industrializadores –Bélgica, Suiza, Francia, los Estados Unidos y Alemania– no cumplía requisitos importantes del desarrollo económico; por ejemplo, una "revolución agrícola" previa, capaz de eliminar al pequeño campesinado autónomo. De allí la necesidad de buscar soluciones propias. Japón –que junto con Rusia fue parte de la tercera generación industrializadora, iniciada en torno a 1880– ya durante los siglos XVII y XVIII había conformado instituciones favorables al desarrollo con absoluta independencia respecto de Occidente.

El modo de producción industrial y sus manifestaciones sociales concomitantes se fueron imponiendo con gran lentitud. Gran Bretaña fue el primer país que, después de 1820, llevó la impronta de la industria a casi todas las áreas de la vida; su política, sin embargo, seguía definida menos por productores burgueses que por aristócratas cuyos intereses estaban asociados a la tierra y las finanzas. En casi todos los rincones de Europa, las pequeñas zonas industriales regionales formaron islas de dinamismo en entornos campesinos. En Asia, por fuera de Japón, había alguna que otra fábrica en 1900, pero en ningún lugar existía un sistema industrial cohesivo. Lo mismo vale para África, cuya importancia en la economía mundial en aquel entonces radicaba únicamente en la explotación de oro y diamantes de Sudáfrica.

En función de la globalización, no sólo era relevante que en las fábricas, mediante fuerza a vapor y tecnología mecánica, se produjeran bienes de consumo, por ejemplo, productos textiles de algodón, en cantidades crecientes y precios en baja. Al menos idéntica relevancia tuvo la nueva producción en masa de maquinaria compleja. En ese campo se destacaban los fusiles y cañones dotados de una precisión y un poder destructor novedosos, los barcos a vapor y los ferrocarriles. En las décadas que promediaban el siglo XIX, la industrialización de la guerra y del tránsito se hizo notar lejos de los centros de la producción industrial. Mientras la industria sólo se arraigaba en lugares que reunían una multiplicidad de requisitos naturales, tecnológicos, políticos y sociales, algunos de sus productos se difundían desde Europa y América del Norte hacia todo el planeta. Esto era posible porque 1) ya existían redes comerciales eficientes dentro de muchas economías nacionales y también entre ellas, que en el caso de una expansión general del comercio mundial podían ampliarse y utilizarse de manera más intensiva; 2) el empleo de barcos a vapor implicaba a largo plazo una reducción drástica de los costos de transporte para bienes masivos y productos de la industria pesada a grandes distancias, y 3) en muchos centros urbanos del mundo surgía una demanda paulatina por los bienes de prestigio de la civilización occidental.

Ya antes de la Revolución Industrial, armas de fuego fabricadas en Europa habían llegado al interior de África y América del Norte. La industrialización de la producción de armamentos tuvo efectos contradictorios. Por un lado, elevó la producción en términos cuantitativos, lo que generó mayor accesibilidad a las armas, en especial las livianas. Por otro, los productos de punta de la industria armamentista, como la artillería pesada y los buques de guerra de hierro, se vuelven cada vez más inaccesibles. El mundo hasta entonces "democrático" de los mosquetes se dividió ahora en aquellos (las "grandes potencias") cuyos gobiernos podían solventar las armas más modernas del momento, fabricadas por líderes de la industria pesada como Krupp o Vickers, y aquellos que no estaban en condiciones de adquirirlas. El correlato entre tecnología y poder también quedó en evidencia en otros niveles menos decisivos. Un fusil construido con tecnología simple todavía podía ser reparado por un herrero de pueblo africano o indio; en cambio, la ametralladora (Maxim gun), inventada en 1884 y de inmediato utilizada en las guerras coloniales, en la práctica nunca llegaba a manos de "nativos" y otorgaba a sus usuarios imperialistas una ventaja insuperable. (Sólo la difusión a escala mundial de la metralleta inventada a fines de la Primera Guerra Mundial introdujo una redemocratización de la violencia.)

Más importante fue la industrialización del transporte, es decir, de la aplicación de fuerza a vapor en el mecanismo de locomoción.[65] Los años treinta del siglo XIX trajeron un quiebre para la navegación a vapor, que en un primer momento había demostrado su eficacia en las aguas internas y costeras: comenzó un tránsito regular por el Atlántico y los primeros buques a vapor aparecieron en países no occidentales (por ejemplo, en 1835 un buque recorrió el Éufrates). Y en 1850 viajó el primer buque de vapor de Shanghái a Londres. Entre 1860 y 1880 terminó la era de los barcos a vela; la apertura del Canal de Suez en el año 1869 –útil sobre todo para buques a vapor–, que reducía a la mitad la distancia de viaje entre Londres y Bombay, puede servir de marcación simbólica. Al final de ese período, se habían establecido las grandes conexiones de transporte de mercancías: mientras en el siglo XVIII el azúcar había sido el bien más importante en el comercio de ultramar, llegado ese momento se transportaban cantidades inmensas de trigo, arroz, algodón y carbón a través de los mares; durante décadas en su

mayor parte en embarcaciones salidas de los astilleros británicos.

También el ferrocarril estuvo al servicio de necesidades regionales en sus inicios. Lo interesante no son las fechas de las primeras locomotoras aptas para el funcionamiento en cada uno de los países, sino los umbrales temporales en que el ferrocarril fue incorporado como un elemento decisivo en la vida social. En este sentido, junto con la década de 1840 se inició la era del ferrocarril en el continente europeo. Hasta el cambio de siglo, pocos países fuera de Europa llevaban la marca del ferrocarril, entre ellos la India, la Argentina y Japón. China, Sudáfrica y Turquía asistían al auge de una construcción de ferrocarriles financiada internacionalmente. Si bien las vías –como en la India– habían sido colocadas con fines militares y económicos, en todos los confines reforzaron la conexión entre las regiones urbanizadas y el comercio internacional. Los megaproyectos tecnológicos más ambiciosos, como la conexión de tránsito entre la Costa Este y la Oeste de los Estados Unidos, ampliaron el radio de acción de los centros urbanos hasta entrar en las zonas más infranqueables. Cuando en 1873 se publicó la novela de Julio Verne La vuelta al mundo en ochenta días, su encanto emanaba de la inaudita novedad de que también era posible franquear enormes espacios continentales a gran velocidad. Sólo personas excéntricas emprendían semejantes aventuras, pero el turista ya había sustituido al viajero. Las excursiones grupales al Imperio Otomano y al norte de África ya no eran nada llamativo, e incluso en Japón, hasta 1853 aislado casi por completo del mundo exterior, había hoteles para extranjeros desde 1860.

Entre todas las tecnologías de la época, la telegrafía produjo los efectos de globalización más categóricos. Es más fácil tender cables que construir vías de ferrocarril. La historia de la telegrafía comenzó en 1839 con la primera patente de Samuel Morse. Ya en 1866 se activó un cable transatlántico que tuvo funcionamiento efectivo, y en torno a 1880 era posible enviar desde Londres un telegrama a cualquier lugar del Imperio Británico de mediana relevancia y por ende a todos los continentes. Gracias a la telegrafía, la velocidad de transmisión de noticias entre Europa y los Estados Unidos se multiplicó por 10.000. Gracias a la velocidad de la transferencia de información se desligó de la del transporte de

mercancías. Esto aceleró de manera extraordinaria los acontecimientos en los mercados financieros y de mercancías. También diplomáticos y agentes coloniales quedaron sujetos con más rigor a las órdenes impartidas.[66] En simultáneo, sin embargo, el volumen del tránsito postal aumentó de forma categórica, debido a factores como el transporte de cartas por tren, un marcado retroceso del franqueo en algunos países, la incipiente construcción de un sistema postal en otros, y la facilitación de la comunicación a través de las fronteras gracias a acuerdos internacionales.[67]

Imperios y Estados nacionales

Los grandes proyectos políticos de mediados de siglo –el liberalismo, con su doctrina del libre comercio, y el marxismo– fueron utopías globalizadoras, en las cuales el Estado-nación en tanto espacio político asumía tan sólo un papel secundario. Defensores a ultranza del libre comercio como Richard Cobden esperaban que la eliminación de todas las barreras comerciales del mundo trajera consigo prosperidad y paz para la humanidad en su conjunto. Su trasfondo era la visión de interacción planetaria libre de conflicto, que sería posible si los Estados y los gobiernos se abstuvieran de intervenir en los acuerdos voluntarios entre individuos. También Karl Marx consideraba que el Estado y la política eran fenómenos secundarios, de superficie; las verdaderas fuerzas que movían la historia eran, a su modo de ver, el capitalismo cada vez más global con sus contradicciones internas y la unión de los proletarios de todos los países en aras de la revolución mundial.

Una parte del programa del libre comercio se hizo realidad cuando en 1846 Gran Bretaña eliminó de manera unilateral sus barreras arancelarias. Le siguieron otros países, y en torno a 1870 toda Europa al oeste del imperio zarista se había tornado una zona de libre comercio. Por cierto, fuera de Europa, la implementación de la utopía antipolítica del libre comercio mundial requirió en general una intervención político-militar. Gran Bretaña, por lejos la potencia colonial más importante, introdujo el libre comercio en sus colonias y hasta mediados de la década de 1930 no puso obstáculos insalvables a los negocios de terceros en su imperio.[68] Otra estrategia era movilizar a imperios y Estados extraeuropeos con tradiciones organizacionales propias para que establecieran una conexión con el “libre” comercio mundial. En los casos del Imperio Otomano, China, Japón y Siam (Tailandia) ocurrió, contra una resistencia inicial, mediante presión o coerción militar (Guerra del Opio contra China de 1839-1842). “Contratos desiguales” abrían

mercados hasta entonces restringidos a los productos salidos de la industria europea. Detrás de este imperialismo del libre comercio había un programa que iba más allá de la incorporación a la economía mundial:[69] se pretendía que monarquías tradicionales en Asia aprendieran a respetar formas de trato internacional "civilizadas" y así se convirtieran en miembros útiles de la "familia de los pueblos", aunque no como pares al principio. En otras sociedades que no fueran musulmanas, esto también entrañaba libertad de acción para misioneros cristianos. El objetivo era que estos países, a veces denominados "bárbaros", acercaran sus instituciones internas al modelo occidental dentro de sus posibilidades.

Allí donde Europa y los Estados Unidos procuraron exportar sus instituciones de manera inmediata, en el sentido de una "misión civilizadora", tuvieron poco éxito en esa época, algo que vale tanto para las colonias como para países subordinados pero autónomos. El hecho básico de que potencias coloniales, si no democráticas al menos liberales, como Gran Bretaña y Francia, instauraran en sus colonias sistemas estrictamente autoritarios impidió una transferencia a escala de las instituciones que persistiera en el tiempo. Esta sólo se dio allí donde las élites vernáculas adoptaron de modo sistemático elementos del modelo social europeo. Además, sin excepción, este tipo de autorreforma era el camino seguro a la independencia política. En las "colonias blancas" (dominios) del Imperio británico (Canadá, Australia, Nueva Zelanda) nadie pensaba en una secesión de la madre patria al estilo de la rebelión de Nueva Inglaterra en 1776. Pero tampoco se sometían al dictado colonial: a finales del siglo XIX, los dominios de Canadá y Australia contaban con independencia suficiente para introducir aranceles proteccionistas incluso en el imperio. A la vez desarrollaron sus propios órdenes políticos en grado tal que llegaron a ser más democráticos, igualitarios y, en términos generales, más "modernos" que la metrópoli. Debido a eso, desde un punto de vista económico y político, los dominios forman parte de las "historias exitosas" del siglo XIX. Al igual que en todas las sociedades de colonos (entre las cuales cabe incluir a los Estados Unidos), los pobladores originarios no llegaron a gozar de estos logros e incluso estaban en posición considerablemente peor que en las puras colonias de explotación.

El segundo pionero extraeuropeo de la modernización fue Japón. Abierto al mundo exterior recién entre 1853 y 1854 por una acción naval de los Estados Unidos, el país –después de la "Restauración Meiji" de 1868– comenzó una autorreforma sistemática en que, con gran estilo, elementos configurativos adoptados de Occidente fueron fusionados con tradiciones vernáculas auténticas o hábilmente inventadas. Japón no llegó a ser una democracia genuina (algo que tampoco se conseguía fácilmente en Europa), pero en los años ochenta se convirtió en el primer país constitucional de Asia. Las instituciones centrales de la vida social, como la familia, permanecieron japonesas, mientras que instituciones más formales como el ejército, la policía, la administración estatal o la universidad se reformaron según modelos occidentales seleccionados con cautela o introducidos desde cero, pero rara vez permanecían inalteradas. Ya en torno al cambio de siglo, Japón era visto con aprobación como "la Gran Bretaña de Oriente" o "la Prusia de Asia", según desde donde se lo observase.

Una autoconversión colectiva de esa índole de una civilización entera sólo es factible si desde fuera se ejerce una enorme presión de adaptación que, sin embargo, no se presenta como mera obligación de imitar, sino que deja margen para una apropiación espontánea. En el siglo XIX se hizo sentir una presión de adaptación semejante a escala mundial. Con esto avanzamos hacia el núcleo de los procesos globalizadores en esta época. Una vez que un único país –el Reino Unido– se estableció como la fuerza económicamente más dinámica con el más elevado nivel de bienestar y con instituciones liberales y prestigiosas, las demás sociedades quedaron rezagadas, como potenciales imitadoras. Esto se volvió por completo ineludible en la medida en que Gran Bretaña ejercía el dominio naval y poseía una capacidad de intervención a escala mundial, así como las colonias más rentables. Por otra parte, su clase político-letrada ostentaba la presunción, inquebrantable y cimentada por religión y ciencia en igual medida, de ser la británica la civilización más progresista y ejemplar del mundo: en la misma medida, modelo y potencia ordenadora nata. El hecho de que Francia, con su esplendor cultural y una capital que se volvió la quintaesencia del estilo de vida refinado, siguiera irradiando a larga distancia su fascinación (en particular en Europa del Este y el sur del Mediterráneo), reforzó la orientación hacia Europa occidental

del resto del mundo. Los Estados Unidos, hasta 1865 restringidos en su fuerza de atracción –primero por la esclavitud y después por la Guerra de Secesión– y además muy replegados hacia su interior, no alcanzaron ese estatus de ídolo hasta el siglo XX.

Sea como fuere, a más tardar desde la década de 1860, ninguna agrupación gobernante podía darse el lujo de hacer la vista gorda ante el poder, el éxito y la voluntad civilizadora de Gran Bretaña. De ahí que en todas partes, desde América Latina –pasando por el Imperio Otomano, Egipto y Siam– hasta Madagascar, abierto al mundo de manera tan notoria, hubiera movimientos reformistas que sólo veían un futuro para sí mismos y sus países en un mundo dominado por Gran Bretaña y Europa occidental si ellos se acercaban al menos un paso a Occidente. Esta globalización adaptable, de ninguna manera forzada por Europa, transcurría en una ambivalencia similar entre adaptación y rechazo, admiración y aversión, tal como hoy ocurre en la relación del resto del mundo con los Estados Unidos. Por primera vez en la historia surgió una tendencia a la unipolaridad cultural, en menor medida a la unipolaridad imperialista, porque Gran Bretaña incluso en 1870 era, en términos relativos, más débil en términos militares que los Estados Unidos en los albores del siglo XXI. De todas las sendas conocidas e imaginables, la occidental-británica parecía ser la más promisoria. También en Europa la tensión entre adaptación y rechazo se convirtió en una importante fuerza propulsora para la formación del Estado-nación. Según parecía, sólo un Estado nacional homogéneo, organizado de modo racional y en condiciones de defenderse estaba a la altura de las nuevas fuerzas de la época. Poco hace al asunto que la mayoría de los intentos de adaptación quedaran en la nada o ni siquiera se pusieran en práctica. Para la historia de la globalización es relevante la nueva mirada arrojada desde fuera a un Occidente de cuño británico. Por primera vez tenía detrás de sí una suerte de historia universal del progreso. En términos generales, ya no parecía haber una alternativa.

De todos modos, no debe sobrestimarse el grado de universalización cultural efectivamente alcanzado. Es muy difícil hacer un balance claro. El nacionalismo y la formación del Estado nacional hicieron que en Europa el cosmopolitismo de la Ilustración pareciera

anticuado. La ciencia se organizó con más solidez que antes en sistemas universitarios nacionales. Después de la muerte de Goethe en 1832, pocos hablaban de “literatura mundial” (Weltliteratur), y la “historia universal” pasó a un segundo plano detrás de las diversas historias nacionales. En cambio, desde 1851 se realizaron “exposiciones universales” –sin excepción, en Europa y en los Estados Unidos– donde se presentaban las conquistas materiales de los pueblos “desarrollados” y de los “primitivos” (como se decía entonces) regidos por ellos. También en 1851 Julius Reuter fundó en Londres la primera agencia de noticias y construyó en el transcurso de una década una red de corresponsales que no omitió ningún continente.[70] El tendido de cables por el planeta entero hizo posible que los lectores de la prensa diaria, que se publicaba en tiradas cada vez más altas, recibieran noticias de actualidad del mundo entero. Desde aproximadamente 1870, también en países como Japón, China y Egipto hubo atisbos de una prensa moderna, el comienzo de una tendencia global del desarrollo de los medios. Ciertas expresiones de la alta cultura occidental hallaron una difusión casi mundial, aunque la representación de óperas del bel canto en Manaos, Estambul o Shanghái no pudo competir con la producción industrial de soportes de sonido baratos en el siglo XX.

Tampoco en esta época de supremacía europea a escala mundial el cristianismo se convirtió en religión dominante. Los enormes esfuerzos de miles de misioneros católicos y protestantes más numerosas sectas y órdenes diversas (no pocos de estos empeños precedieron la conquista colonial) no alcanzaron en Asia el éxito esperado. Los cristianos seguían siendo pequeñas minorías y en ningún lugar lograban influir (menos aún en el ámbito político). El islam misionaba con un éxito al menos parejo. También el mapa de las lenguas del mundo se desplazó un poco. En América del Sur, incluso superada la época colonial, perduraron el español y el portugués, que después de 1830 tuvo que pasar la posta al inglés en su función de lingua franca en el Asia marítima. El ascenso del inglés a primera lengua universal no debe asombrar.[71] Se explica a partir de la expansión demográfica de los anglófonos Estados Unidos y el éxito de los dominios y del establecimiento temprano de los británicos en colonias plurilingües y por ende necesitadas de un medio de comunicación que las englobara, como la India y Sudáfrica. Recién en el siglo XX, la marcha triunfal del inglés (y del

inglés norteamericano) fue respaldada también por la industria cultural y los medios masivos.

El surgimiento de la economía mundial

En la era del libre comercio (1846-1880) se entablaron numerosas relaciones a escala mundial, en gran medida sin ser afectadas por reglamentación estatal. Aquí cooperaron causas tecnológicas y político-ideológicas con una concepción del Estado cuyas pretensiones de organización nacional eran más absolutas pero a la vez más limitadas que en la actual época de los Estados intervencionistas interdependientes. Por supuesto, el resultado –pese al telégrafo, que no sin justa razón fue llamado "la internet de la época victoriana"–[72] no fue una "economía global", tal como la ven realizada los teóricos en nuestros días: "Una economía con la capacidad de funcionar de forma unitaria en tiempo real o en un tiempo establecido a escala planetaria".[73] Por otro lado, ya desde el siglo XVI se produjo un crecimiento económico ("acumulación de capital") dentro de estructuras intercontinentales, en particular del complejo de las plantaciones y del comercio en Asia. ¿Qué novedades trajo consigo, entonces, el siglo XIX?

El volumen del comercio mundial se multiplicó por 25 entre 1800 y 1913. En los años 1850 se inició un gran impulso de la expansión comercial; a partir de mediados de 1870 el crecimiento del comercio volvió a acelerarse. El comercio mundial creció mucho más rápido que la producción mundial.[74] Tres cuartas partes del comercio internacional se concentraron en Europa y dentro de un triángulo cuyos vértices eran Europa occidental, Norteamérica y Australia/Nueva Zelanda; entre las colonias, sólo la India y Sudáfrica eran subcentros de alguna importancia. Los países en vías de industrialización, en primer lugar Gran Bretaña, eran los dueños y organizadores de la nueva fase de integración de la economía mundial. De todos modos, seguía habiendo nichos para redes regionales de comerciantes indios, chinos, armenios, etc.[75] La

economía mundial conservaba rudimentos de su viejo policentrismo.

Nadie experimentó la globalización de manera inmediata, salvo aquellos que se asentaban en una parte desconocida del mundo. Dentro de Europa, con su población que por tradición era inusualmente móvil, surgió “una nueva topografía migratoria transnacional” en el transcurso del siglo XIX.[76] Los espacios exportadores eran Europa meridional, del sudeste y oriental, y los principales espacios adonde se migraba eran Alemania, Francia y Suiza. Estos movimientos poblacionales empalidecían frente a las migraciones a otras partes del mundo. Se estimó que de 1850 a 1914 entre sesenta y setenta millones de personas abandonaron su patria de manera definitiva. Entre ellos se cuentan unos cuarenta o cuarenta y cinco millones de europeos que migraron a ultramar, sobre todo a América del Norte y del Sur, siete millones de inmigrantes a la Rusia asiática y once millones de indios, chinos y japoneses que por lo general, en calidad de peones contratados (“culíes”), terminaban en países extranjeros (Sudeste Asiático, los Estados Unidos, el Caribe, África oriental y Sudáfrica).[77] Pese a que el comercio de esclavos fue retrocediendo cada vez más desde que el Parlamento británico lo prohibió en 1807, entre 1811 y 1867 fueron vendidos no menos de 2.700.000 africanos como esclavos en América.[78] En su nuevo entorno, los inmigrantes rara vez renegaban por completo de sus raíces. Formaban comunidades de origen –en casos extremos, chinatowns autárquicos– fortaleciendo el carácter multiétnico de las regiones que los acogían. Como las diásporas por lo general conservaban vivos los vínculos con la vieja patria, la migración remota del siglo XIX cubrió el globo terráqueo con una malla de relaciones transoceánicas de parentesco. También en términos económicos los migrantes contribuyeron a la integración global. Ampliaron las fronteras en calidad de pioneros (frontiers), eran buenos clientes para los productos de sus países de origen, aumentaban la productividad global por aprovechamiento más eficiente de los recursos (división del trabajo, mejores localizaciones) y en muchos casos fundaron ellos mismos nuevas empresas y ramas comerciales. El ascenso y el éxito perdurable de los Estados Unidos como potencia económica líder no pueden

explicarse sin los aportes de los inmigrantes del siglo XIX.

Por primera vez fue posible enviar bienes de gran volumen a través de grandes distancias. También aquí en torno a 1880 se cruzó un umbral. La integración progresiva del entramado atlántico comenzó a mostrarse en una creciente equiparación de precios de bienes y salarios reales entre Europa occidental y América del Norte. En cuanto al Reino Unido, el declive del cultivo de granos y la conversión del país a exportador de manufacturas e importador de granos después de eliminar en 1846 las leyes respectivas son los primeros ejemplos de cómo esta nueva forma de división del trabajo de la economía mundial modificó las estructuras. Los mercados regionales reaccionaron unos a otros con una velocidad y una sensibilidad novedosas.[79]

El signo más infalible del estrechamiento de las relaciones globales fue la aparición de movimientos de coyuntura que se percibían a escala mundial. Lo que se conoce como “Gran Depresión” o “crisis económica” (iniciada en 1873) hizo caer los precios de los bienes en el planeta entero. Con efectos más duraderos, se hizo notar de manera favorable una expansión de la demanda después de 1896 en todos los continentes: la primera alta coyuntura global.[80]

■

[58] Véase H. Gollwitzer, Geschichte des weltpolitischen Denkens, vol. I, Gotinga, 1972, pp. 212-222.

[59] B. P. Lenman, “Colonial wars and imperial instability, 1688-1793”, en P. J. Marshall (comp.), The Oxford History of the British Empire, vol. II, The Eighteenth Century, Óxford, 1998, pp. 159-163.

[60] Véase P. Liss, Atlantic Empires. The Network of Trade and Revolution, 1713-1826, Baltimore, 1983 [ed. cast.: Los imperios trasatlánticos. Las redes del comercio y de las revoluciones de

Independencia, trad. J. J. Utrilla, México, FCE, 1989]. Acerca del "submundo" revolucionario del Atlántico, P. Linebaugh y M. Rediker, The Many-Headed Hydra. Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic, Boston, 2000 [ed. cast.: La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico, Barcelona, Crítica, 2012].

[61] Véase J. Klaits y M. H. Haltzel (comps.), The Global Ramifications of the French Revolution, Cambridge, 1994.

[62] C. Buchheim, Industrielle Revolutionen. Langfristige Wirtschaftsentwicklung in Großbritannien, Europa und in Übersee, Múnich, 1994; J. Komlos, "Ein Überblick über die Konzeptionen der Industriellen Revolution", Vierteljahresschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte 84 (1997), pp. 461-511; M. Teich y R. Porter (comps.), The Industrial Revolution in National Context, Cambridge, 1996.

[63] R. Davis, The Industrial Revolution and British Overseas Trade, Leicester, 1979, p. 15 (cuadro 2).

[64] F. Crouzet, A History of the European Economy, 1000-2000, Charlottesville, 2001, p. 117.

[65] J. E. Vance, Capturing the Horizon. The Historical Geography of Transportation since the Sixteenth Century, Baltimore, 1990.

[66] C. Neutsch, "Erste 'Nervenstränge des Erdballs': Interkontinentale Seekabelverbindungen vor dem Ersten Weltkrieg", en C. Neutsch y H. J. Teuteberg (comps.), Vom Flügeltelegraphen zum Internet. Geschichte der modernen Telekommunikation, Stuttgart, 1998, pp. 47-66.

[67] D. R. Hedrick, When Information Came of Age. Technologies of Knowledge in the Age of Reason and Revolution, Óxford, 2000, pp. 189-193.

[68] P. Bairoch, Economics and World History. Myths and Paradoxes, Nueva York, 1993, pp. 38-41.

[69] El concepto fue desarrollado por R. Robinson y J. R. Gallagher,

"The imperialism of free trade", Economic History Review 6 (1953), pp. 1-15.

[70] Véase D. Read, The Power of News. The History of Reuters, 1849-1989, Óxford, 1992.

[71] Véase D. Crystal, English as a Global Language, Cambridge, 1997, pp. 24-63.

[72] Véase T. Standage, Das viktorianische Internet. Die erstaunliche Geschichte des Telegraphen und der Online-Pioniere des 19. Jahrhunderts, San Gall, 1999.

[73] M. Castells, Das Informationszeitalter, vol. I: Der Aufstieg der Netzwerkgesellschaft, Opladen, 2001, p. 108 [ed. cast.: La era de la información. Economía, sociedad y cultura, vol. I, La sociedad red, México, Siglo XXI, 1999].

[74] A. G. Kenwood y A. L. Lougheed, The Growth of the International Economy, 1820-2000. An Introductory Text, 4ª ed., Londres, 1999, p. 78 [ed. cast.: Historia del desarrollo económico internacional, Madrid, Istmo, 1986].

[75] C. Dobbin, Asian Entrepreneurial Minorities. Conjoint Communities in the Making of the World Economy 1570-1940, Richmond, 1996; C. Markovits, The World of Indian Merchants, 1750-1947. Traders of Sind from Bukhara to Panama, Cambridge, 2000.

[76] Bade, Europa in Bewegung, ob. cit., p. 69.

[77] W. Fischer, "Wirtschaft und Gesellschaft Europas 1850-1914", en W. Fischer (comp.), Handbuch der europäischen Wirtschafts- und Sozialgeschichte, vol. 5, Stuttgart, 1985, pp. 31, 35.

[78] S. Drescher y S. L. Engerman (comps.), A Historical Guide to World Slavery, Nueva York, 1998, p. 387. A esto se agrega el "mercado de esclavos oriental" organizado por los árabes, que solo entre 1820 y 1877 llevó al menos 1.700.000 personas de África oriental al Norte y al Este (ibíd., p. 43).

[79] K. H. O'Rourke y J. G. Williamson, Globalization and History.

The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy, Cambridge (Massachusetts), 1999 [ed. cast.: Globalización e historia. La evolución de la economía atlántica del siglo XIX, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006].

[80] W. A. Lewis, Growth and Fluctuations 1870-1913, Londres, 1978 [ed. cast.: Crecimiento y fluctuaciones, 1870-1913, México, FCE, 1983].

5. El capitalismo y las crisis, a escala mundial: 1880-1945

Experiencias de la globalidad, economía y política mundiales en el cambio de siglo

Al menos en la historia económica, se ha vuelto lugar común describir las décadas previas al estallido de la Primera Guerra Mundial como una época de profunda globalización; luego vendría una etapa de desglobalización que dura hasta pasada la Segunda Guerra Mundial. Pero si no se pregunta sólo por las redes económicas, el contraste entre esas dos etapas pierde nitidez y es reemplazado por la dimensión global del conflicto y de la cooperación. Ya no era posible eludirse mutuamente; el mundo se había convertido en una comunidad de destino, perceptible incluso en la vida cotidiana. Algunos procesos de desvinculación, debido a sus repercusiones de amplio alcance, a partir de entonces pueden describirse sólo como procesos dentro de la economía mundial o la política mundial (y en muchos casos se trataba de reacciones conscientes a la globalización).

No sólo con la invención de internet, sino en las décadas previas a la Primera Guerra Mundial, el planeta se tornó espacio de experiencia y acción para una parte de la población mundial que crecía rápidamente. En gran medida, esto se debía a la expansión de los recursos para la comunicación. Los Estados Unidos, el país donde surgió la prensa de masas, desde siempre habían encabezado los índices de alfabetismo. Después de 1870, también en toda Europa, incluso en regiones atrasadas como España, Rusia y los Balcanes, cayó el porcentaje de analfabetos tanto en la población masculina como femenina. En vísperas de la guerra se había trabajado para que los reclutas de todas las proveniencias pudieran leer sus órdenes y enviar postales a sus familias con el correo militar.[81] La alfabetización de Japón estaba apenas un paso detrás de la de Francia o Alemania. En las zonas colonizadas del mundo (con excepción de los dominios británicos y de algunos países latinoamericanos) la mayoría siguió siendo iletrada, pero hasta 1900 surgieron en todas partes estratos modernos instruidos

en condiciones de acceder a noticias del mundo entero por medio de la prensa de habla inglesa, francesa o española. En China, en Japón, en la Turquía otomana y en Egipto floreció una prensa en las lenguas tradicionales, en algunos casos simplificadas mediante reformas lingüísticas. La profesión y el tipo social del periodista se difundieron a escala universal.[82]

En torno al cambio de siglo, en la conciencia no sólo de las élites se hizo patente una transformación fundamental de las dimensiones del vivir y el pensar, en especial de la experiencia del tiempo y el espacio.[83] En 1884, veinticinco países adoptaron el sistema de una hora universal dividida en husos horarios y regida según el meridiano de Greenwich; hasta 1913, este sistema adquirió validez general.[84] Ya hacía tiempo que el mundo occidental estaba permeado por la cronometría; el reloj de bolsillo, de bajo precio, se había convertido en un objeto de uso corriente; el régimen unificado del tiempo mecánico no dejaba de expandirse.[85] A la vez, la visión de conjunto de los resultados de las mediciones en estaciones metereológicas instaladas en todos los rincones del planeta permitía por primera vez observar conexiones sistemáticas como parte de un "clima mundial". La "crisis de la madera" del cambio de siglo es un ejemplo temprano de la preocupación por la finitud de los recursos naturales y derivó en las primeras quejas acerca de una "economía del saqueo" global.[86]

También la posibilidad de salvar grandes distancias se convirtió gradualmente en algo habitual: a gran escala, por los viajes intercontinentales en buques a vapor, que se volvieron tan indispensables para las élites dirigentes de la economía mundial (pero que tras el hundimiento del Titanic en 1912 dejaron de ser confiables para sus usuarios) como para la clase baja de peones chinos contratados; a pequeña escala, por los nuevos vehículos como la bicicleta (que en Europa sólo empieza a expandirse después de 1880), el tranvía, el ómnibus y el automóvil. En 1903 el mundo miraba con asombro el primer vuelo a motor, y en 1913 un avión con ocho personas a bordo se mantuvo durante dos horas en el aire. En esos tiempos también terminó la época de los descubrimientos geográficos europeos. Cuando Roald Amundsen llegó al Polo Sur en 1911, cada rincón del globo terráqueo ya había sido recorrido y cartografiado. Sólo las montañas más altas se resistían a la

presencia de escaladores europeos.

Semejante dominio de las distancias repercutió en el plano mental y emocional de la época. Ese presente solía concebirse como una serie de acontecimientos interconectados que tenían lugar en todo el mundo al mismo tiempo, como una simultaneidad global, no como el inmediato presente del instante. En política y economía, en ciencia y arte, imperaba un amplio acuerdo acerca de que la posibilidad de dominar el espacio y la simultaneidad global traerían aparejadas transformaciones fundamentales en la convivencia humana. El carácter accesible de lo global se interpretaba cada vez más como punto de partida para la cooperación y la solidaridad transnacionales. Ahora bien, en la medida en que resultaba más fácil vencer las distancias, más amplio era también el horizonte de posibles enemigos y rivales.

Para muchas personas, la globalización se convirtió en experiencia cotidiana en primera instancia debido a las repercusiones del entramado de conexiones de la economía mundial. A más tardar a partir de los años 1880, en el lenguaje cotidiano se hablaba de una economía mundial como estructura cohesiva.[87] En los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, se produjo otro avance potente en el tendido de redes en la economía mundial. En torno al cambio de siglo, la economía mundial puede definirse como un sistema multilateral, no descomponible en unidades menores; o, por el contrario, puede ponerse el acento sobre la gran diversidad de formas y repercusiones de la integración en la economía mundial, en función del lugar social y geográfico. Si se parte del carácter de sistema, se reconoce una estructura compleja, que tiene poco en común con la imagen que suele trazarse de una división del trabajo entre la periferia agraria y las metrópolis industriales occidentales. Cabe destacar los siguientes tres factores:

Los flujos intercontinentales de fuerza de trabajo, capital y bienes estaban interrelacionados y se condicionaban mutuamente. Las exportaciones de capital europeo financiaban la construcción de la infraestructura de la economía mundial. Durante décadas, los británicos invirtieron capitales privados: cada año entre el 5 y el 7%

del producto social británico iba a parar a valores de países extranjeros, acciones de ferrocarril, etc. Esa exportación de capital no sólo tuvo un efecto de retroalimentación en Europa por obra de una demanda mundial de locomotoras, cañerías de canalización y generadores eléctricos, sino que también fue anexando nuevas regiones a la economía mundial donde residentes europeos producían sobre todo productos agrarios para la exportación. Los ingresos por intereses de los exportadores de capital, entretanto, cubrían el déficit de la balanza comercial, de modo que se traducía en demanda de bienes importados. Las empresas industriales reaccionaron a la expansión geográfica de sus mercados invirtiendo en plantas productivas que funcionaban a pleno sólo a partir de ventas a escala mundial, o estableciendo fábricas filiales en el extranjero y transformándose en consorcios multinacionales.[88]

Entre 1870 y 1914, redes comerciales que hasta entonces sólo estaban unidas ocasionalmente se fundieron en un sistema cerrado cuyo centro por lo general se encontraba en Londres. Indicio principal de esto es que el éxito del equilibrio de las balanzas comerciales y de pago ahora se daba de manera multilateral.[89] La imagen de una globalización “parcializada”, restringida al Hemisferio Norte, no ignora únicamente las repercusiones extraeuropeas de la integración de la economía mundial, sino también la relevancia del sistema multilateral de pagos en el caso de negocios de exportación que sólo en apariencia eran bilaterales.

La cohesión del sistema de la economía mundial sólo podía mantenerse gracias a una infraestructura perfeccionada, cuya existencia dependía de la iniciativa del Estado nacional.[90] La infraestructura de transporte y comunicaciones estaba financiada por privados en una proporción mucho mayor de lo que hoy podemos imaginar, pero el tráfico ferroviario, postal y telegráfico requería que los gobiernos se pusieran de acuerdo en temas de estándares tecnológicos y modalidades como la transmisión libre de señales telegráficas.[91] El ejemplo del sistema monetario internacional muestra hasta qué punto la globalización, antes de 1914, se apoyaba en condiciones previas creadas por el Estado.

Desde la década de 1870, todas las monedas comerciales importantes estaban atadas al valor del oro, de modo que los negocios comerciales o de inversiones que abarcaran el mundo podían celebrarse casi sin verse afectados por fluctuaciones cambiarias o riesgos de inflación. Bajo las condiciones del patrón oro, decisiones reguladoras tan importantes a escala de la política económica como el compromiso con una estabilidad monetaria, gastos bajos del Estado y una libre circulación del capital eran prácticamente impuestas por el sistema monetario.[92]

De igual importancia que el carácter sistémico multilateral de la economía mundial son la diversidad de formas de integración de esa economía y la subsistencia de llamativos "agujeros en la red". Seguía habiendo regiones que sólo se vinculaban con la economía mundial de manera esporádica. Entre ellas, la mayor parte de África, las provincias de China situadas a gran distancia del mar, así como zonas de todos los continentes todavía no conectadas por ferrocarril o navegación a vapor. En otros lugares, los efectos de la división del trabajo en la economía mundial, es decir, homogeneización tecnológico-institucional y a la vez diversificación económica, se muestran con alcance variable. Tanto en las colonias europeas como en los países de América Latina políticamente independientes se originaron enclaves desacoplados de la economía local, orientados al mercado mundial: en las minas de zinc de Malasia y bajo instrucciones de ingenieros europeos, los trabajadores contratados de China extraían un recurso natural decisivo para la exportación al mundo industrializado, para después regresar a la patria con sus ahorros.[93] La integración a la economía mundial no generaba un cambio estructural de mayor envergadura. Esto también es válido para la economía de plantación (café, té, cacao, caucho, etc.) o para la explotación de guano, muy apreciado como fertilizante, en la costa peruana. En algunos casos –sobre todo, en la Argentina– casi toda la economía nacional estaba enfocada a la exportación de productos agrícolas. En esas economías exportadoras, tan susceptibles a las oscilaciones de demanda y precios en el mercado mundial, el acceso a la economía mundial no sólo era una fuente de beneficios económicos, sino también el origen de estatus social y poder político.[94]

Por último, el Occidente industrializado era un espacio de interacción económica extraordinariamente concentrado, donde se superponían redes regionales, nacionales, internacionales y globales. El entramado de la economía mundial no se restringía a negocios transfronterizos; en efecto, también fenómenos que en apariencia transcurrían en el marco nacional, como la urbanización del interior de los Estados Unidos por la construcción ferroviaria o el paso del Imperio Alemán al patrón oro tuvieron una relevancia inmensa a escala de la economía mundial. En el espacio de Europa occidental y el Atlántico estaba concentrada la fabricación de bienes de consumo y producción exportados al mundo entero. En ese espacio tuvieron su origen las exportaciones de capital, las formas de la organización empresarial que se iban asimilando a escala global y las tecnologías más importantes. Sólo allí, estratos sociales más amplios podían permitirse un consumo que excediera las necesidades vitales, y que también se extendía a "productos coloniales". En el año 1913, el ingreso por persona estimado en los Estados Unidos y los dominios británicos se situaba en US$5300 (año base: 1990), en Europa occidental, en 3500, en Japón en 1400, en el resto de Asia, sólo en 640 y en África (cuya imagen estadística total es "maquillada" por la minería sudafricana), en 585.[95] De modo que por entonces, entre los centros más ricos del mundo –que ya no se encontraban en Europa– y los más pobres había una diferencia de 10 a 1. Todavía en torno a 1820, esta diferencia parece haberse ubicado en 3 a 1.

Los procesos globalizadores en el siglo XIX de ninguna manera implicaban economías cohesionadas e integradas en un Estado nacional, a las que habrían puesto en red y presionado para lograr su asimilación. En realidad, la globalización se fue dando en forma paralela y simultánea a la formación de la nación. ¿En qué medida ejercieron influencia mutua esos dos procesos? Lo importante son, ante todo, las reacciones políticas a las consecuencias del desarrollo de conexiones de la economía mundial, que vinieron en primer lugar de los "perdedores de la globalización". Los granjeros alemanes que se veían amenazados por las importaciones baratas de granos y carne de ultramar. Los farmers estadounidenses exigían que su país se apartara del patrón oro, que mantenía estables los precios y, por consiguiente, la carga de sus deudas. Los inmigrantes canadienses de la primera hora se opusieron a la llegada de más

mano de obra no calificada. Todos esos grupos exigían ayuda al Estado para resguardar sus intereses. La mayoría de los países, con excepción del Reino Unido, volvieron al proteccionismo después de 1878 (los Estados Unidos nunca lo habían abandonado) y llegaron las primeras restricciones a la inmigración, que en una época de creciente racismo apuntaron en primer lugar contra migrantes asiáticos.[96] Así, casi en forma simultánea con la fusión de la economía mundial –y en parte como reacción a esta– surgieron los primeros esbozos del Estado intervencionista moderno, que intentaba dar cauce a la globalización en sentido "nacional" (en un comienzo, mediante políticas aduaneras y pronto con políticas sociales también).[97] Su programa político no se remontaba a Cobden o Marx, sino al periodista suabo-estadounidense Friedrich List (1789-1846), un crítico avant la lettre de la globalización que ejerció influencia en el mundo entero.

Las nuevas barreras aduaneras nunca eran suficientemente altas para poner en peligro real la economía mundial que acababa de ser creada. El retorno al proteccionismo era, antes bien, tanto indicio como motivo de un cambio de clima político.[98] La economización de la política, que podía percibirse por doquier, se encontraba en fuerte contraste con la disposición de ánimo de mediados de siglo. Era, en primerísimo lugar, una politización de la globalidad. Sus consecuencias ya no se aceptaban sin cuestionamientos como si se tratara de un destino, sino que se transformaban en un tema de grupos de intereses organizados, que intentaban ganar influencia sobre decisiones políticas en los países parlamentarizados de Occidente. Las últimas décadas del "largo" siglo XIX (que aproximadamente se extendió de 1789 a 1914) no fueron sólo una época de la globalización, sino a la vez una época de la territorialización, es decir, del esfuerzo por atar las relaciones sociales a espacios político-territoriales delimitados con precisión: por lo general, Estados nacionales.[99] La integración de la economía mundial venía a redundar en beneficio del poder del Estado; la legitimidad política sería garantizada por el hecho de privilegiar intereses vernáculos. Así, el control político sobre el entramado de conexiones a escala mundial pasó de ser un tema de los perdedores de la globalización a ser un objetivo cada vez más importante de la política del Estado nacional e imperialista.

Imperialismo y guerra mundial

Con la expansión de las redes de comunicación y de tránsito, sumada a la formación de cadenas de producción mundiales, el mundo entero se transformó en un espacio de interacción de los Estados territoriales en competición. En torno al cambio de siglo, pensar el mundo entero en términos de rivalidad –no sólo entre aparatos militares, sino también entre Estados nacionales, economías nacionales o civilizaciones– fue un signo de la época. Hacia el año 1900, los "políticos mundiales" alemanes, por ejemplo, pensaban que era una contradicción en los términos contemplar el Imperio Alemán como una potencia "saturada" en el sentido de Bismarck, sin deseos expansionistas. Para entonces se afirmaba que el futuro estaba sólo en manos de los grandes países que ejercían el control político sobre personas, materias primas y mercados de un imperio y que poseían la capacidad de proyectar su poder a escala mundial. De ahí que la alternativa rezara: "Potencia mundial o ruina" (a su juicio, la mera autoafirmación requería una política imperialista a escala planetaria).[100]

La posibilidad de vencer las distancias también trajo como corolario la mayor escasez del espacio. La tasa de crecimiento anual promedio de la población mundial se había duplicado entre 1870 y 1913 si se la compara con el lapso 1820-1870.[101] En el presente, ante la cifra actual de aproximadamente 6.300.000.000, no nos resulta muy amenazante una población mundial de 1.800.000.000 como la del año 1913; pero a algunos contemporáneos les dio motivos para advertir acerca de la disminución del "espacio vital" y profetizar "luchas por territorio" más encarnizadas. Los enormes movimientos de colonización interna en América del Norte, Rusia/Siberia y (sólo a partir de 1890) en Manchuria parecían confirmar este diagnóstico. El movimiento de colonización agrícola en los Estados Unidos alcanzó en la primera década del nuevo siglo un último auge.[102] Después, la frontier quedó "cerrada". A la vez, la situación de los pueblos originarios norteamericanos que habían

sido desplazados alcanzó su mínimo absoluto. Pese a todos los gritos de Casandra, en todos lados siguió habiendo tierras libres para ser pobladas. El ánimo demográfico era peor que la situación real.

La creciente competencia internacional, en un clima de pánico imperialista de último minuto, desembocó en una carrera por el reparto de las regiones del planeta aún no colonizadas. En 1880, 25.000.000 km^2 estaban bajo control de uno de los gobiernos coloniales de ultramar (sin considerar aquí los imperios continentales euroasiáticos); en 1913 eran 53.000.000.[103] Las causas de los pasos expansionistas concretos eran muy diversas en lo específico. Pocas veces se consideraba relevante el potencial económico visible de una región; no en última instancia por el hecho de que la mayoría de las zonas con importancia económica ya habían sido apropiadas o integradas a la economía mundial bajo las condiciones del imperialismo del libre comercio. En cambio, en una época de rivalidad acentuada, muchas regiones fueron a parar bajo el control de una de las potencias por motivos estratégicos, es decir, para proteger los intereses imperiales existentes y los ejes de comunicación. En muchos casos el derrumbe de regímenes políticos existentes u órdenes sociales en pro de las transformaciones resultantes de la apertura de la economía mundial y la colonización europea también trajo consigo usurpaciones imperiales o la intensificación de relaciones de poder antes laxas. En ocasiones, esto vino unido a violentos enfrentamientos bélicos, algunos de los cuales, en primer lugar la Guerra de los Bóeres (1899-1902), a su vez volvieron a impactar en el equilibrio político mundial. En cambio, el reparto de continentes enteros sin la participación de los afectados siguió siendo una excepción. Se logró en la Conferencia de Berlín acerca de África, en 1884. Allí en un primer momento se trató de un reparto en el mapa, al que sólo más tarde le siguió la verdadera ocupación y "puesta en valor" económica. Pero una vez que en 1912 también el viejo reino de Marruecos se convirtió en protectorado francés, toda África (con excepción de Etiopía y Liberia) quedó bajo dominio colonial europeo.

Durante mucho tiempo China, el más grande y de economía más interesante entre los países independientes, fue considerado un candidato a ser repartido, pero finalmente eludió ese destino. Sobre

todo porque había más de media docena de potencias con relevancia militar que allí perseguían intereses y ambiciones superpuestos y difíciles de deslindar. Por lo demás, contribuyó a la participación de los chinos, que querían convertir su país en un Estado nacional independiente y poderoso, resolución a la que se llegó después del xenófobo Levantamiento de los Boxers –también conocido como Levantamiento Yihétuán–, de 1900, para cuya represión se había forjado una inaudita coalición ad hoc de ocho potencias interventoras que pretendía superar todas las rivalidades. [104] Luego, el nuevo movimiento nacional chino, tomando como referencia al Japón, emprendió una doble estrategia de adaptación y resistencia.

No sólo los territorios, también las oportunidades económicas podían repartirse. Las más relevantes en términos económicos y estratégicos eran las líneas ferroviarias, que siempre eran vistas en clave geoestratégica: en China, los interesados imperialistas imaginaban por lo general una línea ferroviaria rodeada por una "esfera de influencia"; en Manchuria surgían colonias ferroviarias bajo dominio ruso o japonés. Desde 1903, con el Transiberiano, Rusia disponía de una conexión ferroviaria directa a Asia oriental empalmada con la red china. Así, a partir de 1913, quien quisiera viajar desde Lisboa a Shanghái en tren podía hacerlo. Además, la construcción de ferrocarriles siempre era un negocio excelente para exportadores de la industria pesada. Pero los megasistemas ferroviarios, onerosos y complicados en lo tecnológico así como en cuanto al personal requerido, por supuesto nunca alcanzaron la ubicuidad planetaria del automotor alimentado con combustibles fósiles que, en su forma de vehículos todoterreno o camiones, hasta mediados del siglo XX había vuelto accesibles los terrenos más infranqueables. En 1920, de las vías férreas del mundo sólo un 13,2% estaban tendidas en Asia y África.[105]

En torno al cambio de siglo, el sistema de potencias se volvió global no sólo por el alcance ampliado de las ambiciones europeas, sino también por la aparición de nuevos centros de poder. La guerra hispano-estadounidense de 1898 marca el ingreso de los Estados Unidos, que entonces ya habían aventajado a Gran Bretaña y Alemania como productor industrial más eficiente, a la política mundial. Japón, mucho más débil en términos económicos, desde

esos años noventa era una potencia regional políticamente independiente y para nada despreciable en lo militar en Asia oriental, con una colonia propia (Taiwán) y un área de influencia informal en Corea. Desde 1902 estaba ligado a Gran Bretaña por una alianza diplomática del estilo que hasta entonces sólo habían sellado entre sí potencias europeas. Y, además de Gran Bretaña, Rusia, al desplazar su propia frontier interna hacia Oriente, pasó a ser una gran potencia europea y asiática a la vez.

Apenas iniciado el siglo, todas las grandes potencias europeas tuvieron que reducir sus pretensiones de ultramar, algo que en primera instancia estaba vinculado a rivalidades al interior de Europa: el equipamiento de la flota alemana, percibida como cada vez más amenazante, llevó a Gran Bretaña a buscar compensación en los Estados Unidos, en Francia y en Rusia, renunciando así a pretensiones sobre territorios o influencia informal en América Latina, África del Norte y Persia. Estos acuerdos fueron posibles entre otras cosas porque los socios de Gran Bretaña en la negociación a su vez estaban dispuestos a hacer concesiones por temor a Alemania. Así surgió por primera vez un sistema de alianzas global, que junto a la "territorialización" y la división colonial del mundo constituía otro ejemplo más de la "dialéctica de globalización y fragmentación".[106] Ya la guerra ruso-japonesa de 1904/1905 –duro revés para la expansión de Europa– fue un indicador de un equilibrio de poder europeo ampliado a escala global. En la batalla naval decisiva de Tsushima, Japón –la primera potencia militar moderna no occidental– derrotó a la armada del Mar Báltico rusa que había llegado rodeando África. En la escena internacional, el triunfo de los japoneses fue visto como una victoria del Estado constitucional moderno (desde 1889, Japón se regía por una Constitución redactada con intervención de juristas alemanes) por encima de la autocracia rusa, que tenía limitaciones para movilizarse; también fue considerado prueba de la posibilidad de emancipación de los Estados no occidentales respecto de la dependencia de la Europa imperialista.

¿Qué alternativas había al escenario de un choque ineludible entre las grandes potencias en un mundo encogido? En primer lugar, corresponde señalar las tendencias bilaterales de cooperación en los ámbitos "apolíticos" de la estandarización tecnológica y

organizativa, donde resultaba fácil llegar a acuerdos en el nivel internacional. Ya en 1911, un jurista y diplomático estadounidense publicó un extenso inventario al respecto.[107] En aquella época también fue posible que por primera vez se concretara en forma de organización la vieja idea utópica de una solidaridad de la humanidad en su conjunto. En sus inicios, el Comité Internacional de la Cruz Roja –cuya forma primitiva había sido fundada ya en 1863 por Henri Dunant, un hombre de negocios de Ginebra– se había presentado con una pretensión humanitaria universal.[108] El sufragismo feminista, con su exigencia del derecho de las mujeres al voto, unía a representantes de Europa, América del Norte, Nueva Zelanda, Australia y luego también de la India. En Chicago, en 1893 se reunió el primer "Parlamento Mundial de Religiones".[109] La simpatía del movimiento obrero socialista por los colonizados, que por lo demás seguía una orientación internacionalista, se restringía, sin embargo, a atacar los "excesos" coloniales y no cuestionaba el sistema en sí.

Si la falta de peso político ponía límites al efecto de coaliciones privadas, en el caso de las dos Conferencias de La Haya sobre la Paz y el Desarme (1899 y 1907) se tocaba un área central de la soberanía nacional. Casi ningún gobierno estaba dispuesto a asumir compromisos vinculantes. A pesar de todo, se logró formular fundamentos para la guerra válidos hasta el día de hoy, a los cuales se atuvieron desde un comienzo también países extraeuropeos para cimentar su pretensión de ser considerados pariguales en la comunidad de las naciones.[110] Todas estas alternativas internacionalistas al imperialismo tienen en común que –a excepción de la Cruz Roja– en 1914, con el inicio de la Primera Guerra Mundial, demostraron ser poco resistentes.

Sería trivial querer interpretar esa Guerra Mundial como un resultado inmediato de los impulsos globalizadores previos. Por supuesto, la complicada constelación de conflicto del verano de 1914 no sería pensable en términos generales sin aquellos. Pero antes que los conflictos internos de Europa (y menos aún los conflictos coloniales entre las potencias), el desencadenante de la Primera Guerra Mundial fueron las crisis internas de las regiones de Europa menos integradas globalmente. En su origen, se trató de una guerra europea, pero que desde una etapa temprana fue llevada

adelante a escala global y con recursos globales. La participación del Imperio Otomano (junto con sus provincias árabes) del lado de las potencias centrales, la entrada de Japón al conflicto y ante todo de los Estados Unidos, las luchas en el África subsahariana, los intentos alemanes de amotinar al mundo islámico así como el envío de tropas de ultramar a Europa: todos estos fueron elementos globalizadores.[111] El año 1914 se volvió una fecha bisagra en la historia nacional de un país tan alejado de los escenarios bélicos como Nueva Zelanda, que perdió 17.000 soldados.

La Primera Guerra Mundial fue, por un lado, una etapa de interacción concentrada de manera convulsiva. Por otro lado, se interrumpieron numerosas redes que existían hacía tiempo sin que surgieran nuevas estructuras estables. En primer lugar, cualquier guerra hace trizas las relaciones culturales, económicas e interhumanas existentes y traza límites nítidos entre amigo y enemigo. Bloqueos comerciales, reclusiones en campos y confiscaciones, ataques a organizaciones comunicacionales y navegación eran recursos bélicos. La división del trabajo en la dimensión de la economía mundial se vio interrumpida: las exportaciones industriales europeas quedaron paralizadas de hecho, dado que las máquinas y las materias primas se necesitaban para la producción de armamento. En las colonias europeas, en América Latina y China, del vacío de oferta así creado surgieron numerosas ramas nuevas de la industria que en ese entonces cubrían a escala local una demanda que antes era satisfecha a escala de la economía mundial. A la vez, gran parte de las plantas europeas en el exterior fueron liquidadas para financiar la guerra. También se derrumbó el sistema monetario del patrón oro, ya que ningún Estado podía financiar la guerra sin recurrir a la emisión de billetes.

Dentro del marco de las alianzas en guerra, cuyos esfuerzos se iban organizando cada vez más en grandes espacios político-económicos, la guerra tuvo un efecto integrador. En Europa luchaban varios millones de soldados de las colonias africanas de Francia, soldados de la India, Australia y Nueva Zelanda y, desde junio de 1917, de los Estados Unidos. Alimentos, máquinas y materias primas importantes para la guerra, como el caucho, eran llevados de las colonias a Europa. La victoria de los Aliados fue posible, no en última instancia, por la capacidad para la organización global de los

recursos.[112] Al respecto, fue decisivo lograr asegurar las vías marítimas de reabastecimiento; la guerra de submarinos alemanes que las tomó como blanco involucró a los Estados Unidos en la guerra. A las potencias centrales, en cambio, les faltaba el acceso a recursos esenciales, en particular a regiones de cultivo de cereales en las zonas templadas de ultramar.

A diferencia de las mercancías, los virus podían atravesar sin problemas los frentes militares. En los campos de batalla franceses se reunieron también los agentes patógenos de todos los continentes y desde allí siguieron propagándose. La pandemia de “gripe española” del año 1918 causó más víctimas que toda la guerra. [113]

1918-1945: crisis y conflictos globales

La Primera Guerra Mundial puso fin a la dominación mundial de Europa y sacudió los cimientos de la economía internacional. Casi no hubo persona en el mundo que no se viera afectada por las consecuencias de la guerra: que estas finalmente no pudieran ser superadas condujo a una nueva guerra mundial. A escala internacional, el orden de preguerra, que descansaba en un equilibrio entre grandes potencias europeas que competían en el mundo, había caído en descrédito. Al principio parecía que el resultado sería un nuevo orden de la política mundial, orientado según los "14 puntos" del presidente estadounidense Woodrow Wilson, es decir, según los lineamientos de democracia, autodeterminación nacional, seguridad colectiva y libre comercio. En 1919 la Conferencia de Paz de París y el Tratado de Versalles dieron origen a la Liga de las Naciones, la primera organización política central para el conjunto de los Estados. En la Conferencia de Washington de 1921-1922 se logró el primer acuerdo global de control armamentista: todas las potencias navales relevantes (incluido Japón) acordaron limitaciones exactas de la fuerza de sus flotas.

El Estado nacional soberano fue establecido en el mundo de manera vinculante como forma normal de la organización política. Esto conllevó una ola de creaciones de Estados, lo que tendió un gran arco desde el Báltico –pasando por los Balcanes– hasta la Mesopotamia; los Estados no turcos sucesores del Imperio Otomano, sin embargo, primero fueron subordinados en calidad de "mandatos" a un control cuasi colonial de Gran Bretaña y Francia. Los imperios y las regiones coloniales de supremacía informal europea continuaron existiendo. La guerra, sin embargo, había dado un fuerte impulso al nacionalismo anticolonialista. En casi todas las colonias, los compromisos laborales y la producción intensificada de bienes importantes para la guerra trajeron consigo una concentración del poder colonial. Los soldados coloniales que

previamente habían luchado en el frente occidental esperaban una retribución que los compensara por los sacrificios ofrecidos al servicio del poder colonial. De allí en más, fusionando principios de libertad occidentales con deseos de autonomía locales, en todas partes se articuló el reclamo por autodeterminación y modernización, y en ningún lugar con más vehemencia que en la India.

El nacionalismo anticolonial se propuso el objetivo de erigir Estados de orden constitucional sin dominación colonial, basándose sobre el idealismo democrático de Wilson. Pero entre tanto había otras dos innovaciones políticas disponibles en calidad de modelos: el leninismo y el fascismo. Desde la Revolución Rusa de 1917 el primero contaba con una base de poder y, con la Internacional Comunista (Comintern), creó para sí una organización cuya meta era una revolución mundial, que en su alcance y efecto quedó a la zaga de esa pretensión. Los golpes al capitalismo en su periferia debían darse también en alianza con fuerzas no comunistas de las "burguesías nacionales". Moscú se convirtió en un centro de capacitación para cuadros jóvenes de todo el mundo. La revolución mundial, sin embargo, no tuvo lugar (tampoco en Alemania ni en China, que por motivos diversos se habían considerado "maduras" para la causa). Por eso, antes de la Segunda Guerra Mundial todavía no existía un "bloque soviético". Bajo Stalin, la URSS pasó de la exportación de la revolución a la "construcción del socialismo en un país".

El fascismo –utilizamos el término aquí en un sentido amplio, que también incluye el nacionalsocialismo y el ultranacionalismo japonés de los años treinta del siglo XX– no disponía de un programa global. Lo volvía atractivo –en Europa y también en otros lugares– su combinación de anhelo de autarquía nacional, militarismo, estatismo y glorificación de la tecnología, que complacía las tendencias e intereses de los autócratas de la modernización y los militaristas. Tanto los movimientos de autorreforma como los de resistencia anticolonial buscaban en el leninismo y en el fascismo –en tanto innovaciones ideológicas– atajos hacia la modernidad.[114]

El fascismo no quería superar el sistema de la competencia

“darwinista” de las potencias, sino prosperar en este con medios particularmente brutales. En ese sentido, se trataba de un imperialismo radicalizado. Al desacatar el derecho internacional y rechazar la Liga de las Naciones, no hacía otra cosa que demostrarse coherente con esa posición. Los fascistas miraban con envidia y admiración al imperio mundial británico y al inmenso potencial de los Estados Unidos. Pero a los conceptos del orden mundial verdaderamente global-liberal, representados por las potencias líderes anglosajonas, sólo podían contraponer la idea del “gran espacio” de dominio imperial. Entonces ese sintagma adquirió un significado siniestro del que aún quedan vestigios. Cuando durante la Segunda Guerra Mundial la Alemania nacionalsocialista en Europa y el Imperio Japonés en Asia oriental y sudoriental hicieron realidad estos grandes espacios, se convirtieron en zonas de explotación y masacre únicas en su género en términos históricos.

Si en la década de 1880 podía observarse una politización de la economía, en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial se dio una ideologización de la política casi a escala planetaria. Esto se muestra también en el hecho de que las lealtades ideológicas se desprendieran más que antes de las arenas de la política nacional y asumieran un carácter transnacional. Por cierto, en ese sentido se llevó adelante una suerte de guerra civil mundial tripolar entre demócratas, comunistas y fascistas.[115] A esto se debe que acontecimientos como la Guerra Civil Española o la Revolución China atrajeran simpatizantes internacionales de los diversos campos.

Pese a la universalización de los discursos de nacionalismo y liberalismo, leninismo y fascismo, más que nada salta a la vista en términos generales la extraordinaria heterogeneidad del conjunto de los países de entreguerras. Sustancialmente, antes de 1914 existían grandes potencias imperialistas (por lo general, de constitución monárquica), países más pequeños y la periferia no occidental con mayor o menor grado de dependencia. Para esa fecha, entre los grandes países había una confusa diversidad de papeles. Ya no existía entre ellos el consenso básico de la Realpolitik “civilizada” y sus formas de comportamiento, ensayado en siglos de historia de la diplomacia europea, formas que por supuesto no excluían la guerra

pero preveían que el derrotado no debía ser castigado ni humillado en exceso. Dicho de otra manera: la Primera Guerra Mundial había destruido el sistema europeo de potencias sin sustituirlo con un sistema de potencias global o acaso un gobierno mundial. La pérdida de importancia de Europa en tanto hegemonía colectiva del mundo no era amortiguada por una hegemonía estadounidense ni por la Liga de las Naciones. El núcleo mismo de la Liga de las Naciones –la idea de la seguridad colectiva y la resolución pacífica de los conflictos– no alcanzaba a tener relevancia en la práctica, ya que cualquier restricción de soberanía nacional seguía siendo impensable y las grandes potencias no compartían ni sus representaciones de un orden mundial ni la voluntad para actuar en conjunto. La invasión de Japón a Manchuria en 1931, el ataque italiano a Etiopía en 1936 y los avances agresivos de Alemania contra sus vecinos no recibieron una respuesta adecuada. Ante esta situación, quedó en un segundo plano que la Liga de las Naciones era un foro para la cooperación y el intercambio en la tradición del internacionalismo del siglo XIX –la Organización Internacional del Trabajo (OIT), por ejemplo, se comprometió mucho con la mejora de las condiciones laborales en numerosos países– y a la vez mantenía viva la conciencia de formas de orden político mundial alternativas.

Después del fin de la guerra se hicieron esfuerzos por reconstruir la economía mundial de la “Belle Époque” previa a 1914. Pero la interdependencia multilateral –basada sobre la división del trabajo– de la economía mundial había quedado tan profundamente sacudida por la guerra que no podía ponerse en marcha sin más. [116] Varios problemas estructurales obstaculizaban una reconstrucción:

Debido a los gastos bélicos y la carga de la reconstrucción, así como en el caso alemán los compromisos asumidos en calidad de reparaciones, todos los países que habían participado en la guerra habían contraído grandes deudas. Los Estados Unidos, en cambio, guerra mediante, no sólo se habían convertido en el Estado acreedor más importante y en principal exportador de capitales, sino que

también alcanzaron un superávit en la exportación de productos agrarios e industriales, mientras en forma simultánea protegían sus mercados con altos aranceles. De ahí que, a diferencia de los deudores del Reino Unido antes de 1914, los deudores de los Estados Unidos no tuvieran la posibilidad de ganar dinero para pagar sus créditos por medio de exportaciones hacia ese acreedor. Pronto la economía mundial dependía de que constantemente fluyeran dólares estadounidenses en forma de créditos al extranjero. Los flujos de capital, sin embargo, ya no alcanzaron el nivel previo a 1914.[117]

En los mercados mundiales las ventas habían caído de manera irreversible, y el comercio crecía a una velocidad notoriamente menor que la producción, a la inversa de la situación en el siglo XIX. En la industria pesada, durante la guerra se habían desarrollado capacidades productivas que ya no podían aprovecharse a pleno. En la agricultura, la ampliación de la superficie de siembra, la mecanización y la implementación en mayor grado de fertilizantes químicos generaban una sobreproducción que aumentaba desde mediados de los años veinte; de ahí que la caída en los precios del mercado mundial se hiciera sentir.

Durante la guerra, los gobiernos de los países enfrentados habían tomado de facto el control sobre la producción, los precios y la moneda. El Estado, ahora, se consideraba responsable directo del bienestar, el crecimiento y el equilibrio de los intereses. Los fenómenos de crisis de la economía mundial no sólo habían aumentado en gran cantidad, sino que también se esperaba que el Estado tomara medidas al respecto. Ante tales compromisos, cada vez más onerosos, las élites políticas intentaban “exportar” los costos del equilibrio de intereses en política interior. En todas partes se llevaba adelante una política económica “nacional”.[118]

El factor más importante, visto como marca distintiva de la

economía mundial del siglo XIX, fue el patrón oro. Durante la guerra, las monedas habían dejado de estar atadas a él (sin embargo, hasta mediados de los años veinte, todas las monedas importantes volvieron a acoplarse a ese patrón). Pero como entonces sólo los Estados Unidos disponían de suficientes reservas en oro, el comercio mundial y por ende los ingresos de divisas siguieron siendo bajos y las consecuencias de la política monetaria cobraron cada vez mayor incidencia en la política interior; el patrón oro hacía las veces de mecanismo de crisis, de "grilletes de oro". [119]

El hecho de que el crack bursátil del 25 de octubre de 1929 se transformara de inmediato en una crisis económica mundial de alcance hasta entonces inimaginable demuestra que los mercados de bienes y de capitales seguían constituyendo un sistema global interconectado. Los mecanismos que transfirieron los fenómenos de la crisis a todas las economías nacionales eran de diversa índole. [120] Los más importantes eran la escasez de crédito por el fuerte retroceso de las exportaciones de capital estadounidense, la caída de la demanda, un proteccionismo acentuado y, por último, una política deflacionaria forzada por el patrón oro. Los intentos de solución para la crisis a escala internacional fracasaron.

¿La crisis económica significó un provisorio "fin de la globalización"? Lo cierto es que los flujos de capital que cruzaban las fronteras se paralizaron casi en su totalidad. También el comercio mundial se derrumbó entre 1929 y 1935 hasta quedar reducido a un tercio. La lenta reactivación de la economía después de 1933 no tuvo como correlato un aumento comparable del comercio mundial. Por las estrategias de superación de la crisis, ideadas por distintos Estados sin un plan unificado, el intercambio de mercancías y el tránsito de capital ahora estaban sometidos a preceptivas políticas estrechas y, por lo tanto, atados a espacios de interacción constituidos en términos políticos. Esto es válido en igual medida para el "New Deal" estadounidense –concentrado en la activación del mercado interno–, para la política alemana y japonesa de activación de la coyuntura mediante el rearme y el desarrollo de áreas de influencia económicamente dependientes, así

como –en las monarquías coloniales británica y francesa– para la conversión del entramado económico: de mundial a imperial. Lo que se conoce como "regionalismo" de la economía mundial de la época fue el resultado de la primacía de la política –que se impuso en la crisis– por sobre la interacción económica.

Una forma extrema del regionalismo fue la política autárquica –en cada caso, por motivos específicos– de Alemania y Japón en los años treinta y principios de los cuarenta. La relevancia que tuvieron para la globalización estas estrategias que aspiraban a sustraerse a las áreas de influencia dependientes de la economía y la política mundiales radica en que condujeron a una nueva guerra mundial. Esta guerra, para algunos historiadores japoneses que en consecuencia hablan de "Guerra de los Quince Años", comienza ya en 1931 con la ocupación japonesa de Manchuria. Con igual derecho puede considerarse también la invasión japonesa al núcleo mismo del territorio chino en 1937 o el ataque de Alemania a Polonia en 1939 como comienzo de la guerra.[121] Recién en 1941, con el ataque alemán a la URSS y el de Japón a los Estados Unidos, sin embargo, la guerra se tornó global. Tal como sucedió en 1914-1918, ni el Hemisferio Occidental, Australia ni la India se vieron afectados por los combates directos. Pero junto con Europa y África del Norte, a partir de entonces China, el Sudeste Asiático y el Pacífico se convirtieron en escenarios bélicos de primer orden. Los Estados Unidos eran la única potencia que lideraba la guerra en Oriente y Occidente: esa actuación bifronte los predestinaba a ser la potencia mundial rectora de la posguerra.

El “siglo de los Estados Unidos”

En 1941, cuando desde la perspectiva alemana y japonesa se estaba en plena guerra mundial pero desde la estadounidense todavía eran tiempos de paz, el periodista y editor Henry Luce declaró que el siglo XX era el “siglo estadounidense”. Si esto llegó a convertirse en una descripción adecuada de al menos la segunda mitad de ese siglo, se debe al resultado de dos guerras y al peculiar desarrollo de la economía y la sociedad en los Estados Unidos. Sin que de manera planificada este país hubiera aspirado a asumir el papel de líder, ya en 1919 su propio rápido desarrollo económico y la autodestitución de Europa le asignaron un lugar central en la economía y la política mundiales.[122] Pese a la actitud moderada en materia de política exterior durante los “dorados años veinte” previos a la crisis económica, los Estados Unidos ejercieron una enorme influencia no sólo por su exportación de capital, sino también como ejemplo social y cultural. Con horror o con esperanza, personas en todo el mundo veían en los “Estados Unidos de América”, la imagen de su propio futuro.[123]

Producción masiva, consumo masivo y cultura de masas son los conceptos clave con los cuales en aquella época se asociaba el “norteamericanismo”. La capacidad de la industria estadounidense de producir en forma masiva bienes estandarizados, la “administración científica” de Frederick Taylor y la producción en línea de montaje de Henry Ford tuvieron un gran poder de seducción sobre Europa, ya que prometían generar un superávit que se distribuiría entre empleados y empleadores. El consumo masivo como motor de la producción masiva parecía abrir la perspectiva de bienestar y paz social.[124] Sobre todo, la motorización masiva generaba la esperanza de un cambio radical. El automóvil y la aviación, dos tecnologías de superación de las distancias que con la guerra habían cobrado gran impulso, se extendieron en los Estados Unidos con velocidad tanto mayor que en Europa. Más cuestionadas que el “taylorismo” y el “fordismo” eran las transformaciones

sociales y culturales que desde comienzos del siglo XX, pero principalmente desde la década de 1920, se conocían con el nombre de "norteamericanización". Entre estas cabe mencionar una emancipación –desde luego, relativa– de las mujeres que podía resultar chocante tanto en Berlín como en Shanghái: para las jóvenes en China al igual que en la República de Weimar, la girl estadounidense constituía una alternativa a los modelos tradicionales.

Para la industria del entretenimiento norteamericana, era mucho más sencillo cruzar las fronteras culturales. En la sociedad de inmigrantes estadounidense habían surgido productos culturales que, por el uso de lenguajes comprensibles en todas las latitudes y de las últimas tecnologías de registro y transmisión de sonido e imagen, eran de fácil comercialización. En el lapso de escasos años –desde su invención en 1895 hasta antes de la Primera Guerra Mundial–, las "imágenes en movimiento" de la cinematografía se habían expandido desde Francia hacia todos los centros culturales. Los productos de Hollywood ya se exportaban al mundo entero. También el jazz resultó ser un codiciado artículo de exportación estadounidense y, por supuesto, Europa lo recibió de inmediato como estímulo en la misma época en que la música del Romanticismo tardío de ese continente ganaba sus primeros adeptos en Japón. La crisis económica mundial, en primer lugar, defraudó esperanzas asociadas al surgimiento de una sociedad de consumo masivo; después, bajo los cada vez más numerosos regímenes autoritarios, también la propagación de influencias culturales estadounidenses se vio limitada. De todos modos, incluso en la Alemania nacionalsocialista se adoptaron muchas tecnologías y formas de la producción, el consumo y el entretenimiento de los Estados Unidos.[125] Las industrias del cine no surgieron únicamente en Europa, sino también en la India y en Japón.

Pero sólo la Segunda Guerra Mundial convirtió a los Estados Unidos en punto de irradiación de las tendencias de la globalización económica, política y cultural de posguerra. Esto ocurrió en tres campos:

Desde el ingreso a la guerra en 1941, los Estados Unidos bajo Franklin D. Roosevelt se concibieron como potencia mundial que debía participar en la definición del orden mundial por interés nacional y ya no podía dejar que las regiones clave en términos estratégicos o económicos cayeran en manos de países enemigos.

La guerra mundial fue un conflicto de alto contenido ideológico, también marcadamente cargado de racismo. Los programas de ambos bandos movilizaron lealtades que de manera transversal cruzaban las fronteras nacionales: movimientos de liberación colonial apoyaron (como en la India) a sus dominadores, a los cuales antes de la guerra habían combatido con vehemencia, o se opusieron (como en Birmania) junto con Japón a los colonizadores europeos. Colaboracionistas y miembros de la resistencia –las fronteras entre estas categorías a veces son difusas– lucharon del lado de las fuerzas armadas extranjeras contra su propia nación; las SS alemanas reclutaron en toda Europa a personas a quienes consideraban suficientemente "nórdicas". De semejante desfiguramiento de las fronteras no partía un sendero hacia un nuevo orden transnacional. Sólo el programa de los victoriosos Aliados, con los Estados Unidos a la cabeza, se proponía como meta institucionalizar los entramados de conexiones globales mediante una renovación abarcadora de la sociedad, la economía y las relaciones internacionales.

El potencial de producción de la industria estadounidense –que proveyó pertrechos de guerra y dispositivos de transporte para todas las fuerzas armadas de los Aliados– desempeñó un papel decisivo en la victoria de 194 Al ser inaccesible a una amenaza militar directa, la industria estadounidense pudo dar un nuevo e importante impulso a la organización de la producción estandarizada en masa. Muchos europeos y japoneses vieron en la racionalización, la conducción macroeconómica, la producción en masa integrada a escala internacional y el pleno empleo –distintivos de la economía de guerra de los Aliados y en especial la estadounidense– un ejemplo para la regeneración de la economía y la sociedad en sus regiones del mundo.

En este sentido, 1945 no sólo fue una fecha global porque significó el final de una guerra mundial que había afectado a una cantidad de vidas humanas superior a cualquier megaacontecimiento histórico previo, sino también porque según la voluntad de los vencedores había que crear un nuevo orden mundial desde entonces. El resultado de la experiencia de crisis y guerra a escala planetaria fue un programa de modernización global impulsado ante todo por los Estados Unidos.

■

[81] D. Vincent, The Rise of Mass Literacy. Reading and Writing in Modern Europe, Cambridge, 2000, pp. 10-11.

[82] Véanse N. Vittinghoff, Die Anfänge des Journalismus in China (1860-1911), Wiesbaden, 2002; A. Ayalon, "Political journalism and its audience in Egypt, 1875-1914", Culture & History 16 (1997), pp. 100-121.

[83] S. Kern, The Culture of Time and Space, 1880-1918, Londres, 1983, p. 2.

[84] C. Blaise, Die Zähmung der Zeit. Sir Sandford Fleming und die Erfindung der Weltzeit, Frankfurt, 2001.

[85] D. S. Landes, Revolution in Time. Clocks and the Making of the Modern World, Cambridge (Massachusetts), 1983, p. 287 [ed. cast.: Revolución en el tiempo. El reloj y la formación del mundo moderno, Barcelona, Crítica, 2007].

[86] M. Williams, Deforesting the Earth. From Prehistory to Global Crisis, Chicago, 2003, pp. 384-385.

[87] A. Sartorius von Waltershausen, Die Entstehung der Weltwirtschaft. Geschichte des zwischenstaatlichen Wirtschaftslebens vom letzten Viertel des 18. Jahrhunderts bis 1914, Jena, 1931, p. 10.

[88] J. Dunning, Multinational Enterprises and the Global Economy, Wokingham, 1993; M. Wilkins (comp.), The Growth of Multinationals, Aldershot, 1991.

[89] W. Fischer, Expansion - Integration - Globalisierung. Studien zur Geschichte der Weltwirtschaft, Gotinga, 1998, pp. 37-48.

[90] W. Fischer, “Die Ordnung der Weltwirtschaft vor dem Esten Weltkrieg. Die Funktion von europäischem Recht, zwischenstaatlichen Verträgen und Goldstandard beim Ausbau des internationalen Wirschaftsverkehrs”, Zeitschrift für Wirtschafts- und Sozialwissenschaften 95 (1975), pp. 289-304.

[91] F. S. L. Lyons, Internationalism in Europe, 1815-1914, Leiden, 1963; M. H. Geyer y J. Paulmann (comps.), The Mechanics of Internationalism. Culture, Society, and Politics from the 1840s to the First World War, Óxford, 2001.

[92] W. C. McNeill, “Money and Economic Change”, en R. W. Bulliet (comp.), The Columbia History of the Twentieth Century, Nueva York, 1998, pp. 283-313; B. Eichengreen, Vom Goldstandard zum Euro. Die Geschichte des internationalen Währungssystems, Berlín, 2000 [ed. cast.: La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional, Barcelona, Antoni Bosch, 2000].

[93] J. H. Drabble, An Economic History of Malaysia, c. 1800-1990. The Transition to Modern Economic Growth, Basingstoke, 2000, cap. 4.

[94] Véase F. S. Weaver, Latin America in the World Economy. Mercantile Colonialism to Global Capitalism, Boulder (Colorado), 2000.

[95] A. Maddison, The World Economy. A Millennial Perspective, París, 2001, p. 126 (fig. 3-1b) [ed. cast.: La economía mundial. Una perspectiva milenaria, Madrid, Mundi-Prensa, 2002].

[96] A. R. Zolberg, “Global movements, global walls: Responses to migrations, 1885-1925”, en Wang Gungwu (comp.), Global History and Migrations, Boulder (Colorado), 1997, pp. 279-307.

[97] Véase acerca del ejemplo alemán el esbozo de Werner Abelshauser, “Umbruch und Persistenz: Das deutsche Produktionsregime in historischer Perspektive”, Geschichte und Gesellschaft 27 (2001), pp. 503-523.

[98] A. Estevadeordal y otros, The Rise and Fall of World Trade, 1870-1939, Wáshington, D. C., 2002 (NBER Working Paper 9318).

[99] C. S. Maier, “Consigning the Twentieth Century to history: Alternative narratives for the Modern Era”, American Historical Review 105 (2000), pp. 807-831; Knut Borchardt, Globalisierung in historischer Perspektive, Múnich, 2001.

[100] S. Neitzel, Weltmacht oder Untergang? Die Weltreichslehre im Zeitalter des Imperialismus, Paderborn, 2000.

[101] Maddison, The World Economy, ob. cit., p. 242 (cuadro B-11).

[102] W. Nugent, Into the West. The Story of Its People, Nueva York, 1999, p. 131.

[103] B. Etemad, La possession du monde. Poids et mesures de la colonisation (XVIIIe-XXe siècles), Bruselas, 2000, p. 175 (cuadro 13).

[104] Véase Lanxin Xiang, The Origins of the Boxer War. A Multinational Study, Londres, 2003.

[105] W. Woodruff, Impact of Western Man. A Study of Europe’s Role in the World Economy 1750-1960, Nueva York, 1966, p. 253 (cuadro VI/I).

[106] I. Clark, Globalization and Fragmentation, International Relations in the Twentieth Century, Óxford, 1997, p. 33 y ss.

[107] P. Reinsch, Public International Unions. Their Work and Organization. A Study in International Administrative Law, Boston, 1911.

[108] D. Riesenberger, Für Humanität in Krieg und Frieden. Das Internationale Rote Kreuz 1863-1977, Gotinga, 1992.

[109] Véase D. Lüddeckens, Das Weltparlament der Religionen von 1893. Strukturen interreligiöser Begegnung im 19. Jahrhundert, Berlín, 2002.

[110] J. Dülffer, Regeln gegen den Krieg. Die Haager Friedenskonferenzen 1899 und 1907 in der internationalen Politik, Frankfurt, 1981.

[111] H. Strachan, The First World War, vol. I, To Arms, Óxford, 2001 [ed. cast.: La Primera Guerra Mundial, Barcelona, Crítica, 2004]; G. Hardach, Der Erste Weltkrieg 1914-1918, Múnich, 1973, en especial, cap. 9 [ed. cast.: La primera guerra mundial, 1914-1918, Barcelona, Grijalbo, 1986].

[112] Véase A. Offer, The First World War. An Agrarian Interpretation, Óxford, 1989.

[113] G. Kolata, Flu. The Story of the Great Influenza Pandemic of 1918 and the Search for the Virus that Caused It, Londres, 1999.

[114] T. H. von Laue, The World Revolution of Westernization. The Twentieth Century in Global Perspective, Nueva York, 1987, pp. 5, 99-147.

[115] E. Hobsbawm, Das Zeitalter der Extreme. Weltgeschichte des 20. Jahrhunderts, 4ª ed., Múnich, 2000, p. 186 [ed. cast.: Historia del siglo XX, 1914-1991, Buenos Aires, Crítica, 1995].

[116] Contemporáneo a los hechos: J. M. Keynes, The Economic Consequences of the Peace, Londres, 1919, caps. 2 y 6 [ed. cast.: Las consecuencias económicas de la paz, Barcelona, Crítica, 1987].

[117] D. H. Aldcroft, The European Economy, 1914-1990, 3ª ed., Londres, 1993, pp. 57-62 [ed. cast.: Historia de la economía europea (1914-1990), Barcelona, Crítica, 1997].

[118] H. James, The End of Globalization. Lessons from the Great Depression, Cambridge (Massachusetts), 2001, p. 117 [ed. cast.: El fin de la globalización. Lecciones de la Gran Depresión, Madrid, Turner, 2003].

[119] Véase B. Eichengreen, Golden Fetters. The Gold Standard and

the Great Depression, 1919-1939, Óxford, 1992.

[120] Véase D. Rothermund, Die Welt in der Wirtschaftskrise 1929-1939, Münster, 1992.

[121] Véase D. Cohen, “Historiography, war, and war crimes: The representation of World War II”, Rechtshistorisches Journal 19 (2000), pp. 413-431.

[122] D. Reynolds, “American globalism: Mass, motion and the multiplier effect”, en A. G. Hopkins (comp.), Globalization in World History, Londres, 2002, pp. 243-260.

[123] A. Doering-Manteuffel, Wie westlich sind die Deutschen? Amerikanisierung und Westernisierung im 20. Jahrhundert, Gotinga, 1999, pp. 20-34; R. F. Kuisel, Seducing the French. The Dilemma of Americanization, Berkeley, 1993.

[124] D. A. Hounshell, From the American System to Mass Production, 1800-1932. The Development of Manufacturing Technology in the United States, Baltimore, 1984.

[125] P. Gassert, Amerika im Dritten Reich. Ideologie, Propaganda und Volksmeinung 1933-1945, Stuttgart, 1997.

6. Desde 1945 hasta mediados de la década de 1970: un cambio de rumbo en la globalización

Espacios de lo político: bloques de potencias, Estados nacionales y movimientos transnacionales

La segunda posguerra del siglo XX, eso que en Francia llaman “los Treinta Gloriosos” y en el mundo anglosajón “edad de oro”, se diferenció de manera fundamental de la primera. Fue portadora de las transformaciones de la economía, la sociedad y la cultura más vastas que hayan ocurrido jamás en el lapso de pocas décadas. Semejante impulso transformador llegó acompañado por la formación de nuevos entramados, la institucionalización de espacios de interacción supraestatales y la homogeneización de las formas de producción y organización política en el mundo. De todos modos, los historiadores han buscado los paralelismos con la globalización del presente en la época previa a la Primera Guerra Mundial más que después de 1945 y han destacado que en el transcurso de los años setenta comenzaron a deshacerse las estructuras y los patrones mentales de posguerra. La posguerra estuvo menos marcada por la globalidad que por una multiplicidad de espacios de acción superpuestos y cadenas de acción supraestatales, pero de alcance inferior al global. En su gran mayoría se trató de resultados de decisiones políticas acerca del alcance y la intensidad admisibles de entramados supranacionales.

La estructura política principal de la posguerra ni siquiera estaba prevista en las planificaciones de los Aliados: la división del mundo en dos bloques en contienda ideológica e imperialista.[126] Esta formación de bloques determinó la modalidad de los entramados internacionales, transnacionales y mundiales, así como la estructura de los espacios de interacción económica y política. El derrumbe de Alemania y Japón hizo surgir grandes vacíos de poder geopolíticos. Los Estados Unidos y la URSS habían logrado una notoria ventaja en términos de poder frente a los demás países. Sus respectivas representaciones político-ideológicas divergían de manera obvia. Y urgía resolver problemas de la reconstrucción y el nuevo comienzo político que no podían ser postergados ni regulados mediante la

cooperación. Así, en los años entre 1945 y 1950 surgió una estructura geopolítica bipolar: Europa fue dividida por la "Cortina de Hierro", en China se impusieron los comunistas de Mao Zedong. En la Guerra de Corea de 1950-1953 (en el fondo, una guerra entre los Estados Unidos y la República Popular de China), que terminó después de muchas bajas de ambos lados con el fortalecimiento del statu quo, se llegó en última instancia a una suerte de empate. Entre tanto, las dos "superpotencias" tenían en su poder armas nucleares cuyo empleo en el campo de batalla o contra las ciudades del adversario era un factor central de la respectiva estrategia militar. Sólo en la doble crisis en torno a Berlín y Cuba (1958-1962), durante la cual se sopesó con seriedad el primer ataque atómico, la coexistencia sobre la base de mutua intimidación se convirtió en estado normal internacional.[127] La intimidación era "indivisible", por ende, global: sus instrumentos eran misiles intercontinentales, control del espacio aéreo con ayuda de radares y satélites y, bajo la superficie del agua, rodeando por completo la Tierra, submarinos atómicos también armados con misiles; su núcleo semántico consistía en la amenaza de extinguir la vida sobre la Tierra.

Sin embargo, dado que un enfrentamiento militar directo de las superpotencias sólo era esperable en el caso de una amenaza a la vida misma (o por un error de los sistemas de alerta temprana), los bloques resultaban erosionados por dentro. La "teoría del efecto dominó" describía la pesadilla de la conducción estadounidense: que un régimen de sus partidarios tras otro sería infiltrado por el comunismo. Los Estados Unidos vieron en esto un motivo para defender a Vietnam del Sur, anticomunista, del norte comunista. Un indicio de la erosión que afectaba a los dos bloques fue que, pese a la aseveración (inspirada en la teoría del efecto dominó) de que Berlín sería defendida "junto al Mekong", Washington casi no recibió apoyo de sus aliados. Por eso, hacia fines de los años sesenta el gobierno estadounidense apostó a una multipolaridad orientada según el sistema de potencias del siglo XIX en lugar del sistema bipolar y se esforzó por encontrar en China un contrapeso a la URSS.

La formación de bloques repercutió en los demás planos de la organización política. El área de influencia soviética era en primer lugar una zona de seguridad militar. Aquí, poco a poco se fue

imponiendo en todos los ámbitos el sistema estalinista de la sociedad y la economía. Entre Moscú y sus aliados se desarrolló un vínculo hegemónico tradicional que reflejaba los déficits de la URSS en tanto "superpotencia incompleta", sólo apta para la competencia militar.[128] China y Yugoslavia tenían un papel especial, por haberse separado de la alianza con la URSS pero perseverar en el comunismo. Mientras Yugoslavia mantenía contactos con todo el mundo, China en los años sesenta se aisló en gran medida del exterior.

Del lado occidental, las consecuencias de la formación de bloques eran mucho más complejas, porque los Estados Unidos no querían conformarse con la instalación de una zona de seguridad. Perseguían el triple objetivo de poner coto al comunismo, asegurar e institucionalizar una economía mundial abierta y capitalista y pacificar Europa occidental, es decir, integrar a Alemania (occidental). El único recurso imaginable para este fin era la coordinación de Estados-nación políticamente estables y con una economía próspera. Este programa amplio, visto en perspectiva global, tuvo un efecto desintegrador, porque ubicaba la reorganización interna de "Occidente" por encima del compromiso con la URSS y promovía así la formación de bloques; pero a la vez desencadenaba un impulso de integración regional al interior del bloque occidental.[129] Sólo el área de la defensa fue organizada de manera hegemónica bajo el mando estadounidense. Por lo demás, se desarrolló un multilateralismo asociativo en el cual los Estados nacionales conservaban un importante margen de acción, algo muy notorio en el proceso de integración europea promovido por los Estados Unidos pero organizado por los europeos. Con la Comunidad del Carbón y del Acero (1952) y la Comunidad Económica Europea (1957), por el traspaso de áreas parciales de soberanía nacional a órganos supranacionales, surgió una forma de organización política nueva, en constante desarrollo, a medio camino entre la federación de Estados y el Estado federado.[130] Dentro del marco del Consejo Europeo, los derechos fundamentales y humanos podían ser materia de juicio por primera vez ante un tribunal supranacional. Además, los Estados del bloque occidental formaban parte de numerosas organizaciones que, sobre todo, se proponían objetivos económicos, institucionalizaban la cooperación y restringían la autonomía de hecho de los gobiernos nacionales,

aunque no su soberanía jurídica.

Este multilateralismo y en particular la integración europea han sido descriptos como procesos de limitación del poder de los Estados nacionales, y muchos de los precursores de la idea europea veían la fusión de los países en los "Estados Unidos de Europa" como meta de la integración. Pero la unificación europea también era un proyecto emprendido por los Estados nacionales europeos en su propio interés. Es posible que la cooperación económica y política en el marco de las estructuras europeas fuera incluso el requisito para la subsistencia del modelo del Estado-nación.[131] El nuevo Estado nacional europeo en su "fase madura" se basaba en un amplio consenso en torno a que 1) la teoría pura del liberalismo económico había caído en descrédito durante la crisis económica y las ambiciones del nacionalismo imperialista habían fracasado definitivamente en la Segunda Guerra Mundial, y que 2) "Occidente" debía mantenerse unido frente a la amenaza del "Imperio Soviético". Los miedos de ese entonces y las experiencias históricas hicieron posible que se llegara a acuerdos intra- e interestatales, que convertían al reforzado Estado-nación europeo en un foro de mediación entre las exigencias de estabilidad al interior de la sociedad y de inserción internacional. Sólo sobre esa base fue posible que surgieran los numerosos entrelazamientos económicos y políticos multilaterales de posguerra que dan pie a que los teóricos hablen de una "política postinternacional".[132]

El Estado nacional europeo también fue un Estado postimperial. Los imperios coloniales de las potencias vencedoras no sobrevivieron mucho tiempo el fin de la guerra. Ya en 1947, Gran Bretaña soltó la mano de la India y Paquistán para que alcanzaran su independencia, después de que había quedado claro que sus recursos, sobreexigidos sin duda por la guerra, no bastaban para disputar la categoría de gran potencia y Estado de bienestar, pero además la seguridad militar del dominio en Asia. Birmania y Ceilán les siguieron al poco tiempo, y también los Países Bajos renunciaron a su imperio colonial en Indochina. Con la agudización de la Guerra Fría, los Estados Unidos, que hasta entonces habían rechazado el colonialismo, comenzaron a evaluar que el dominio colonial europeo servía de bastión contra el comunismo, y los mercados coloniales eran centrales para la estabilización económica de los

aliados europeos. Por ese motivo apoyaron la guerra de los franceses en Indochina contra el movimiento independentista local de orientación nacional-comunista. Esta estrategia fracasó con la derrota francesa en 1954 en Dien Bien Phu y la consiguiente la división de Vietnam, más la retirada de los franceses de Asia. El orden imperial y el de la Guerra Fría sólo coincidieron durante un breve lapso. En 1956, los Estados Unidos y la URSS dieron fin de forma conjunta a la intervención franco-británico-israelí contra Egipto, que insistía en su derecho a la independencia y a asumir un papel líder en la región. Los Estados Unidos querían evitar que sus aliados derrocharan los recursos necesarios en Europa para la defensa en guerras coloniales y que empujaran a los movimientos de liberación en todo el mundo a los brazos del comunismo. Apoyaron la descolonización y otorgaron ayuda económica a aquellos países nuevos que se ubicaban en el lugar "correcto". En la estela de la Crisis de Suez y de la Guerra de Argelia (1954-1962), las perspectivas de éxito de los movimientos independentistas en las colonias habían mejorado notoriamente. A comienzos de los años sesenta, los imperios coloniales se derrumbaron rápidamente; sólo unos pocos restos quedaron en pie.

La retirada de los dominadores coloniales no implicó el retorno al statu quo ante de las instituciones políticas, modalidades económicas y los patrones culturales, sino que llevó al surgimiento de Estados nacionales integrados en la economía y la política mundiales: en 1950 había 81 países en el planeta, en 1960 eran 90 y en 1970 ya 134.[133] La mayor parte de estos países nuevos no contaba con los requisitos para poder cumplir de hecho el papel del Estado nacional soberano y esta fue una de las razones para que se expandiera con gran velocidad, bajo las condiciones de descolonización y Guerra Fría, una cuestionable innovación política del siglo XX: la dictadura militar. Los nuevos Estados tenían una serie de intereses en común, ante todo la superación del "subdesarrollo" y el intento de no quedar subsumidos en los bloques de las potencias de la política mundial. Esto se manifestó en el movimiento de los Estados no alineados, en el esfuerzo por una solidaridad afroasiática y en la exigencia de ayuda para el desarrollo y un orden del mundo más justo. Pero el "Tercer Mundo" también estaba escindido en antagonismos de intereses; a la vez, la amarga experiencia de que de ninguna manera la soberanía política

implicaba una autonomía real y, en especial, que persistía la dependencia económica del "Primer Mundo" fortaleció la tendencia a una política que resaltara la autarquía y la soberanía. El Tercer Mundo no se convirtió en un espacio de enlazamiento y cooperación política supranacional.

Los países no europeos pudieron hacer valer su voz principalmente dentro del marco de la ONU, donde pronto conformaron la mayoría. La ONU había sido fundada en San Francisco por cincuenta países como organización sucesora de la Liga de las Naciones.[134] El objetivo original era que se convirtiera en la instancia central de un orden de posguerra parcialmente legalizado y organizado en conjunto por las grandes potencias. La formación de bloques lo hizo fracasar. A causa de la política de boicot de la URSS, la ONU llegó a ser, por etapas, un foro occidental casi de manera exclusiva. A finales de los años cincuenta, los Estados del "Sur Global" lograron que la lucha contra el colonialismo y el subdesarrollo se convirtiera en un tema central de los debates de la ONU y así alcanzara la conciencia de la esfera pública mundial. Las tomas de posición de las asambleas generales de ese organismo incidieron en gran medida para hacer caer en descrédito el dominio colonial de Francia en Argelia… incluso frente a los aliados de Francia.[135]

La ONU institucionalizó principios como el concepto de autodeterminación y soberanía de las naciones y la idea de derechos fundamentales y humanos inalienables. Estos principios –en potencia contradictorios entre sí– estaban a disposición como recursos argumentativos a escala mundial. Cada vez más se establecía en el marco de la ONU qué implicaba la soberanía del Estado nacional en materia de derechos y obligaciones; bajo las condiciones de la formación de bloques, la definición de tales derechos y obligaciones, sin embargo, era un medio de propaganda y su respeto se medía siempre con dos escalas diferentes.

Las solidaridades políticas transnacionales siguieron siendo importantes después de la Segunda Guerra Mundial. Los elementos en común dentro de los bloques de la Guerra Fría, la lucha por la libertad anticolonial y por último los movimientos de protesta a fines de los años sesenta contribuyeron a que surgieran espacios políticos que trascendieron el marco de la nación, a que la "política

interna" de los Estados nacionales fuera determinada cada vez más por temas y coyunturas supranacionales y a que los intereses políticos se homogeneizaran a escala mundial. Mientras el ambiente intelectual anticomunista transnacional de finales de los años cincuenta y la solidaridad en el movimiento anticolonial aún eran fenómenos de élite en un espacio discursivo supranacional, los movimientos de protesta (en especial, estudiantiles) de los años sesenta ampliaron en gran medida la base social de la politización transnacional. También aquí se hace patente la relación particularmente estrecha durante la Guerra Fría entre las transformaciones internacionales y las que se produjeron en el seno de las sociedades. Pero los intereses del movimiento de protesta sólo se vuelven comprensibles cuando se consideran a la par de las transformaciones económicas y socioculturales de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Instituciones de la economía mundial

Entre 1948 y 1958 la economía mundial creció en promedio un 5,1% anual; entre los años 1958 y 1970, incluso un 6,6%. A la vez, el comercio mundial aumentó a mayor velocidad que la producción (algo que no sucedía desde 1914); el 6,2% y el 8,3% son los valores promedio correspondientes.[136] En muchos aspectos, el "gran boom" fue también un impulso globalizador porque intensificó movimientos intercontinentales de capital, bienes y personas y estuvo estrechamente vinculado con el encuadre institucional de la economía mundial.

Los Aliados de la guerra imaginaban que el orden político mundial de la ONU se correspondería con un nuevo orden económico mundial. En 1944, en la Conferencia de Bretton Woods, acordaron los lineamientos básicos de un marco jurídico e institucional para una economía mundial libre, que tenía entre sus principales objetivos impedir que –como en los tiempos de entreguerras– los problemas económicos fueran combatidos en primera instancia de manera unilateral restringiendo el tránsito de mercancías y capital; por ende, debía procurar que la cooperación internacional en esas áreas siguiera siendo conciliable con una política que apuntara al pleno empleo. Para ese fin se crearon instituciones que hasta nuestros días dan forma a la globalización económica: el Banco Mundial (en realidad: Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, BIRF) debía ofrecer créditos para la reconstrucción y la modernización económica a largo plazo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) debía crear un sistema de tipos de cambio fijos y ayudar a los países miembro para que pudieran superar problemas de su balanza de pagos a corto plazo, y el General Agreement on Tariffs and Trade (GATT) debía ofrecer un foro para las negociaciones en torno a disminuciones generales de aranceles. Los Estados Unidos, a diferencia de lo que sucedió después de la Primera Guerra Mundial, les condonaron las deudas a sus aliados, pero esperando a cambio que los sistemas proteccionistas erigidos

en los años treinta, en especial los aranceles imperiales británicos, fueran abandonados en pos de un comercio mundial libre.

La planificación económica de posguerra fracasó aún más rápido que la política. De todos modos, en Occidente (es decir, en América del Norte y Europa occidental, Japón y Australia) surgió un nuevo espacio de multilateralidad económica. Se destacan por su interés los siguientes factores:

Una vez más, el desorden económico de Europa, producto de la guerra, y la posición predominante de los Estados Unidos impidieron que se instalara una nueva división del trabajo en el plano de la economía mundial. En el contexto de la confrontación creciente con Moscú, Washington decidió en 1947 asumir los costos de un programa de reconstrucción de gran envergadura, aunque resultara mucho más oneroso de lo presupuestado inicialmente y significara revertir los principios de Bretton Woods. El Plan Marshall resultante ayudó a los europeos a financiar la reconstrucción y el consumo, lo cual tuvo efecto estabilizador en lo social, y (quizás aún más importante) los obligó a cooperar entre sí. [137] También los “pueblos libres” de otros lugares del mundo obtuvieron ayuda de los Estados Unidos.

A pesar de que las instituciones de Bretton Woods nunca funcionaron en sentido estricto tal como habían sido planeadas, los principios que allí se aceptaron constituyeron el punto de referencia de la acción en política económica y el fundamento de un intercambio económico cada vez más vital en “Occidente”. La aproximación a estos principios, sin embargo, se dio de manera escalonada e incompleta. La convertibilidad cambiaria y la liberalización del comercio se desaceleraron siempre que países puntuales lo consideraron necesario por motivos de estabilidad de su política interior y la libertad de organización de su política económica. En muchos casos, como sucedió con la Unión Europea de Pagos o la Comunidad Económica Europea (CEE), una liberalización parcial a pequeña escala sustituyó la implementación

estricta de los principios de Bretton Woods. De esta manera, el alcance y la intensidad de las relaciones comerciales y de capital quedaron rezagados incluso respecto del nivel de 191 Por ejemplo, en las áreas comprendidas por la política agraria proteccionista de la CEE no surgieron estructuras de división del trabajo en el plano de la economía mundial.

Bajo las condiciones de la Guerra Fría, las élites políticas de Occidente se consideraban interdependientes; la inserción en el sistema dominado por los Estados Unidos no se cuestionaba, tampoco la disposición de estos a llegar a acuerdos. Algo similar ocurría con la política interior de cada país, donde las demandas de política distributiva eran más fáciles de satisfacer en un contexto de "competencia de los sistemas". En términos generales, esto aumentó la aceptación de los acuerdos de economía mundial existentes, al menos para la Europa que prosperaba. Pero también el sistema de Bretton Woods tenía su periferia integrada con mayor o menor violencia: las autocracias, en parte establecidas por intervención militar, y las dictaduras militares en América Latina y Asia.

Por último, fue fundamental el talante optimista generalizado de una época en que la mera reconstrucción pronto dio paso a un crecimiento hasta entonces desconocido. La balanza comercial y de pagos de los Estados Unidos, que por primera vez desde hacía mucho tiempo volvió a ser negativa a fines de los años cincuenta, es señal de la recuperación de los europeos y también de la normalización de la economía mundial. Además, ese crecimiento legitimó el orden económico internacional. Entre tanto, las fuerzas del crecimiento –desde el Plan Marshall pasando por la transferencia creciente de comercio y tecnología hasta los mecanismos de compensación de pagos– provenían en gran medida de la economía mundial.

Ahora bien, el dinamismo –deliberado– de la nueva puesta en red de la economía mundial (junto con la participación onerosa de los

Estados Unidos en la política mundial) pronto trajo aparejado el fracaso del sistema de Bretton Woods. Desde el momento en que, en 1961, con la libre convertibilidad de las monedas principales se había concretado uno de los factores centrales del orden de Bretton Woods, el dólar estadounidense comenzó a estar bajo presión: su valor sólo podía mantenerse con una serie de medidas de urgencia como controles de capital, intervenciones de los bancos centrales europeos y restricciones comerciales. Al planteársele la disyuntiva entre limitar el gasto o renunciar a defender la cotización del dólar, en 1971 el gobierno de Nixon optó por esto último y desacopló al dólar del oro. Las paridades cambiarias se establecieron en negociaciones internacionales, pero poco después se liberaron por completo.

Los principios básicos de Bretton Woods eran

tipos de cambio fijos,

libre tránsito de mercancías y capital, y

libertad de acción en la política económica nacional.

En el fondo, los tres no eran compatibles entre sí. El sistema fracasó en última instancia por sus contradicciones internas. El hecho de que saltaran a la vista se debió a “agujeros en el sistema” que habilitaron una globalización por fuera de los canales institucionalizados por los Estados, en particular, al mercado del oro privado, donde se especulaba en contra del dólar, y a lo que se conocía como el mercado del eurodólar. Se trataba de dólares ganados en negocios fuera de los Estados Unidos que eran depositados en bancos europeos (por lo general, londinenses) que a su vez los cedían en préstamo. Este capital se sustraía a los

esfuerzos que hacían los Estados para controlar intereses, masas de dinero y volumen de tránsito de capital; aquí se encuentran los orígenes de los mercados de capital desregulados de la actualidad.

En cuanto a los demás canales de la puesta en red de la economía mundial, la mayoría quedó sometida a una estricta regulación estatal. La comparación más cercana con el desarrollo de los mercados de capital es la navegación, que en los países con bandera de conveniencia –pese al carácter tanto más tangible del negocio– encontró una base de operaciones para la actividad a escala mundial con un nivel similar de desregulación. Por lo demás, la navegación fue sólo una parte de los sistemas de tierra y mar en integración creciente, cuya eficacia aumentaba gracias a innovaciones como oleoductos y contenedores, aunque también implicaba un arraigo territorial. La reglamentación estatal se hizo mucho más evidente en la aeronáutica, que en los años cincuenta y en especial después de que entraran en servicio los primeros aviones de reacción comercialmente exitosos (1958: Boeing 707), experimentó un auge veloz. El viaje aéreo transcontinental fue adquiriendo carácter cotidiano y surgió un sistema global de aeropuertos y servicios de navegación aérea. Pero las compañías aéreas –en su mayoría hasta la actualidad– no eran emprendimientos llevados adelante según los principios de la economía de mercado, sino que en muchos casos se trataba de proyectos de prestigio nacional con elevadas subvenciones que operaban en mercados cautivos. La influencia del Estado es igual de evidente en el área de la infraestructura de correos y telecomunicaciones, donde hasta entrada la década de 1990 las empresas estatales gozaban de una posición cuasi monopólica.

Incluso en la actividad de los consorcios multinacionales se refleja el poder constitutivo de los Estados. Entre las organizaciones que trascienden las fronteras nacionales, las empresas privadas son consideradas las de mayor éxito y estabilidad.[138] La constitución de la economía mundial en el siglo XIX fue en esencia resultado de la actividad económica privada. Ya entonces habían surgido los primeros consorcios multinacionales donde la producción estaba integrada en sentido vertical, es decir, desde la obtención de materias primas hasta la comercialización de los productos finales. Había también un segundo tipo de consorcios multinacionales que

se remontaba al proteccionismo de la década de 1880: para poder saltearse barreras arancelarias y producir directamente en los mercados protegidos, las empresas fundaron plantas filiales en el extranjero que, a modo de copias reducidas de la empresa matriz, aprovechaban su know-how tecnológico y organizativo. Era comprensible que este tipo de actividad empresaria internacional floreciera en el clima de la fragmentación económica de entreguerras, pero también después de 1945 siguió siendo dominante. Lo que estimuló a las empresas estadounidenses a construir plantas productivas en Europa fue, al principio, el hecho de que los europeos primero no pudieran afrontar importaciones pagaderas en dólares, y más tarde, los aranceles externos del "Mercado Común". Sólo a finales de los años sesenta, también empresas europeas y japonesas desarrollaron estructuras comparables. La actividad de los consorcios multinacionales, por ende, llevaba la impronta de las reglamentaciones aduaneras y de transferencia. A la vez, esos consorcios multinacionales podían ganar un considerable margen de maniobra por medio de la internalización de flujos de mercancías y monetarios, y las ganancias de los consorcios multinacionales estadounidenses en el exterior fueron el origen de los mercados del eurodólar.[139] Por supuesto, los consorcios multinacionales también ejercían influencia directa sobre decisiones políticas en países más pequeños y más pobres, cuya producción económica total era inferior a la de grandes consorcios. Los consorcios multinacionales de la actualidad, que organizan redes de producción globales que distribuyen los distintos pasos productivos en los lugares más convenientes en términos de costos son, sin embargo, un producto de la liberalización de los mercados de mercancías y capitales a partir de los años setenta.

La navegación, el comercio, las telecomunicaciones, la aeronáutica y la actividad de los consorcios internacionales establecieron redes globales que trascendían el mundo de Bretton Woods e incluían el Tercer Mundo y el campo de influencia soviética, pero por cierto no a China, que seguía un curso de extrema autarquía económica, política y cultural. De todas maneras, la intensidad de los entramados económicos entre el "Segundo Mundo" del comunismo y el "Tercero" de los países poscoloniales era menor en términos comparativos. Integrados con plenitud en la economía mundial

estaban principalmente los países petroleros de Medio y Cercano Oriente. Su participación en la producción de petróleo a escala mundial crecía a medida que, por el ocaso del carbón y el auge del automóvil, el petróleo se volvía un recurso indispensable para el mundo desarrollado.[140] Por lo demás, fuera de "Occidente" predominaba una política económica que tomaba como referencia el modelo soviético de entreguerras, la rápida industrialización bajo las condiciones de una economía centralizada y una vinculación sólo muy selectiva a la economía mundial. En el mundo comunista, fusionada su economía en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (Comecon) hasta mediados de los años sesenta, cuando se introdujo el "rublo transferible" y un banco de pagos internacionales, no se fue más allá del intercambio comercial puramente bilateral. El intento de armonizar entre sí los planes económicos en el marco del Comecon y organizar una división del trabajo entre las economías nacionales fracasó a mediados de la década de 1950 por la resistencia de varios países que no aceptaban que se les impusiera una especialización económica.

También los países del Tercer Mundo, en su mayoría, se atuvieron a una estrategia de industrialización mediante el desacoplamiento de una economía mundial a la que se adjudicaba la responsabilidad por el subdesarrollo. Se veía al mercado mundial como sinónimo de incalculables oscilaciones de la demanda, competencia asfixiante y dependencia financiera. Se suponía que la industrialización dirigida centralmente por la concentración de recursos a industrias clave y "sustitución de importaciones" (es decir, el desplazamiento de importaciones por producción local) traería un rápido desarrollo; la prohibición de enlazamientos supranacionales desregulados era esencial para alcanzar ese fin. También en este marco se encuadraba la ayuda para el desarrollo desembolsada desde los años cincuenta: es uno de los compromisos de la Guerra Fría. Mientras la industrialización que sustituía importaciones en América Latina y en la India después de un éxito inicial llegaba a los límites de los mercados internos estrechos y la rigidez de la política clientelar o burocrática, la variante de Asia oriental podía exhibir éxitos mayores. Aquí se tomaba como referencia un concepto de casi un siglo y medio de antigüedad, el de "aranceles educativos" acuñado por Friedrich List, y de manera sistemática se atraía industrias aptas para el mercado mundial que enseguida eran impulsadas a exportar.

[141] Se trataba de una imitación de Japón, que a fines de los años sesenta logró ascender definitivamente a potencia industrial de primer nivel. Ligeros indicios de un desarrollo comparable en Taiwán y Corea del Sur, Hong Kong y Singapur ya podían reconocerse en esa época. Sólo aquí se logró trasladar el crecimiento económico también a un crecimiento estable del ingreso per cápita. En otros lugares del Tercer Mundo, el crecimiento poblacional engulló sin más el crecimiento económico.

¿Globalización sociocultural?

En las teorías de la sociedad de los años cincuenta se impuso la imagen de un mundo que en el proceso de modernización se iba integrando y homogeneizando visiblemente. Se distinguían comunidades tradicionales, no industriales, de sociedades modernas, industrializadas, con diferenciaciones complejas en su interior, y se postulaba un sendero normal del desarrollo social que llevaba de un estado al otro y así en última instancia a una modernidad a escala mundial. Sociedades pobres, no industrializadas, eran descriptas entonces como "países en desarrollo", que aún debían recorrer algunas etapas en el sendero indicado para llegar a la meta del Estado nacional e industrializado. En las sociedades desarrolladas, el crecimiento económico, la burocratización y una organización social cada vez más compleja parecían ser tendencias que se imponían con independencia de las ideologías y los sistemas sociales concretos, razón por la cual pronto se anunciaron el "fin de las ideologías" y la convergencia de los sistemas.[142]

El desarrollo social de la década de 1950, sin embargo, llevó la impronta de la disgregación antes que la de la globalización. El resultado de los desplazamientos demográficos de posguerra fue un proceso de separación y homogeneización étnica, tanto en Europa central como en Israel o la India británica, de la que se escindió el Paquistán islámico en una independencia precipitada. En Europa, las sociedades eran más homogéneas entonces que nunca antes en la Edad Moderna.[143] La vastedad del mundo estaba presente en la vida cotidiana, sobre todo en forma de temores geoestratégicos a "los rusos" o a una guerra nuclear; para viajes al exterior no había dinero suficiente; los pequeños percances de la vida cotidiana determinaban el horizonte de la mayoría de las personas. El desarrollo del consumo y los medios masivos sólo introdujo cambios lentos en esta situación. Es cierto que desde el comienzo el despliegue de la sociedad de consumo en la Europa de los años

cincuenta fue descripto como una aclimatación al American way cultural y, en efecto, bienestar significaba en un principio haber adquirido los bienes de consumo ya usuales en los Estados Unidos, como automóvil, heladera y televisor, pero no dejó de ser compatible con una actitud distante hacia la norteamericanización social, y tampoco puede decirse que los programas televisivos europeos de los años cincuenta tuvieran una orientación estadounidense.[144] En primer lugar, el consumo y los medios masivos surtieron un efecto integrador a escala nacional, pese al evidente papel precursor y la función ejemplar de los Estados Unidos. Sólo en ambientes acotados era usual el consumo demostrativo de los productos de la industria del entretenimiento estadounidense –en primer lugar, del jazz, luego de determinadas películas y por último del rock and roll– con el objetivo de distanciarse de las normas establecidas y afirmar identidades subculturales.[145]

A partir de los años sesenta se registró una serie de tendencias globalizadoras socioculturales vinculadas entre sí. En primer lugar, aumentó la frecuencia de los encuentros personales entre individuos de distintos continentes. El milagro económico europeo llevó primero al pleno empleo y después a la contratación de mano de obra extranjera. Durante la disolución de los imperios coloniales muchas personas emigraron de las colonias a la “madre patria” respectiva, una inversión de los flujos migratorios que habían partido durante siglos de Europa. Grandes ciudades europeas se convirtieron en metrópolis multiculturales en relación más estrecha con su entorno, los países de origen de los inmigrantes y los centros de la economía mundial que con el territorio nacional donde estaban situadas.[146] En otras partes del mundo surgieron megalópolis similares; sólo en el mundo comunista las eficientes restricciones a la libertad de movimiento y el desacople de la economía mundial limitaron las experiencias de globalización.

Era cada vez más usual que los europeos, cada vez más adinerados, pasaran sus vacaciones en países extranjeros cercanos y pronto empezaran a viajar en vuelos chárter a paraísos turísticos más lejanos. El potencial de los paquetes vacacionales como foro del encuentro entre culturas era limitado, pero a la vez la industria del turismo integraba una serie de regiones a la economía mundial. En

torno a las regiones industrializadas del planeta se desarrollaron "periferias de la diversión", donde enseguida los puestos de trabajo y la recaudación fiscal comenzaron a depender de los flujos turísticos. Su conservación se tornó criterio central de la orientación en política exterior y también determinó el hábito social de las mecas vacacionales que adoptaban la apariencia de mundos idílicos apartados de la modernidad; en muchos casos se recreaba un color local que se presumía tradicional tomando como referencia el gusto –conjetural– de los huéspedes.[147]

La globalización de la producción, del consumo y los medios masivos era el objetivo explícito de los proyectos de futuro inspirados en la teoría de la modernización, y el crecimiento era el denominador común de los grandes proyectos sociales en Occidente, en Oriente y en el Tercer Mundo. A diferencia de la industrialización, la homogeneización global de los deseos de consumo y las referencias culturales, orientados según los estándares de la civilización industrial, avanzó con gran velocidad en los años sesenta. El papel precursor, poco sorprendente si se considera el liderazgo económico de los Estados Unidos en la posguerra, era de productos estadounidenses comercializados a escala mundial: la Coca-Cola se convirtió en marca mundial en la Segunda Guerra Mundial (aunque McDonald's está presente fuera de América del Norte sólo desde 1971).[148] La televisión y el cine, la publicidad y los contactos con parientes de las metrópolis occidentales contribuyeron a que los bienes de consumo occidentales, o los productos locales que adoptaban formas occidentales (sandalias de plástico, jeans y remeras), alcanzaran una presencia cotidiana banalizada. Pero que esto ya constituyera una occidentalización o que incluso otorgara una impronta estadounidense al planeta es cuestionable por dos motivos.

Si bien con las empresas multinacionales de los Estados Unidos llegaron productos y concepciones del gusto nuevos a Europa, América Latina y Asia, es evidente que no sucedió lo mismo con los métodos de organización empresarial y mucho menos con instituciones de la economía nacional; de hecho, incluso respecto de

Occidente se sigue hablando de numerosas “variantes del capitalismo” nacionales y regionales.[149]

La occidentalización superficial de la cultura mundial sólo podía suceder allí donde la apropiación creativa y la adaptación al contexto de uso local de lo importado prometía una ventaja social, cultural o económica a los importadores. Por lo demás, el conflicto entre lo “propio” y lo “ajeno”, proveniente de otras civilizaciones, siempre fue un conflicto entre lo “viejo” y lo “nuevo” en el seno de las civilizaciones. De ahí que no sólo la atracción de turistas, sino también el fortalecimiento de las características propias frente a la modernidad homogeneizadora fueran punto de partida para la acentuación o incluso la invención de tradiciones.

Los beneficios de la modernidad global, entonces, no estuvieron exentos de oposición. Allí donde se concretaron (como en el Occidente industrializado) dieron lugar a reclamos por mayor emancipación y por un modo de vida posmaterial: al “movimiento del 68”. En los lugares como el Segundo Mundo comunista, donde la industrialización se organizó en Estados coercitivos, se articuló el reclamo de libertades como en la “Primavera de Praga”. Por último, en el Tercer Mundo muchas veces parecía necesario encontrar una alternativa fundamental al paradigma de un progreso evidentemente inalcanzable con recetas del Occidente capitalista o soviéticas. Si bien los movimientos de protesta de los años sesenta tuvieron numerosos intereses sólo comprensibles a escala local, se veían a sí mismos como una reacción a la homogeneización del mundo bajo el signo del consumo y el crecimiento, que se imponía recurriendo cada vez más a la represión estatal.[150] La Guerra de Vietnam (a partir de 1965 intervinieron tropas terrestres estadounidenses) ayudó a reunir reclamos difusos y localizados y poner en contacto diversos movimientos:

La guerra les ofreció a los movimientos de liberación en todo el

mundo no sólo un enemigo común bajo la forma de “imperialismo yanqui y capitalismo”, sino también nuevos modelos: la revolución cultural de Mao Zedong y el activismo del Che Guevara eran montajes revolucionarios alternativos que parecían arreglárselas sin burocracia autoritaria y sin los impactos corruptores de la sociedad de consumo. Así, por un momento la dirección de la exportación de ideas políticas de Europa hacia otros continentes, que había sido estable durante siglos, se invirtió: China, que se había aislado casi por completo y casi no fue alcanzada por las corrientes socioculturales de los años sesenta, ejerció una considerable influencia sobre los programas políticos en el resto del mundo.[151] Sin embargo, en esta transferencia cultural tampoco debe ignorarse la instancia de la apropiación creativa hasta el extremo de la absoluta incomprensión.

Debido a la enorme cobertura televisiva, la Guerra de Vietnam se desarrolló ante los ojos de la esfera pública mundial. Fue visible de otro modo que las guerras anteriores, y fue visible en todos lados con el mismo cariz. El especialista canadiense en medios Marshall McLuhan diagnosticó que el mundo se había convertido en una aldea global con un único horizonte común.

Pese a que el efecto desmoralizador de las imágenes televisivas para la esfera pública estadounidense fue sobrestimado, resulta evidente que en la época del milagro económico un medio del mainstream como la televisión, que estaba bajo control del “poder consolidado”, podía tener también un efecto subversivo. Por lo demás, la música de entretenimiento de inspiración estadounidense estaba disponible como forma de expresión simbólica de la protesta contra la política del “establishment” estadounidense a escala mundial (y no en última instancia en los Estados Unidos), en especial cuando era reimportada del Reino Unido. En los años sesenta la canción pop se convirtió en una forma de expresión consagrada de manera global, en un bien de consumo comercializado también a escala global y en un medio de protesta contra la sociedad de mercado.

También es un resultado de la cultura de protesta de los años sesenta que la influencia de la humanidad sobre la Tierra en tanto espacio vital se haya convertido en una cuestión política. La población mundial trepó de 2.500.000.000 en el año 1950 a 4.000.000.000 en 1975. En ese entonces el crecimiento y la explosión demográfica condicionaban por primera vez una transformación de la Tierra por la actividad humana, perceptible a escala global; recién a partir del siglo XX, la influencia de los seres humanos sobre la atmósfera terrestre pasó a ser mayor que la de los microbios.[152] Los daños ambientales durante largo tiempo fueron fenómenos ocasionados en la esfera local y sólo percibidos también a escala local. El hecho de que las emisiones fabriles británicas llegaban hasta Escandinavia ya era conocido en la década de 1860, pero sólo un siglo más tarde el problema pasó a ser tema de la política. El clima mundial se comenzó a discutir en la década de 1970 como fenómeno global. Además de la vulnerabilidad del ambiente natural, también se tematizó por primera vez a gran escala en términos políticos la finitud de los recursos disponibles en la Tierra para la producción y el consumo. El Día de la Tierra de 1970, cuando veinte millones de estadounidenses se manifestaron contra la sobreexplotación de la naturaleza, y el informe del Club de Roma de 1972[153] marcaron un cambio de conciencia significativo. Entre las posibles consecuencias globales del obrar humano ya no se contaba sólo la repentina extinción de la Tierra por una guerra nuclear, sino también su destrucción sigilosa por sobreexplotación y contaminación ambiental.

[126] W. Loth, Die Teilung der Welt. Geschichte des Kalten Krieges 1941-1955, Múnich, 2000.

[127] Véase M. Trachtenberg, A Constructed Peace. The Making of the European Settlement 1945-1963, Princeton, 1999.

[128] Véanse A. Doering-Manteuffel, “Internationale Geschichte als Systemgeschichte. Strukturen und Handlungsmuster im europäischen Staatensystem des 19. und 20. Jahrhunderts”, en W. Loth y J. Osterhammel (comps.), Internationale Geschichte.

Themen, Ergebnisse, Aussichten, Múnich, 2000, pp. 93-115; O. A. Westad y otros (comps.), The Soviet Union in Eastern Europe, 1945-1989, Basingstoke, 1994; Paul Dibb, The Soviet Union. The Incomplete Superpower, Urbana, 1986.

[129] Clark, Globalization and Fragmentation, ob. cit., pp. 137-140.

[130] G. Lundestad, "Empire" by Integration. The United States and European Integration, 1945-1997, Óxford, 1998.

[131] Véanse A. S. Milward, The European Rescue of the Nation State, Berkeley, 1992; W. Loth, Der Weg nach Europa. Geschichte der europäischen Integration 1939-1957, Gotinga, 2a ed., 1991.

[132] Véase J. N. Rosenau, Turbulence in World Politics. A Theory of Change and Continuity, Londres, 1990.

[133] Held y otros, Global Transformations. Politics, Economics and Culture, Cambridge, 1999, p. 54 [ed. cast.: Transformaciones globales. Política, economía y cultura, México, Universidad Iberoamericana, 2002].

[134] Véase P. J. Opitz, Die Vereinten Nationen. Geschichte, Struktur, Perspektiven, Múnich, 2002.

[135] M. Connelly, A Diplomatic Revolution. Algeria's Fight for Independence and the Origins of the post-Cold War Era, Óxford, 2002.

[136] Lewis, Growth and Fluctuations, ob. cit., p. 69.

[137] M. J. Hogan, The Marshall Plan. America, Britain, and the Reconstruction of Western Europe, 1947-1952, Cambridge (Reino Unido), 1987; H. Berger y A. Ritschl, "Die Rekonstruktion der Arbeitsteilung in Europa. Eine neue Sicht des Marshallplans in Deutschland", Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte 45 (1995), pp. 473-519.

[138] G. Jones, "Business Enterprises and Global Worlds", Enterprise & Society 3 (2002), pp. 581-605.

[139] Dunning, Multinational Enterprises, ob. cit.; Mira Wilkins,

The Emergence of Multinational Enterprise. American Business Abroad from the Colonial Era to 1914, Cambridge (Massachusetts), 1970; Mira Wilkins, The Maturing of Multinational Enterprise. American Business Abroad from 1914 to 1970, Cambridge (Massachusetts), 1974.

[140] D. Yergin, Der Preis. Die Jagd nach Öl, Geld und Macht, Frankfurt, 1993 [ed. cast.: La historia del petróleo, Barcelona, Plaza & Janés, 1992].

[141] G. Gereffi y D. L. Wyman (comps.), Manufacturing Miracles. Paths of Industrialization in Latin America and East Asia, Princeton (Nueva Jersey), 1990.

[142] D. Bell, The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties, Nueva York, 2ª ed., 1961 [ed. cast.: El fin de las ideologías, Madrid, Ministerio de Trabajo y de Seguridad Social, 1992].

[143] Véanse G. Therborn, European Modernity and Beyond. The Trajectory of European Societies 1945-2000, Londres, 1995, pp. 47-50 [ed. cast.: Europa hacia el siglo veintiuno. Especificidad y futuro de la modernidad europea, México, Siglo XXI, 1999]; N. Naimark, Fires of Hatred. Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe, Cambridge (Massachusetts), 2001.

[144] R. Kroes, If You've Seen One You've Seen the Mall: Europeans and American Mass Culture, Urbana - Chicago, 1996.

[145] Véanse K. Maase, BRAVO Amerika. Erkundungen zur Jugendkultur der Bundesrepublik in den fünfziger Jahren, Hamburgo, 1992; U. G. Poiger, Jazz, Rock and Rebels. Cold War Politics and American Culture in a Divided Germany, Berkeley, 2000.

[146] Véase S. Sassen, Metropolen des Weltmarkts. Die neue Rolle der Global Cities, 2ª ed., Frankfurt, 1997 [ed. cast.: "Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos", Revista de Estudios Urbano Regionales 24 (71), 1998].

[147] Véanse H. Berghoff y B. Korte (comps.), The Making of

Modern Tourism: The Cultural History of the British Experience, 1600-2000, Nueva York, 2002; L. Turner y J. Ash, The Golden Hordes: International Tourism and the Pleasure Periphery, Londres, 1975 [ed. cast.: La horda dorada. El turismo internacional y la periferia del placer, Madrid, Endymión, 1991]; A. G. Hopkins, "Globalization With and Without Empires: From Bali to Labrador", en A. G. Hopkins (comp.), Globalization in World History, pp. 220-242.

[148] J. L. Watson (comp.), Golden Arches East. McDonald's in East Asia, Stanford, 1997, p. 15.

[149] Véanse Abelshauser, "Umbruch und Persistenz", art. cit., pp. 517 y ss.; P. Erker, "'Amerikanisierung' der westdeutschen Wirtschaft? Stand und Perspektiven der Forschung", en K. H. Jarausch y H. Siegrist, Amerikanisierung und Sowjetisierung in Deutschland 1945-1970, Frankfurt, 1997, pp. 137-145; P. A. Hall y D. Soskice (comps.), Varieties of Capitalism. The Institutional Foundations of Comparative Advantage, Óxford, 2001.

[150] Véanse C. Fink, P. Gassert y D. Junker (comps.), 1968. The World Transformed, Cambridge, 1998; W. Kraushaar, 1968 als Mythos, Chiffre und Zäsur, Hamburgo, 2000.

[151] A. Dirlik, "The Third World", en Fink, Gassert y Junker (comps.), 1968, ob. cit., pp. 295-317.

[152] J. R. McNeill, Something New Under the Sun. An Environmental History of the Twentieth-Century World, Nueva York, 2000, p. 51 [ed. cast.: Algo nuevo bajo el sol. Historia medioambiental del mundo en el siglo XX, Madrid, Alianza, 2003].

[153] D. L. Meadows y otros, Die Grenzen des Wachstums. Bericht des Club of Rome zur Lage der Menschheit, Stuttgart, 1972 [ed. cast.: Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad, México, FCE, 1972].

Conclusión

Cerca del cambio de siglo

Las estructuras de la era de posguerra descriptas en el último capítulo cambiaron de forma desde fines de los años sesenta. Con ese cambio comenzó aquella globalización más reciente –o, para muchos, la auténtica– que las ciencias sociales tanto se esfuerzan por describir y explicar. Desde una perspectiva histórica (reciente) hay seis facetas que deben ser consideradas:

El proceso más importante de la política internacional desde los años setenta fue la erosión y el ulterior desmoronamiento de la URSS y del bloque soviético. Esto trajo consigo la desaparición de la estructura de poder global de la Guerra Fría, es decir, del sistema internacional "bipolar", sin que hasta el momento hayan podido reconocerse con nitidez los rasgos fundamentales de nuevas estructuras bajo el signo de un orden mundial que los Estados Unidos reivindican como propio; tampoco las intervenciones en Afganistán y en Irak en 2002/2003 las visibilizaron. Es más certero el diagnóstico de que el multilateralismo "postinternacional" que surgió en Occidente y se volvió efectivo en la política mundial merced al proceso iniciado por la "Conferencia de Helsinki", abarcó a fines del siglo XX todo el planeta: "temas de interdependencia" como derechos humanos, clima mundial o comercio mundial libre cobraron importancia y fueron tratados en el marco de las organizaciones y los "regímenes" internacionales; la cantidad de acuerdos al respecto crece constantemente. También aumenta la cantidad de actores no estatales en la política internacional. Esto incluye a redes mafiosas y terroristas en idéntica medida que a su antípoda moral, es decir, organizaciones tan prestigiosas como Greenpeace o Amnesty Internacional.

También la crisis del Estado de bienestar, que en muchos casos se concebía a la vez como un Estado intervencionista que manejaba la coyuntura, comenzó en los años setenta. Esta crisis suele verse como consecuencia de la globalización, pero es también una causa importante de un nuevo impulso globalizador. La política de liberalización de los mercados, privatización de propiedad estatal y reducción impositiva, que fue implementada por primera vez después de 1979 en Gran Bretaña, creó condiciones primordiales para una globalización económica "espontánea", es decir, para el surgimiento de espacios de interacción global poco regulados por el Estado. Con el derrumbe del socialismo de Estado en la parte oriental de Eurasia y el distanciamiento de la República Popular de China del principio de un seguro general de subsistencia mediante el "cuenco de arroz de hierro" garantizado, desaparecieron sistemas cuasi autárquicos de la organización burocrática de la vida.

A la liberalización del intercambio internacional le siguió una ampliación y concentración de las relaciones comerciales y financieras internacionales. Los mercados financieros se desarrollaron con extraordinaria velocidad después del Big Bang de la desregulación de la City londinense, el centro más importante de las finanzas mundiales, en el año 198 A esto se agregan dos cambios cualitativos: los consorcios multinacionales, presentes en todo el mundo y administrados de manera centralizada, se convierten en emprendimientos transnacionales que son aún más difíciles de situar en términos nacionales y que organizan su producción a escala mundial. Representan una forma jerárquica de la organización (es decir, no sólo reticular y afín al mercado). El segundo cambio cualitativo fue que los países en vías de desarrollo llegaron a ser emergentes. El caso más notorio fue el de los países de Asia oriental conocidos como "Tigres Asiáticos", que llegaron a convertirse en economías industrializadas de nivel tecnológico intermedio, a menudo por su inclusión en las cadenas de producción de los consorcios transnacionales. Junto con el "Segundo Mundo" del comunismo también se disolvió el "Tercer Mundo" de los países en desarrollo al abrirse algunos países materialmente a Occidente y Japón, mientras en muchos otros no se puede hablar siquiera de "desarrollo", de la índole que sea.

Los progresos de las comunicaciones y del procesamiento de datos fueron factores decisivos para el auge de los mercados financieros globales, para el despliegue de organizaciones globales de los consorcios transnacionales y para el ascenso de los “Tigres Asiáticos”, como fabricantes de gran parte de las computadoras y de sus chips. Desde mediados de los años noventa, internet –organizada “sin centro” y de manera estrictamente privada– está disponible para el público general: es más una metáfora que una causa de la integración generada por el procesamiento de datos y por los medios electrónicos.[154] La puesta en red electrónica mundial, sin embargo, no se expandió hasta cubrir toda la superficie del planeta, sino que hizo surgir una nueva “brecha digital” entre quienes están en red y quienes no lo están.

En particular los medios electrónicos crean la popularización del modo de vida interconectado y potencian la reflexión sobre lo global. Bienes y patrones culturales de otros continentes ahora están a disposición para su apropiación creativa o su consumo irreflexivo y son comercializados de manera agresiva. En qué medida ante una norteamericanización cultural, apoyada por el dominio global de la lengua inglesa, pueden hacer de contrapeso transferencias culturales en sentido inverso es una pregunta que aún no tiene respuesta. Si bien actualmente en Occidente la influencia cultural de un polo decisivo como Japón, por ejemplo, no es tan notoria como en la época del japonismo en las artes plásticas en torno a 1880, algunas de las tendencias aceptadas a escala mundial en moda, diseño y teoría provienen de Italia o Francia. En todos los lugares del mundo, sin embargo, la lógica de la explotación comercial de los consorcios transnacionales exige aceptar las particularidades locales de la demanda. En la segunda mitad del siglo XX se difundió ampliamente cierta manera de pensar los hechos en su contexto global. Pero tanto antes como después, sólo sigue determinando la conciencia de algunos grupos “en libre flotación”, en primer lugar, los que pertenecen a las élites de orientación internacional y, en el otro polo del espectro de bienestar, los refugiados económicos forzados a movilizarse. Entre

ambos extremos, sin embargo, se van conformando estados intermedios de manera paulatina, por ejemplo, vínculos transversales entre comunidades religiosas en la diáspora.[155]

La densa integración a escala mundial posibilita y facilita no sólo las transferencias legales, sino también las ilegales, como tráfico de drogas y lavado de dinero, tráfico de personas y nuevas formas de esclavitud. A menudo, las transferencias ilegales son integradas en un lugar importante en la economía global legal: en las metrópolis financieras de Occidente no se concentran sólo especialistas de altos ingresos con biografía global, sino también mujeres inmigrantes ilegales que con sus tareas de cuidado de niños a bajo precio liberan la fuerza de trabajo de padres y madres locales.[156] Por lo general es sólo una cuestión de perspectiva político-ideológica decidir cuáles de estas redes aparecen como resultado de una legislación injustificadamente estricta y cuáles como un mal para la sociedad que debe ser combatido con todos los medios.[157]

¿En camino hacia una era global?

La suma de esos factores constituye un nuevo impulso globalizador. La muy difundida sensación de estar viviendo en la “era de la globalización” tiene buenos fundamentos. Ahora bien, ¿se trata de una nueva época, que se diferencia de todos los períodos anteriores de la historia precisamente por su globalidad novedosa tanto en lo cualitativo como en lo cuantitativo? Si existe un punto de inflexión en que la globalización se vuelve un tema central de la historia y la experiencia, es en fecha temprana: la época moderna con sus descubrimientos, el comercio de esclavos y el “imperialismo ecológico”, no el tardío siglo XX. Un segundo impulso puede determinarse como consecuencia de la industrialización de la producción, el transporte y la comunicación a partir de mediados del siglo XIX. Las tendencias globalizadoras, para la mayor parte de la humanidad, ya dejaron su impronta desde finales del siglo XIX, y después de la Segunda Guerra Mundial se incorporaron al ámbito de experiencia de amplios estratos. Las tendencias globalizadoras del siglo XX enriquecieron el caudal de experiencias de la humanidad, ante todo en los tiempos de las crisis y guerras mundiales y ante la posibilidad de una repentina o sigilosa destrucción del mundo. La densidad de enlazamiento económico de 1913 sólo volvió a alcanzarse en los años setenta; en algunas áreas, 1913 sigue marcando un máximo absoluto.[158] Una de las más cautivantes descripciones del capitalismo global (hoy como ayer) figura en el Manifiesto Comunista redactado en 1848 por Karl Marx y Friedrich Engels.[159] El impulso globalizador de las décadas de 1980 y 1990 se topó con un mundo para el cual la globalidad hacía tiempo que no era nada especial.

Redes supranacionales y fronteras porosas constituyeron la normalidad en términos históricos; en cambio, el Estado nacional europeo del siglo XIX y del temprano siglo XX, que tácitamente suele ser tomado como punto de partida de los diagnósticos de la globalización, fue una excepción que surgió de manera tardía. Rara

vez existieron espacios económicos por completo aislados del mundo exterior por su propia voluntad. Ya en los imperios comerciales (trading empires) de la temprana Edad Moderna se pueden encontrar precursores del modelo de la "empresa en red", actualmente en boga y exitoso, con mercados internacionalizados. Nuestro argumento no es que las circunstancias actuales son comparables con las de los siglos XVII o XVIII, sino que los patrones que supuestamente deben considerarse característicos de una era actual de la globalidad ya existían en etapas anteriores.

Los diagnósticos más extravagantes de algunos teóricos de la globalización carecen casi por completo de fundamentos empíricos también para el presente; en muchos casos se trata de augurios o utopías, tanto positivos como negativos.

La Tierra es un único ámbito de acción acotado cuya finitud circunscribe a la humanidad. Pero este ámbito de acción no está aún colmado de estructuras sociales globales, sino, como antes, de redes de interacción múltiples que se solapan, cuyo funcionamiento queda más velado que iluminado si se lo subsume en una "globalización" universal. El Atlántico septentrional y occidental más Japón es una zona de interacción especialmente densa –como ya sucedía un siglo atrás–; el Pacífico, refrenado por la gran crisis económica asiática desde 1997, va camino a convertirse en una zona de igual índole. Enclaves globalizados existen también por fuera de Occidente: en el delta del Río de las Perlas al sur de China surgió una economía de exportación cuyas empresas están mucho menos vinculadas entre sí y con la economía nacional china que con los numerosos consorcios transnacionales que producen ahí.[160] En cambio, en otros lugares se depende de redes mundiales, pero en muchos casos no se está en condiciones de participar en provecho propio. Esto es algo que vale para África, que, mirada desde una perspectiva concentrada en las relaciones de intercambio legales, aparece como una mancha blanca en el mapa de la globalización; [161] algo que también es resultado de estructuras disfuncionales mantenidas por el tráfico de armas internacional, el tráfico de recursos y la ayuda para el desarrollo.

¿La globalización trae aparejado el fin del Estado-nación? En ningún lugar de Occidente se logró reducir drásticamente la parte de los ingresos nacionales administrada y distribuida por el Estado. Los países que participan con mayor intensidad en las interacciones globales son a su vez los de mayor gasto público con relación al PBI. De ningún modo las "guerras" arancelarias y comerciales son cosa del pasado. La migración que cruza fronteras es controlada y limitada en todos lados por el Estado. Tampoco puede equipararse el desmantelamiento de las regulaciones de intervención estatal con el "fin del Estado-nación". Para Margaret Thatcher, a la inversa, la retirada del gobierno de la economía era un paso necesario para fortalecer al Reino Unido en tanto Estado nacional.[162]

La "globalización" es parte de la historia del "ascenso de Occidente". Las redes, desde el comienzo de esta historia, no fueron interdependencias adoptadas en forma pacífica. A la vez, la globalización no puede ser equiparada lisa y llanamente con la occidentalización (forzosa) o adopción del American way of life. Repetidamente se hizo notar el fenómeno de la apropiación creativa: no pocas veces se eligen soluciones "ajenas" (y se modifican en el acto de la transferencia) después de una reflexión racional dado que constituyen respuestas preformuladas a preguntas y problemas que ya se plantearon antes en otros lugares.

Las distancias geográficas pueden salvarse actualmente con mayor rapidez y a menor costo que nunca antes. Las fronteras son más fáciles de cruzar, y la "migración" de un territorio a otro es más simple.[163] Sin embargo, no carece de relevancia el lugar donde se está. La localización sigue entrañando un destino. A quienes se trasladan por voluntad propia y a quienes se ven forzados a hacerlo los separan mundos. La afirmación de que el espacio geográfico ha sido reemplazado por el "espacio de los flujos" raya en el cinismo. Pero es cierto que los espacios surgen más por la puesta en red que a la inversa. Ya en épocas tempranas, con ingeniería de tráfico sencilla, las barreras naturales –mares, montañas, desiertos– rara

vez han resultado obstáculos insalvables a la voluntad de expansión y contactos con zonas lejanas.

Globalización: por la normalización del concepto

Al igual que la “modernización”, la “globalización” es difícil de cuantificar y situar en una escala; sólo en sentido muy acotado puede hablarse de “más” o “menos” globalización. Procesos parciales que son subsumidos en el hiperónimo “globalización” no transcurren siempre en la misma dirección ni de manera sincrónica. En la historia de la Edad Moderna puede observarse una y otra vez la simultaneidad de entrelazamiento económico y desglobalización política o la combinación de golpes militar-imperiales y el agotamiento de la curiosidad cultural por otras civilizaciones. Procesos de fragmentación como la segregación de pueblos en “limpiezas étnicas” (es decir, masacres y destierros) producen flujos globales de refugiados y nuevas comunidades en la diáspora en los Estados receptores. Las Naciones Unidas, por un lado, garantizan la existencia de los Estados nacionales y defienden el principio de no intervención, y por otro lado institucionalizan valores que socavan la soberanía nacional.

La “globalización” está estrechamente vinculada a la “modernización”. Enlazamientos remotos que generan estructuras ya existían en tiempos premodernos. Pero sólo la creatividad cultural de la modernidad europea –las palabras clave serían “racionalidad”, “organización”, “industria”, “tecnología de las comunicaciones”– posibilitó enlazamientos de alcance e intensidad de nuevas dimensiones. A la inversa, el despliegue de la Modernidad europea se desarrolló desde el comienzo en un marco global. Asia, el mundo del Cercano Oriente islámico, luego las Américas, África y Oceanía: todos proveyeron puntos de referencia para que Europa se proyectara a sí misma como civilización universal. Cuando estas regiones del mundo fueron visitadas, colonizadas e integradas a las redes del comercio mundial, incorporaron los impulsos de la modernización procedentes de Europa y América del Norte a través de las vías de transmisión de la globalización, los transformaron y produjeron expresiones de cuño

propio –con voluntad y éxito dispar–: multiple modernities.[164]

“Globalización” como concepto genérico tiene un sentido para designar estructuras e interacciones con alcance planetario descriptibles de manera concreta. En cambio, no es un proceso autónomo que avanza como movimiento histórico inevitable e imperativa necesidad política. Precisamente con un concepto tan abarcador hay que cuidarse de caer en la “reificación” y volver a insistir en que también los grandes macroprocesos son resultados del obrar individual o colectivo. Las conexiones globales son construidas, reformadas y destruidas por Estados, empresas, grupos, individuos. Son objeto de conflictos de intereses y de política. Producen ganadores y perdedores; las dos cosas valen también, por cierto, para la destrucción de estructuras globales. Detrás de la globalización hay globalizadores con horizontes visionarios y estratégicos diferentes. Mucho de lo que a posteriori parece confluir en una lógica propia también se debe a efectos colaterales involuntarios de comportamientos que de ningún modo tenían una intención global. La pandemia de “gripe española” y la creación de la Liga de las Naciones –las dos durante 1919– tuvieron consecuencias globalizadoras en igual medida. Sin embargo, las “acciones” que las causaron no tenían trasfondos similares.

El concepto de globalización allana este tipo de diferencias. Pero un manejo crítico de este concepto puede evitar un realismo conceptual burdo. Este tipo de cuidado es el indicado para todas las grandes categorías con las que suelen operar los historiadores. “Globalización” se inserta junto a “industrialización”, “urbanización” o “democratización” en el repertorio conceptual del análisis histórico. Esto no tiene por qué desactivar “globalización” como concepto de la lucha política. Al igual que “capitalismo” e “imperialismo”, “globalización” conservará un potencial polémico. Que los historiadores afirmen con indiferencia y serenidad que ese fenómeno existe desde hace largo tiempo no excluye el juicio político sobre el presente.

▪

[154] Véase M. Castells, The Internet Galaxy. Reflections on the

Internet, Business, and Society, Óxford, 2001, cap. 1 [ed. cast.: La galaxia internet, Barcelona, Debolsillo, 2003].

[155] Véase Y. Y. Haddad, “The globalization of Islam: The return of Muslims to the West”, en J. L. Esposito (comp.), The Oxford History of Islam, Óxford, 1999, pp. 601-641.

[156] Véase S. Hesse, “Das Bodenpersonal der Globalisierung”, Die Zeit, 11/12/2002.

[157] De modo ilustrativo, J. MacGaffey y R. Bazanguissa-Ganga, Congo-Paris. Transnational Traders on the Margins of the Law, Óxford, 2000, p. 80.

[158] M. Obstfeld y A. M. Taylor, “International capital mobility in the long run”, en M. D. Bordo, C. D. Goldin y E. N. White (comps.), The Defining Moment. The Great Depression and the American Economy in the Twentieth Century, Chicago, 1998, pp. 353-403.

[159] Ahora con una introducción de Eric Hobsbawm: K. Marx y F. Engels, Das Kommunistische Manifest, Hamburgo, 1999, p. 48 [ed. cast.: Manifiesto comunista, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, que incluye la introducción de Hobsbawm].

[160] “A New Workshop of the World”, The Economist, 12/10/2002.

[161] De gran impacto visual en: G. Achar (comp.), Atlas der Globalisierung, Berlín, 2003.

[162] S. Economides y P. Wilson, The Economic Factor in International Relations. A Brief Introduction, Londres, 2001, pp. 190-191.

[163] Véase A. O. Hirschman, Abwanderung und Widerspruch. Reaktionen auf Leistungsabfall bei Unternehmungen, Organisationen und Staaten, Tubinga, 1974.

[164] Véase S. N. Eisenstadt, Die Vielfalt der Moderne, Weilerswist, 2000, así como Daedalus. Journal of the American Academy of Arts and Sciences, vol. 129 (2000), n° 1, monográfico, Multiple Modernities.

Posfacio a la presente edición

La versión original de este libro se escribió y publicó en alemán en 2003. No hace falta decir que tanto el contexto histórico como el historiográfico en que será leída esta edición castellana son significativamente diferentes de aquellos en que el texto se gestó. En cierta medida, concebimos este volumen a modo de intervención en un debate historiográfico. Teníamos la sensación de que la tendencia entonces predominante en la escritura de la historia se concentraba en la producción de sentido a pequeña escala, y que en muchos casos los escenarios locales no lograban captar las dimensiones clave de la experiencia humana en el pasado, especialmente el alcance geográfico de los factores materiales y culturales que habían ejercido influencia en esa experiencia. Al centrar el interés de nuestra investigación en los encuentros entre Europa y Asia en la Edad Moderna, encaramos la historia como disciplina que investiga conexiones globales. A la vez, no queríamos pensar las conexiones entre países como un campo restringido a la historia diplomática e imperial. Por el contrario, buscábamos echar luz sobre los elementos transnacionales y transcontinentales propios de todas las esferas de la vida y la experiencia humanas. Apuntábamos a alentar a los historiadores de todos los campos –del social y cultural y del político y económico– a rastrear los vínculos y conexiones transfronterizos e interdisciplinares inherentes a las temáticas que estudiaban. Nuestros primeros dos capítulos explican la importancia que esto reviste y señalan algunos puntos de partida para lectores e investigadores.

En la actualidad, ya difícilmente pueda considerarse innovadora o controversial esta agenda; de hecho, después de un éxito que superó incluso nuestros sueños más descabellados, hoy en día la “historia global y transnacional” se convirtió en uno de los enfoques historiográficos dominantes. Es tanto lo que se ha publicado en este ámbito que actualizar el capítulo 1 implicaría transformarlo en un panorama acerca de las principales tendencias en la escritura de la

historia de la última década y media; por sí sola, esa sección llegaría a tener la extensión propia de un libro. Junto a estudios que se abocan a factores específicos de la globalización, actualmente hay manuales que resumen esta historiografía y fijan su canon. Dejan constancia de lo mucho que aprendimos del surgimiento, el crecimiento, la reconfiguración y, en algunos casos, la erosión de conexiones y entramados globales. También sitúan esta historia en un contexto más amplio, ya que prestan atención al hecho de que no toda la historia global se relaciona con la globalización: gran parte de la historia sucedió en contextos locales o regionales y sólo se vio afectada fugaz y ocasionalmente por factores externos. En esta corriente se inscriben textos clave como las historias del mundo del siglo XIX de Jürgen Osterhammel y C. A. Bayly, así como los proyectos Cambridge World History y A History of the World, publicados en varios volúmenes por Harvard University Press.[165]

Es abrumadora la cantidad de fructíferos aportes a la historia de la globalización, entendida como un subcampo específico de la historia mundial o global que se aboca al surgimiento y la transformación de las conexiones intercontinentales y su interdependencia. Esto incluye trabajos sobre temáticas más bien tradicionales, como las relaciones internacionales,[166] el comercio internacional,[167] y sobre otras que sólo despertaron interés cuando cobraron importancia durante el surgimiento de conexiones globales, como infraestructuras[168] y commodities.[169] La historia imperial siempre dio cabida a quienes se interesaban por las conexiones globales y comenzó investigando conexiones transimperiales y realizando estudios comparativos entre imperios. Este tipo de trabajo permitió repensar cuestiones de periodización y echó nueva luz sobre, por ejemplo, el alcance y el carácter de la "desglobalización" de entreguerras.

Aquellos cuya lengua materna no sea el inglés notarán que todas las obras citadas están escritas en ese idioma, y, en efecto, la historia transnacional y global llevó a que muchos especialistas, al escribir para un público académico global, no utilizaran su lengua nativa, sino el inglés. Desde el punto de vista de una historia de la globalización, esta tendencia es significativa en sí misma y reveladora de la percepción ambivalente de muchas personas respecto de la globalización.

Hay muchas aristas de la globalización que no tratamos con la profundidad que merecían y que siguen sin estar suficientemente estudiadas. Una de ellas es la religión, sobre todo en lo que concierne al siglo XX. Los entramados globales que se formaron y las tensiones globales que existen dentro del cristianismo y el islam moldean las cosmovisiones personales y por ende ejercen influencia en las políticas y el conflicto político. Mientras el auge del ecologismo en gran medida se remonta a la década de 1970 y poco más, cuando el período de nuestro análisis se va acercando a su fin, hay investigaciones recientes en historia ambiental que demuestran que las causas y los efectos en el entorno natural comenzaron a propagarse por el globo mucho antes.[170] En nuestros días, los intereses y las sensibilidades no occidentales forjan la historiografía dominante mucho más que quince años atrás. Esto salta a la vista en investigaciones que revelan la importancia de las interacciones globales que no fueron iniciadas por el mundo occidental desarrollado o no lo tuvieron como escenario.[171] La acción no occidental y las restricciones que se le imponen en un mundo caracterizado por un segregacionismo (una color line) global[172] son objeto de mayor atención.

Si escribiéramos hoy las páginas que comentamos, probablemente enfatizaríamos más la disyunción entre diferentes modalidades y tipos de integración y homogeneidad en la escena mundial. Así, los mercados globales (de servicios, bienes, información etc.) en expansión y más densamente integrados que nunca pueden coexistir con Estados nacionales e incluso con fragmentación y separatismo políticos. En términos más radicales, internet permite el acceso instantáneo a enormes cantidades de información sobre cualquier temática y proveniente de cualquier rincón del mundo sin incrementar la transparencia y la racionalidad del discurso público. Por el contrario, su uso ha desembocado en el surgimiento de nichos, burbujas y nuevos submundos digitales de ocultamiento y crimen. El viejo sueño iluminista de que la comunicación y la razón avanzan de la mano ha sido seriamente cuestionado. En ocasiones parece prudente utilizar la palabra “globalización” en plural, no en singular. Bajo la lupa, el proceso globalizador que todo lo abarca se fractura en un haz discontinuo de tendencias escindidas en diversos campos de la vida.

Muchos de los lectores de quince años atrás habrán encarado nuestro texto no en calidad de estudiantes de historia, sino como ciudadanos comprometidos en busca de entender un mundo que veían caracterizado, en primer lugar y por encima de todo, por la globalización, con los múltiples significados que diversos lectores habrán vinculado a esa palabra. Sobre la base de las conversaciones que sostuvimos, pudimos llegar a la conclusión de que probablemente hayan sido críticos de la globalización "neoliberal" y proclives a creer que era posible una globalización diferente, mejor: una que se distinguiera por la solidaridad global y un mayor respeto al ambiente natural y a las culturas y comunidades locales en todo el mundo. La globalización era la tendencia clave de esa época, con Europa del Este, China y América Latina aparentemente encaminadas hacia democracia, capitalismo y libre intercambio económico. En la actualidad vivimos en un mundo diferente. Desde la crisis financiera de 2008, se intensificaron las dudas respecto de los beneficios a largo plazo de la globalización económica desregulada. En algunos rincones del mundo, esto produjo un énfasis renovado en la necesidad de compensar a los perdedores de la globalización y mitigar las consecuencias de los cambios económicos, a modo de reminiscencia del "liberalismo integrado" de las décadas de posguerra. Con todo, más importante es el resurgimiento de un populismo nacionalista que se inspira en los años de entreguerras y pretende representar a aquellos que perdieron a causa del globalismo cosmopolita, o que sienten que este último los dejó rezagados. Sigue siendo discutible en qué medida las quejas actuales acerca de la globalización están relacionadas con el incremento de la interconexión global antes que con el cambio cultural y tecnológico a escala nacional. Lo innegable es que esta nueva fuerza política cuestiona en forma directa la legitimidad de los intercambios entre países, apunta violentamente contra extranjeros y otras culturas y por contrapartida valora la soberanía nacional, la homogeneidad étnica y cultural y la autarquía económica.[173] Cuando escribíamos en 2003, la globalización parecía ser el sello de la era posterior a la Guerra Fría. Quizás esta era esté dándose por terminada invitando a que una nueva generación de historiadores la evalúe.

Nuestro marco de análisis tiene en cuenta períodos de "desglobalización", la erosión de la integración global así como su

reconfiguración o recentramiento. No pretende explicar, sino ofrecer una descripción, considerando la globalización no como una fuerza causal que puede tener valor explicativo, sino como una condensación englobadora que describe los efectos antes que las causas. En tanto historiadores precavidos, no pretendemos estar brindando información especial que permitiría predecir lo que sucederá en el futuro. De todos modos parecería que, por mucho que comunidades y países intenten aislarse de lo que sucede a su alrededor, los problemas siguen surgiendo a escala global y serán resueltos mediante cooperación –a veces fruto de una solidaridad altruista, otras como resultado de acuerdos pragmáticos y ocasionalmente turbios– o no serán resueltos. Los problemas y desafíos globales (o las soluciones globales) han llegado para quedarse.

¿Cuál podría ser la finalidad de traducir y reformular nuestro texto de 2003, anclado como está en su tiempo y lugar de producción? Abrigamos la esperanza de que a los lectores les siga resultando útil por cuatro motivos. Sigue brindando un esbozo analítico no de la historia global en sí, sino del papel que las conexiones entre naciones y continentes desempeñaron en la historia global. Ayuda a evaluar la importancia de estos entramados de conexiones para la experiencia humana en el pasado y el presente, y a comprender las motivaciones de los defensores y detractores de la globalización en el pasado. De este modo, también destaca los vínculos entre la globalización y el cambio social más amplio, y en especial la manera en que la primera suele ser leída, atacada o defendida como representación del último. Por último, creemos que la metodología y el enfoque esbozados en este volumen continúan siendo útiles como punto de partida para aquellos estudiantes e investigadores que estén interesados en la historia transnacional y global.

Jürgen Osterhammel y Niels P. Petersson

Friburgo, Alemania - Sheffield, Reino Unido, agosto de 2018

■

[165] C. A. Bayly, El nacimiento del mundo moderno 1780-1914, ed. cast., Madrid, 2010; J. Osterhammel, La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX, ed. cast., Barcelona, 2015; A. Iriye y J. Osterhammel (eds.), A History of the World, 6 vols., Cambridge (Massachusetts), 2012 y ss.; M. E. Wiesner-Hanks (ed.), The Cambridge World History, 7 vols. en 9 partes, Cambridge, 2015.

[166] O. A. Westad, The Cold War. A World History , Nueva York, 2017.

[167] R. Findlay y K. H. O'Rourke, Power and Plenty. Trade, War and the World Economy in the Second Millennium, Princeton, 2007.

[168] V. Huber, Channelling Mobility. The Management of Global Movements in the Suez Canal Region 1869-1914 , Cambridge, 2013; M. B. Miller, Europe and the Maritime World. A Twentieth Century History , Cambridge, 2012; S. M. Müller, Wiring the World. The Social and Cultural Creation of Global Telegraph Networks, Nueva York, 2016.

[169] S. Beckert, Empire of Cotton. A New History of Global Capitalism, Londres, 2014; G. Riello, Cotton. The Fabric that Made the Modern World, Cambridge (Reino Unido), 2013.

[170] G. T. Cushman, Guano and the Opening of the Pacific World. A Global Ecological History Cambridge, Reino Unido, 2014.

[171] P. Frankopan, El corazón del mundo. Una nueva historia universal, ed. cast., Barcelona, 2018.

[172] M. Lake y H. Reynolds, Drawing the Global Colour Line. White Men's Countries and the International Challenge of Racial Equality, Cambridge, 2008.

[173] B. Eichengreen, The Populist Temptation. Economic Grievance and Political Reaction in the Modern Era, Nueva York - Óxford, 2018.

Lecturas sugeridas

Teoría

Albrow, M., Abschied vom Nationalstaat. Staat und Gesellschaft im globalen Zeitalter, Frankfurt, 1998.

Beck, U., Was ist Globalisierung? Irrtümer des Globalismus - Antworten auf die Globalisierung, Frankfurt, 4a ed., 1998 [ed. cast.: ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización, Barcelona - Buenos Aires - México, Paidós, 2008].

Beck, U. (comp.), Perspektiven der Weltgesellschaft, Frankfurt, 1998.

Ben-Rafael, E. y Y. Sternberg (comps.), Identity, Culture and Globalization, Leiden, 2001.

Bentley, J. H. (comp.), The Oxford Handbook of World History, Óxford, 2011.

Castells, M., Das Informationszeitalter, 3 vols., Opladen, 2001-2003 [ed. cast.: La era de la información. Economía, sociedad y cultura, 3 vols., México, Siglo XXI, 1990-1999].

Clark, I., Globalization and Fragmentation. International Relations in the Twentieth Century, Óxford 1997.

Grandner, M., D. Rothermund y W. Schwentker (comps.), Globalisierung und Globalgeschichte, Viena, 2005.

Held, D. y otros, Global Transformations. Politics, Economics and Culture, Cambridge (Reino Unido), 1999 [ed. cast.: Transformaciones globales. Política, economía y cultura, México, Universidad Iberoamericana, 2002].

Held, D. y A. McGrew (comps.), Globalization Theory. Approaches and Controversies, Cambridge (Reino Unido), 2007.

Hirst, P. y G. Thompson, Globalization in Question. The International Economy and the Possibilities of Governance, 2ª ed., Cambridge (Reino Unido), 1999.

Holton, R., Making Globalization, Basingstoke, 2005.

Lechner, F. J., Globalization. The Making of World Society, Malden (Massachusetts), 2009.

Robertson, R., Globalization. Social Theory and Global Culture, Londres, 1992.

Robertson, R. y K. E. White (comps.), Globalization. Critical Concepts in Sociology, 6 vols., Londres, 2003.

Therborn, G., The World. A Beginner's Guide, Cambridge (Reino Unido), 2011 [ed. cast.: El mundo. Una guía para principiantes, Madrid, Alianza, 2012].

Turner, B. S. (comp.), The Routledge International Handbook of Globalization Studies, Londres - Nueva York, 2010.

Historia

Bayly, C. A., Die Geburt der modernen Welt. Eine Globalgeschichte, 1780-1914, Frankfurt, 2006 [ed. cast.: El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914, Madrid, Siglo XXI, 2010].

Bordo, M. D., A. M. Taylor y J. G. Williamson (comps.), Globalization in Historical Perspective, Chicago, 2003.

Curtin, P. D., The World and the West. European Challenge and the Overseas Response in the Age of Empire, Cambridge (Reino Unido), 2000.

Darwin, J., Der imperiale Traum. Die Globalgeschichte großer Reiche 1400-2000, Frankfurt y Nueva York, 2010 [ed. cast.: El sueño del imperio. Auge y caída de las potencias globales, 1400-2000, Madrid, Taurus, 2012].

Edelmayer, F. y otros (comps.), Die Geschichte des europäischen Welthandels und der wirtschaftliche Globalisierungsprozeß, Viena, 2001.

Findlay, R. y K. H. O'Rourke, Power and Plenty: Trade, War and the World Economy in the Second Millennium, Princeton, 2007.

Fischer, W., Expansion, Integration, Globalisierung. Studien zur Geschichte der Weltwirtschaft, Gotinga, 1998.

Girault, R., Diplomatie européenne. Nations et impérialismes, 1871-1914, 3ª ed., París, 1997.

Gunn, G. C., First Globalization. The Eurasian Exchange 1500-1800, Lanham, 2003.

Headrick, D., The Tentacles of Progress. Technology Transfer in the Age of Imperialism, 1850-1940, Nueva York, 1988.

Herren, M., Internationale Organisationen seit 1865. Eine Globalgeschichte der internationalen Ordnung, Darmstadt, 2009.

Hobsbawm, E., Das imperiale Zeitalter 1875-1914, Frankfurt, 1989 [ed. cast.: La era del imperio, 1875-1914, Buenos Aires, Crítica, 2009].

— , Das Zeitalter der Extreme. Weltgeschichte des 20. Jahrhunderts, Múnich, 1995 [ed. cast.: Historia del siglo XX, 1914-1991, Buenos Aires, Crítica, 1995].

Hopkins, A. G. (comp.), Globalization in World History, Londres, 2002.

Hugill, P. J., Global Communications since 1844. Geopolitics and Technology, Baltimore (Maryland), 1999.

Kenwood, A. G. y A. L. Lougheed, The Growth of the International Economy 1820-2000. An Introductory Text, 4ª ed., Londres, 1999 [ed. cast.: Historia del desarrollo económico internacional, Madrid, Istmo, 1986].

Osterhammel, J. y S. Conrad (comps.), Das Kaiserreich transnational. Deutschland in der Welt 1871-1914, Gotinga, 2004.

Pomeranz, K., The Great Divergence. China, Europe, and the Making of the Modern World Economy, Princeton, 2000.

Radkau, J., Die Ära der Ökologie. Eine Weltgeschichte, Múnich, 2011.

Reinhard, W. y E. Müller-Luckner (comps.), Verstaatlichung der Welt? Europäische Staatsmodelle und außereuropäische Machtprozesse, Múnich, 1999.

Reynolds, D., One World Divisible. A Global History since 1945, Nueva York, 2000.

Rothermund, D., Die Welt in der Wirtschaftskrise, 1929-1939, Münster, 1992.

— , Delhi, 15.August 1947. Das Ende kolonialer Herrschaft, Múnich, 1998.

Walter, R., Geschichte der Weltwirtschaft. Eine Einführung, Colonia, 2005.

Weinberg, G., Eine Welt in Waffen. Die globale Geschichte des Zweiten Weltkriegs, Stuttgart, 1995.

Wendt, T., Vom Kolonialismus zur Globalisierung. Europa und die Welt seit 1500, Paderborn, 2007.

Westad, O. A., The Global Cold War. Third-World Interventions and the Making of Our Times, Cambridge (Reino Unido), 2005.